

ROBERTO PÉREZ-FRANCO

TEXTOS ESCOGIDOS

ROBERTO PÉREZ-FRANCO

TEXTOS ESCOGIDOS



1993 – 2008

Vinye

Pérez-Franco, Roberto

Textos escogidos – 1ª ed. – Cambridge, MA : Vinye, 2008.
307 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-1440453410

1. Literatura Panameña 2. Cuento Panameño
3. Poesía Panameña 4. Ensayo Panameño I. Título

Selección a cargo del autor
roberto@perez-franco.com

Vinye
282R Vassar St H-5, Cambridge MA 02139, Estados Unidos
www.vinye.com

Texto: (CC) 1993-2008, Roberto Pérez-Franco

Edición: (CC) 2008, Vinye

Pastel de la portada: «*Libertad*»
(CC) 2002, Roberto Pérez-Franco

Fondo: Dreamstime (www.dreamstime.com)

Tipo de letra de Vinye: ElvenCommonSpeak

Tipo de letra del libro: Book Antiqua

Diseño de cubierta: Roberto Pérez-Franco

1ª edición: noviembre de 2008

Revisión: 08 de diciembre de 2008

Los presentes textos se ofrecen bajo la licencia Creative Commons BY-ND. Pueden ser reproducidos libremente por cualquier medio, si se acredita al autor y se presentan sin modificaciones. El autor reserva sus derechos sobre todas sus obras. Desde noviembre de 1997, la obra completa del autor está disponible de forma gratuita en su sitio oficial en la Internet:

www.rp–f.com

SOBRE ESTA SELECCIÓN

El presente compendio incluye más de cien cuentos, poemas, ensayos y otros textos, seleccionados por el autor como lo más representativo de su producción entre 1993 y 2008.

CRÍTICA RECIBIDA

«Roberto Pérez-Franco es un escritor culto», dice Eduardo Ritter Aislán. Su texto más destacado, el cuento *Vida*, fue calificado por el Jurado del Premio Sánchez 1999 como «una joya literaria digna de la más exigente antología, por su calor humano, limpidez y excelencia formal». Melquiades Villarreal Castillo lo considera «uno de los mejores cuentos que se ha escrito en Panamá». Enrique Jaramillo Levi lo describe como «una especie de *clásico* de las nuevas generaciones ... lectura obligada para todo el que quiera saber cómo se cuenta hermosamente un cuento», y coloca a otros dos textos, *La intrusa* y *Hacia el jardín*, «entre los mejores cuentos escritos en Panamá». Según el Jurado del Premio Sánchez 2005, el cuarto libro del autor «demuestra dominio de la narración, la descripción, el diálogo y una cultura literaria bien cimentada». José Luis Rodríguez Pittí lo describe como «un ejercicio de cómo escribir bien un cuento».

SOBRE EL AUTOR

Roberto Pérez-Franco nace en Chitré, Panamá, en 1976. Crece en la Heroica Villa de Los Santos, la cual lo designa hijo meritorio en 1999. Su principal contribución artística se da en la literatura. Escritor desde la adolescencia, publica cinco colecciones de cuento entre 1993 y 2008. Merece el Premio Nacional de Cuento José María Sánchez en 2005. Aparece en múltiples antologías, nacionales e internacionales. Es ingeniero electromecánico, egresado de la Universidad Tecnológica de Panamá. Actualmente cursa un doctorado en estrategia logística en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, del cual obtiene en 2004 una maestría en logística. Recibe las becas IFARHU (1997), Fulbright (2003), Barsa (2003), SENACYT (2005) y UPS Doctoral Fellowship (2008). Librepensador, pacifista. Miembro de Mensa, ISPE y Triple Nine. Aficionado a la literatura, la fotografía, la pintura, el ajedrez, la música clásica, la arqueo-astronomía, y el esperanto.

BIBLIOGRAFÍA LITERARIA

- Cuando florece el macano. Chitré: Crisol, 1993.
Confesiones en el cautiverio. Panamá: INAC, 1996.
Cierra tus ojos. Panamá: UTP, 2000.
Cenizas de ángel. Panamá: UTP, 2006.
Catarsis. Boston: Vinye, 2008.
Cuentos selectos: 1993-2008. Boston: Vinye, 2008.
Textos escogidos: 1993-2008. Boston: Vinye, 2008.
Textos selectos sobre la Heroica Villa de Los Santos:
1993-2008. Boston: Vinye, 2008.

*a Mónica,
el amor revelado,
la respuesta a mi vida*

TEXTOS ESCOGIDOS

Sobre esta selección.....	7
Sobre el autor	8
Prosa Narrativa.....	15
Minificción	17
El buen profeta	19
Epifanía.....	20
El sueño	21
La flor del cerezo.....	22
La máscara de diablico	23
La profecía.....	24
Excusas	25
Viento del norte.....	27
Amigos.....	29
La presa	31
Gens una sumus	33
La última rosa	35
Ensayo y error.....	37
Ficción.....	39
De cómo el capítulo XVII no fue el último	41
El tradebario.....	43
Hacia el jardín.....	45
La leyenda del rey viudo	48
El hallazgo.....	50
Preludio	53
Un segundo.....	56
Destino.....	59
Notas sobre el paraíso	62
En la corriente.....	65

El Circo.....	69
La creación de Adán.....	72
La paradoja.....	75
Es mi vida.....	79
La intrusa.....	82
Cierra tus ojos.....	86
Cenizas de ángel.....	90
Breve discurso sobre el Omega.....	96
El día de las moscas.....	102
Vida.....	109
Maldad.....	118
La piedra mágica de Juancito.....	126
Prosa Expositiva.....	137
Reflexiones.....	139
Ensayos Breves.....	149
Luz de norte.....	151
El crucifijo de oro.....	153
Vivir sin temor.....	154
Gaudeo ergo sum.....	156
<i>á la Heidi</i>	158
Una lección temprana.....	160
La ficción como meta.....	162
Requiem por mis cutarras.....	164
La muerte del tamborero.....	166
Chiqui.....	168
La procesión del silencio.....	171
La luna de Guanahaní.....	174
Discursos.....	177
Discurso de fondo en la Heroica Villa.....	179
Verso.....	191

Semana Santa en La Villa	193
Velorio de Jesús	195
Domingo de Ramos	197
El Encuentro.....	199
Jueves Santo	201
Viernes Santo	203
Domingo de Pascua	205
Otros Versos.....	207
La tumba vacía	209
Oda sentida a Ascanio Arosemena.....	212
Valhala.....	215
Lobo	217
Alumbramiento	218
Ven, muerte.....	220
La noche.....	222
Soneto del hombre casado	223
El regalito	224
Cajita Infeliz.....	225
Décima.....	240
Haïku	242
Katauta.....	244
Juvenilia Romántica.....	245
El amor revelado	247
Eres tú	248
Falta algo	249
En tu pecho	250
Abre tus alas	251
Alas rotas.....	252
El águila.....	253
Prueba de amor	254
Hacerte mujer	256

Hacer el amor	257
Mi presa	258
Miel.....	259
Fuego.....	260
Alma curiosa	261
Alma y clavel.....	262
Mi rosa.....	263
Tus senos.....	264
No será suficiente	265
Tiemblas sin darte cuenta.....	267
Déjame.....	269
Mira	271
Amo tu silencio	274
Eres	275
Mi alma	276
No pido nada	277
Edén.....	278
Antes de ti.....	279
Antes de mí.....	281
Celos	283
Vete.....	285
Ajena.....	286
El amor que pudo ser	287
Extraño	290
La esquivia.....	291
Espinas	292
Volviste	294
Todo.....	296
Calla.....	297
Hace mil lunas	299
Laberinto.....	301

Prosa Narrativa

MINIFICIÓN

MINIFICIÓN

EL BUEN PROFETA

a Spinoza

Dios me habló y dijo: cuídate de aquellos que dicen:
Dios me habló y dijo...

2008

EPIFANÍA

a Monterroso

Le asaltó la sensación—o quizás el recuerdo—de un abrazo y una voz lejana, en el silencio. Parpadeó asustado, sin saber que seguía muerto.

2006

EL SUEÑO

a José Luis Rodríguez Pittí

Un hombre se acostó en su cama y se durmió. Mientras dormía, soñó que estaba en su cama durmiendo y soñando que sus sueños eran tan reales como su vigilia. Soñó que en sus sueños él veía tantos colores, oía tantos sonidos, hablaba con tanta fluidez, y amaba con tanta intensidad como en su vigilia. Soñó que él era incapaz de distinguir entre su sueño y su vigilia, hasta el punto de no saber cuándo estaba dormido soñando y cuándo despierto viviendo la realidad. Y la palabra *realidad* perdió su significado. Entonces soñó que despertó de su sueño, y que decidió nunca más volver a dormir para evitar soñar. Y siguió despierto para siempre, en su sueño.

1998

LA FLOR DEL CEREZO

a Ray Bradbury

Despertó y supo que estaba sonriendo. Tendido sobre la hierba, abrió los ojos: el cerezo sobre su cabeza dejaba ver trozos de cielo entre los gajos de flores. Miró a su lado y ahí estaba ella, acurrucada sobre el pasto, como si durmiese, pero con los ojos sobre él. También sonreía, y en sus labios aún enrojecidos había una expresión de amor e incertidumbre.

— ¿Me quieres? — preguntó, sabiendo la respuesta.

El kimono entreabierto dejaba ver nuevamente sus hombros de porcelana; en el cabello suelto habían quedado atrapadas unas flores sueltas. El suelo estaba cubierto de ellas. Le acarició la frente y tomó una florecilla rosa.

— ¿Sabes qué me gusta de esta flor? — dijo.

Pero ella callaba.

— Que me recuerda a ti.

Ella sonrió y bajó los ojos. Akihiro oyó entonces un leve zumbido — ¿acaso una abeja en la copa florida? — y luego un silbido agudo. Miró hacia el pueblo cercano, Hiroshima, y un resplandor súbito lo inundó.

No escuchó nada. No sintió nada. Las cenizas cubrieron las llanuras quemadas.

2006

LA MÁSCARA DE DIABLICO

a Miguel Leguízamo

Pero ninguna como la que hizo Julito. Pregúnteles a los viejos. La madrugada del día de la Encarnación salió con la fresca a buscar la tierra. En un hormiguero la encontró suave y húmeda. Amasó la arcilla todo el día. De noche, con una guaricha le dio forma ahí en el monte. Le hizo hocico, ojos, orejas, cachos. La dejó secando al sol hasta el día de la Cruz. Dicen que en Semana Santa, a escondidas, la forró en papel mojado en agua bendita y la pintó exquisita con el color de la sangre. En el Cuarteo del Sol, la máscara de este diablico esparció el pánico. Viejas cayeron al suelo. Niños huyeron llorando hacia los potreros. Hombres mirando desde las puertas de las cantinas orinaron sus pantalones. El Padre Conde le echó agua bendita. Juran las beatas que hirvió al contacto: «Esta es la cara de Bel Cebú». Todavía hablan de esa máscara en La Villa. Dicen que el diablo mismo la moldeó a su imagen aquella noche en el monte, guiando las manos de Julito, cuando se apagó la luz de la guaricha.

2007

LA PROFECÍA

a Pedro Rivera

Quichireya, el más venerable de los brujos cuevas, a quien la leyenda presume inmortal, inhala el humo de la hierba. El ojo de su mente se abre y ve la danza del Dios.

Todo lo que fue, es y será, aparece ante este ojo. El cacique pregunta lo que concierne a su gobierno. Cuando termina, el oráculo queda al servicio de su mujer.

—¿Qué forma tiene el mundo?— inquiera ella.

La verdad le es mostrada:

—El mundo es un mar infinito— responde Quichireya— y en medio de éste hay una porción de tierra emergida, con la forma de un jaguar color jade.

El pecho de la reina cueva se agita.

—¿Cuántos soles perdurará nuestro dominio?

El brujo, en éxtasis, sentencia:

—Se secará el mar infinito antes de que se extinga la nobleza de tu estirpe.

La reina vuelve a sonreír. Se yergue y camina hacia el gran rancho, dejando tras de sí el rumor de los caracoles que cuelgan de su tobillo.

El brujo la sigue con la mirada.

En el horizonte de azur, que ningún ojo otea, la nao de Bastidas aparece sobre las olas, entre la bruma, con la cruz y la espada.

Viene a secar el mar...

2006

EXCUSAS

a Mónica, con un beso

Cuando vi la luz amarilla, bajé la velocidad. En la roja, detuve el auto. Beneficiándome de la pausa, la miré y tras acariciar su cuello unos segundos, la besé. No me saciaron los mil besos que le di en la azotea, ni los dos mil en la escalera, ni los tres mil dentro del auto antes de arrancar la máquina. Creo que sus labios producen dependencia: cuando la hube besado, quise seguir haciéndolo por siempre. Aún así, ella se sorprendió de aquel gesto en plena vía. Yo sonreí:

—El semáforo está en rojo—alegré, alzando los hombros.

Ella también sonrió, y yo seguí conduciendo. Dos cuadras después, otro farol carmesí me hizo la merced: la besé intensamente, acariciando sus cabellos. Ella me examinó de modo inquisidor, parpadeando con un rápido aleteo de mariposa.

—El semáforo está en rojo—argüí, simplón.

Bajando los ojos, ella rió abiertamente. Yo seguí conduciendo, ebrio de tanta pasión, bendiciendo en silencio al portentoso cerebro que ideó las luces de tráfico. Al llegar a su apartamento, detuve el motor. Ella clavó la mirada en mi despiste, con una sonrisa tenue en los labios arrebolados.

—¿Qué ocurre?—inquirí, algo perplejo.

Ritualmente, ella habría bajado del auto en este punto, pero por alguna razón permanecía inmóvil en el puesto. Iba a decir algo más, cuando distinguí en su pupila la aparición de un destello rubí, diminuto ángel carmín en un abismo azabache. Ella estampó un último beso largo en mis labios sorprendidos. Luego, me miró y sentenció:

—¿Ves esa esquina? El semáforo está en rojo.

2005

VIENTO DEL NORTE

a Juan Ramón Jiménez

Ahora que te fuiste, amor, el verano ha llegado con su viento del norte y sus atardeceres de fuego. Estoy de pie en nuestro cerro, isla en un agitado mar de hierba. Traje tu cometa, esa que hice con birulí de la finca de mi abuelo. Usé el hilo encerado que le compré a Cuchi aquella tarde cuando salíamos de misa. La forré como lo pediste, con papel blanco y rosa que conseguí donde Neli. Por irte tan pronto, la dejaste virgen, en tierra.

Hoy vine a volarla para ti, aprovechando el sol y la brisa. Zumbando, subió al cielo con su rabo de trapo. Revoloteó sobre los árboles del río, briosa y ronroneante. ¡Si la hubieses visto menearse, resistiéndose a mi rienda! Ahora vuela serena, resignada ante la atadura, entre golondrinas y nubes de espuma. El cachorro contempla su bamboleo y escucha su silbido angustioso. A lo lejos, el palmar se estremece y canta.

Te echo de menos, amor. Hubiese querido que este viento acariciase tus cabellos, y que el atardecer tibio dorase tu piel. Aquí, bajo la cometa, te habría tomado por la cintura, dándote un beso largo que terminaría después de puesto el sol, susurrando cosas tiernas a tu oído. Te diría, posiblemente, algo así: que la muerte no es el final de la vida, y que quien muere por amor, vive para siempre.

Perdona ahora que corte con este machete el hilo que retiene tu cometa. Quiero liberarla de este cautiverio para que vaya a buscarte, como un ángel ansioso que se esfuma en un abismo. Llevada por la brisa sobre cerros y mares, te encontrará — tal vez — algún día. Disculpa también que corte el hilo

de sangre que corre por mi cuello, reteniendo a mi alma con su torrente. El amor me guiará y, antes de que salgan las estrellas, estaré a tu lado.

¿Sabes algo, corazón? La sangre del sol sobre las nubes lejanas me hace recordarte.

2005

AMIGOS

a Jack London

Ya me había resignado a la proximidad de mi muerte, cuando distinguí la figura enorme de Plusho tras la blanca confusión de la borrasca. Caminé hacia él. Noté que había perdido mucho peso, pero aún lucía impresionante. Su salvaje belleza me infundió remordimiento, y me sentí culpable. Acaricié su hocico; él olfateó mi rostro. Al rato nos echamos juntos sobre la nieve, exhaustos. Un promontorio cercano nos protegía del azote brutal de la ventisca. El sol aparecía poco y breve tras las heladas ráfagas de niebla. Pensé que sólo el prodigioso olfato del oso explicaba nuestro encuentro en la desolación polar. Plusho conocía mi olor desde cachorro.

Ignoro si su instinto habrá resentido la ausencia de individuos de su especie, ya extinta. De los doce embriones que preparamos en el Instituto, sólo él sobrevivió. Creció majestuoso, pero condenado a la soledad. El cautiverio se convirtió en su tormento. Aunque ahora me arrepiento, creí procurar su bien cuando pedí al Director liberarlo en el Ártico, donde sus antepasados alguna vez reinaron. Tenían razón quienes argumentaron que el cambio climático había destruido el ecosistema y que él no encontraría presas. Creo que accedieron a mi petición sólo porque el proyecto de traer la especie de vuelta ya era un fracaso, y sospechaban que Plusho deseaba la libertad más que la vida. Vagando consumió sus reservas de grasa. Yo agoté mis raciones de alimento siguiéndolo desde lejos, impotente ante la tragedia. Al morir la batería del radio, perdí la última esperanza de un rescate.

Desamparados, pero juntos, esperamos sobre el hielo a la muerte, que vendría pronto con el hambre y el frío.

—Este no era el final que deseaba para ti, amigo,— le dije acariciando su gran cabeza blanca— y ahora tendré que verte morir a mi lado.

Sus negros ojos, entreabiertos y salpicados de nieve, me miraron. Moviéndome muy cauto, y sin dejar de acariciarlo, saqué el puñal de la mochila. Mi corazón suplicó: «Perdóname». Pero la disculpa era innecesaria; él me entendía perfectamente. Lo supe cuando sentí crujir mi cuello, cuando sus colmillos, lentamente, se hundieron en mi carne. No sentí dolor; sólo la tibieza de la sangre y su aliento sobre mi rostro.

2006

LA PRESA

a Jean Auel

En el matorral, enredada entre madroños, está la presa. Escucho sus gruñidos cortos y el estremecer agitado de las ramas. Creo que no me ha olido, pues avanzo hacia ella contra el viento; sé que no me ha visto todavía. Tal vez se presiente vulnerable, atascada entre las espinas. Tal vez su corazón late furioso, como el mío.

Hace frío. La nieve cubre los vellos de mis brazos. El vapor de mi boca me hace pensar en lo duro que será este invierno. Queda poca luz, acaso una luna más. Hemos comido poco y temo que, si la caza no mejora, esta noche larga será la última. Otros cazadores de mi clan, al otro lado del río, deben estar ahora acechando a un grupo de ciervos que descubrieron en la madrugada.

Pero los ciervos son rápidos; nosotros, débiles, por el hambre. Mi pulso se desboca nuevamente, pues la presa se ha quedado quieta, tal vez cansada, o porque me ha sentido cerca. Nuestra esperanza está cautiva entre la maleza. Me levanto, con la lanza en la mano, sigiloso. Siento un tirón en mi hombro: el pelaje de mi abrigo se ha enredado en los abrojos. Al tratar de zafarme, hago ruido. El jabalí se estremece y temo que escapará.

Suelto la piel, y desnudo me abalanzo sobre la presa, arma en mano. El cerdo me ve venir hacia él y patea furioso. Mi lanza lo corta; de una coz me hiere el rostro. Escapa del matorral, con la carne viva, hacia el arroyo. Me toco el pómulos: los dedos se manchan de sangre. Llora, pero no por el frío o por la cara rota, sino por haber dejado escapar a la presa.

Oigo pasos tras de mí. Me giro, y una lanza atraviesa mi vientre. Varios extraños, de pie frente a mí, sonríen cuando grito. Algunos se van a perseguir al jabalí. Dos se quedan. Son más altos que nosotros, con rostros pintados y menos pelo en el cuerpo. Hablan en una lengua que no conozco. El más fuerte saca una piedra larga y filosa, que mete en mi pecho. Miro al cielo. La luna creciente brilla pálidamente entre las nubes. Aún es de día, pero ya siento que llega la noche.

2006

GENS UNA SUMUS

a Borges

Que resultó tras siglos de un juego de ejércitos opuestos, perfeccionado por hombres de diversos pueblos y tiempos. Que el sabio Sisa lo creó para demostrar a un rey persa su dependencia en los súbditos. Que Hermes lo concibió — obra cumbre del hombre cumbre — como regalo a sus descendientes. Que Adán lo ideó durante su ocio en el paraíso. Son teorías falsas.

La humanidad ha conocido el ajedrez por dieciséis siglos, cinco en su forma actual. Pero no es su hechura: el ajedrez fue descubierto, no creado. Estaba ahí desde el primer instante en que algo existe. Dos dimensiones bastan: sobre el plano segmentado, ausencia y presencia de luz, se batan los bandos. Sus movimientos se derivan de teoremas básicos, euclidianos en su simplicidad: el rey, razón de ser, mueve un espacio en cada eje o en ambos. La reina prolonga al límite el movimiento de aquel. La torre es negación de los movimientos oblicuos de ésta. El alfil, lo inverso. El caballo hibrida a ambos. El peón emula sólo a uno, minimizado, hacia el contrario.

Fuera del tiempo y del espacio, imaginando el universo antes de crearlo, Dios verificó que en la contemplación de un mundo bidimensional ya está implícito el ajedrez, inevitable consecuencia del plano y la polaridad. Dicen los citros que Alá creó a Satán para tener a quien vencer en el tablero; no podía derrotarse a sí mismo jugando perfectamente un juego perfecto: Dios contra Dios es siempre tablas.

Enuncian que existen infinitas variaciones del ajedrez, y que la conocida por el hombre es sólo la más simple, la úni-

ca que nos resulta comprensible. Aseveran que nuestro universo, el cual excede nuestro entendimiento, es la variante más compleja del ajedrez aún asequible a la percepción humana. También en ésta el diablo es el único oponente capaz de aliviar a Dios la carga de la soledad. Las leyes inmutables de la física, que apenas comienza a descubrir nuestra ciencia, son las reglas básicas en esta versión del juego. En ellas están predeterminados el hombre y las estrellas, como el gambito de dama lo está en la vertiente que practicamos. Insisten los citros del Sahara en que hay especies del ajedrez aún más complejas que el universo visible, y que Dios sigue encontrándolas y agotándolas sin fin.

2006

LA ÚLTIMA ROSA

a Saint-Exupéry

*«en una guerra de dos rosas murieron
príncipes que eran como rayos negros,
cegados por pétalos de sangre»*

Cortázar

En su sueño, el príncipe se irguió sobre la torre y oteó a su alrededor. ¡Qué vasto sería el reino de su gloria! ¡Cuán digna aquella cumbre aguerriada! Le atormentó la conciencia de su propia finitud porque el cielo sobre su cabeza hacía alarde de eternidad: su coraje le hizo pensar que él también la merecería. Trazos violeta de nubes en lontananza trajeron, en dulces recuerdos, los crepúsculos de la infancia. La brisa impregnó su aliento con el perfume de las rosas del jardín perenne que rodeaba, como un disco rojo, el vetusto palacio de piedra. Allende el manto de flores, la llanura se extendía bajo sus pies, con parches de sembradíos, hasta fundirse en las montañas nevadas del horizonte.

En su corazón parpadeaba la llama de la vida, el ímpetu de la juventud violenta, y la tenacidad de la estirpe antepasada. Extendió sus brazos e hinchó sus pulmones con aire que exhaló en un suspiro lento. Su Dios lo llamaba a la guerra. Se mojó los labios y peinó hacia atrás los cabellos sudorosos con los dedos finos, sedientos de sangre en la santa batalla. El anillo de oro duplicó un instante el fulgor del sol agónico. Clavó la vista en el espacio y con una sonrisa se lanzó al vacío.

Cayó suavemente, cual la última estrella de un amanecer de verano, durante incontables días con sus noches, desde la torre hasta el jardín. Mientras descendía, contempló la ma-

duración de las espigas en los campos, la migración de las aves, la danza de los planetas sobre el fondo giratorio del firmamento, y los ciclos de la luna que volaba, como un ángel de leche, en el abismo del cielo. Contó una por una las hojas de los árboles que la brisa agitaba junto al riachuelo y corroboró el incremento en su número. Cerca del suelo, aspiró hasta la embriaguez el perfume de las rosas. Varias veces maduraron los capullos ante su rostro, abriendo los pétalos encarnados al sol.

Entonces un grito le despertó a la realidad de su guerra santa. Tendido sobre tierra, yacía malherido sobre el campo de batalla. Un amplio círculo de cadáveres le rodeaba. La espada de su enemigo caía sobre él y se hundía en su pecho. Brotaba la última rosa de sangre al pie de la torre.

2005

ENSAYO Y ERROR

a Tristán Solarte

Adán mordió la manzana. El sabor y fragancia eran idénticos a los de la fruta común. Dios, que durante siglos había esperado el mordisco, escondido detrás de una parra, saltó y dijo:

—¡Ajá! Así te quería agarrar, malagradecido. Mira todo lo que he hecho por ti. Te di un paraíso para vivir eternamente y una mujer para acompañarte. A cambio sólo pedí que no comieras de este árbol.

Algo iba a decir Adán, pero Dios se adelantó:

—No culpes a Eva; es una excusa tan obvia.

A su vez, Eva quiso intervenir, pero Dios le cortó el paso:

—No me vengas con el cuento viejo de la serpiente.

El animal, que andaba todavía por ahí, se subió en el árbol y siguió escuchando con la resignación del actor que hace mutis en una escena repetida mil veces.

—Ahora—prosiguió Dios—dictaré sentencia. Los dos serán expulsados. Tú, Adán, trabajarás para ganarte el pan. Se acabaron los días felices de abundancia. Ahora tendrás que regar la tierra árida con tu sudor para arrancarle frutos escasos. Tú, Eva, por largo tiempo has disfrutado del sexo sin preocupaciones. Ahora sangrarás seis días cada mes, y te embarazarás fácilmente. Al término, parirás con dolor un bebé cuya cabeza será muy grande para tu vagina. Te quedarás en casa a cambiar pañales, limpiar pisos y fregar platos. Y tú, serpiente, te arrastrarás por el suelo...

—Espera un momento—interrumpió Adán.

Todavía no acostumbrado a tan bruscos cortes a su inspiración, Dios puso la cara de enfado que Miguel Ángel le diese en un fresco. Pero Adán no lo estaba mirando: con ojos fijos en la fruta mordida, movía un bulto en su cachete. Tras unos segundos de meditación, dijo:

—¿Sabes qué, Dios? No vale la pena... te devuelvo tu manzana.

Escupió la masa, que no había tragado aún, y la pegó con saliva, lo mejor que pudo, al resto de la fruta, colocándola luego sobre una rama del árbol prohibido. La serpiente miró de soslayo a los presentes y se arrastró en silencio hasta otra rama. Dios, desilusionado porque el desenlace—preparado tan minuciosamente desde la creación de este universo—había fallado una vez más, abandonó el Jardín y se fue a crear otros mundos, con nuevas variaciones. Adán y Eva siguieron viviendo en el Paraíso, sin trabajar ni parir. Murieron, siglos después, a causa del aburrimiento.

2006

FICCIÓN

DE CÓMO EL CAPÍTULO XVII NO FUE EL ÚLTIMO

a Jaramillo Levi

Abatido sobre el suelo, en el umbral de la muerte, el caballero dejó caer la cabeza hacia el costado. Logró ver a su viejo caballo intentando huir de la bestia, con lastimoso galope, sin mayor suerte. Más allá, sobre una colina que perfilaba su curvatura en el cielo de la tarde, creyó ver las siluetas borrosas de dos jinetes que también trataban de evadirla. Se palpó el rostro y la barba. Vio que su mano se cubrió de sangre. Quiso alzarse, o al menos girarse de costado, pero no pudo. Sintió una liviandad en la cabeza, como cuando acomete el sueño, y supo que la vida se le apagaba. «Ved en cuan amarga cuita me sale al paso el fin», suspiró débil entre labios. «Socorredme en esta hora triste, señora mía». Una brisa fuerte, del poniente, estremeció las banderas reales y las ramas de un encino.



La pluma se detuvo de súbito. Recostándose sobre el escritorio, el hombre cerró los ojos y con el índice masajeó los párpados cansados. Una sensación extraña, como de tristeza o melancolía, le revoloteó en el pecho. Miró por la ventana abierta. Unos niños sucios jugaban con espadas de palo en el callejón. Caía la tarde. La voz del pregonero, algo lejana, le distrajo un momento. Se puso de pie. Miró el bulto de papeles sobre la mesa. Volvió a sentarse. Algo hacía falta aún, presintió. Algo no estaba en su sitio. Tomó la última hoja del grupo y la rompió. Luego reinsertó en otro lugar de la pila de papel las cuatro hojas anteriores. Mojó la pluma nuevamente.



El caballero abrió los ojos. Sobre la colina aparecieron las siluetas de los dos jinetes. Alzó la vista y vio al león saltar sobre él y reparar las heridas de su cuerpo con las garras, y luego correr de espaldas hasta la jaula, donde se echó tranquilo. Sintió que su cuerpo era arrojado hacia arriba, en el aire, y el dolor desapareció. El viejo caballo regresó al galope, también de espaldas, y en una cabriola se colocó bajo su cuerpo. La armadura no hizo ruido al desplomarse sobre la silla. Bestia y jinete quedaron quietos frente al carro de los leones. El recuerdo del feroz ataque desapareció de la memoria. Alzándose la rota visera, Don Quijote miró al leonero, que esperaba su respuesta. Una brisa del poniente hizo volar las banderas.

2006

EL TRADEBARIO

a Milcíades Pinzón Rodríguez

Tras unos compases enmohecidos de algún Capricho de Paganini, el profesor baja el violín y le da un segundo vistazo, con cierto desdén.

—Es una copia—sentencia—de cierto valor, pero copia al fin. Le doy quinientos pesos, porque hoy ando de buen humor, pero no más. Honestamente, no creo que valga tanto, pero usted es un buen hombre y ha venido de tan lejos...

El campesino, incrédulo al principio, triste luego, no responde. Le hace falta el dinero, pero la oferta es nada comparada con lo que esperaba obtener. Viajó un día entero a caballo desde su rancho en El Bijao hasta el puerto de Mensabé, y luego tres más en barco hasta la Capital, gastando buena parte de sus ahorros, con la ilusión de hacer fortuna vendiendo el instrumento.

Un médico amigo suyo, educado en Europa, lo había oído en una fiesta del pueblo. Intrigado por la pureza del sonido, inspeccionó el violín. Supo que era herencia del abuelo, un viejo rubio a quien llamaban Beto Fonjárez, pero que firmaba Herbert Von Haus.

—Este violín parece ser un Stradivarius—dijo el doctor—y si lo es, vale más que todas estas tierras con sus dueños.

El campesino reflexiona ante el fallo del profesor y pregunta malicioso:

—¿Cómo sabe usted' que no es un *tradebario*?

Algo reticente, le responde:

—El ojo experto ve mil pequeños detalles: el tono del barniz, el tallado de la voluta, la forma de los huecos, la re-

sonancia de la caja, hasta la densidad de la madera. ¡Hombre, si no me cree, vaya a que otro experto lo avalúe y ya está!

Sin rumbo, el campesino vaga toda la tarde por las calles de San Felipe. Se echa en una esquina y toca alguna cumbia nostálgica. No falta quien le tire un cuartillo, creyéndolo mendigo. Al amanecer, desilusionado y hambriento, regresa. El profesor estaría de mal humor, pues sólo le da trescientos pesos y un sermón.

— Le estoy haciendo un favor. ¡No se los gaste en aguardiente!

Esa tarde se cruzan en el muelle. El campesino, borracho ya, no lo ve siquiera cuando sube al barco de regreso a su pueblo. El profesor, que pretende no reconocerlo, baja del carruaje con un baúl y un maletín, y aborda un vapor de cierto lujo, para realizar una diligencia de *impromptu*. Tres semanas de viaje y trasbordos lo llevarán a Nueva York. A tiempo — si Dios quiere — para la subasta de Stradivarius en Sotheby's.

2006

HACIA EL JARDÍN

a Sinán

— Anoche soñé con ella.

«Otra vez», gimió la madre, bajando la cabeza y persig-nándose. El padre, en silencio, miró a su hijo, que estaba sentado frente a un plato intacto de cereal. Tras una larga pausa, le preguntó: «¿Qué te dijo esta vez?»

— Que no se preocupen por ella. Dice que mamá no debe llorar más, pues ella está bien.

El padre miró a la madre, que alzó las cejas como disculpándose. Impaciente, se levantó de la mesa, besó el aire sobre la cabeza de su esposa, y puso su mano sobre la del hijo. Se puso el saco, tomó un maletín y salió de la casa.

— A tu papá no le gusta que hables de esas cosas.

— ¿Qué significa *ateo*? — preguntó el niño.

La madre guardó silencio. «Debes irte a la escuela. No quiero que llegues tarde». A la mañana siguiente, los padres desayunaban en silencio, mirando al hijo de soslayo cada cierto tiempo.

— Anoche soñé con ella.

— ¿Ya ves? — dijo el padre — Debes llevarlo hoy. Un psicólogo podrá ayudarlo. No podemos quedarnos de brazos cruzados y dejarlo crecer de esta manera.

La madre, callando, asintió con un gesto triste. Quiso preguntar algo al hijo, pero no lo hizo.

— Le conté que ustedes no me creen. Me dijo que dijera esto a mamá: el día que ella murió pasó algo bonito, que sólo ellas vieron.

— Tú no estabas ahí — interrumpió la madre, enrojecida de súbito.

—Yo estaba en la escuela. Papá no había llegado del trabajo. Pero ella sí estaba. Ese día, ustedes dos estaban solas en la casa. Me dijo que tenía mucho dolor, y ese día entendió por qué. Me explicó que la vida es como una escuela: uno viene, aprende y se va. Ella supo que ya había aprendido su lección y era hora de irse.

El padre, iracundo, se puso de pie, viró la mesa y se arrancó la correa. «¡Basta!—gritó—A este carajo lo arreglo yo ahora mismo». Tomó al niño del brazo y comenzó a azotarlo.

—¡Había una mariposa!—lloró el niño.

La madre detuvo el brazo del padre, y de rodillas frente al niño le preguntó:

—¿Qué más te dijo ella?

—Que esa mañana la mariposa entró al cuarto por la ventana abierta y voló hasta su pecho. Ella la vio, mamá, aunque sus ojos estaban cerrados. Dice que tú la viste también, que dejaste de llorar y te quedaste mirando a la mariposa mover sus alas suavemente hasta quedarse dormida. Dice que la respuesta a tu pregunta es: sí. En ese mismo momento ella también se durmió.

—La mariposa murió—gimió la madre.

—Ella me dijo que tú pusiste esa mariposa en su ataúd, entre sus manos.

—Tú no estabas ahí.

—Ella lo vio todo—insistió el niño—La mariposa está allá, junto a ella. Anoche me la mostró. Me dijo que ustedes no me creerían. Me pidió que la trajera para que crean.

El niño sacó de su bolsillo una cajita de madera; y de ella, una mariposa inmóvil. La madre palideció al verla.

—Está muerta, ¿no lo ves?—espetó el padre.

—Dijo que la tomes en tus manos, como ese día.

La madre tocó la mariposa, que al instante movió sus alas. Resplandeciendo bajo el sol de la mañana, como un pequeño ángel que sale de un abismo, voló por la ventana abierta hacia el jardín.

2005

LA LEYENDA DEL REY VIUDO

a Melanie Taylor

El rey Kronor, soberano de un país en las tierras del hielo, perdió en un invierno crudo a su reina. «Demasiado pronto llegó el beso de la muerte», se lamentó ante el dios. Trece lunas la lloró, pero sus lágrimas no sanaron la herida de su alma. No encontró en su tierra resignación para vivir.

Una mañana, Kronor montó su corcel y cabalgó allende los límites de su reino. Su corazón fue malherido por la mirada de una joven doncella, vestida en la piel de lobos blancos. «Conozco tus ojos grises», suspiró el rey. La mujer desapareció en una ventisca.

El monarca sintió en su corazón el extraño anhelo de tener a esta aparecida como su reina. Su consejero le advirtió que la tradición prohíbe a una extranjera acceder al trono. En su alma, el rey sabía que esta mujer no le era extraña.

Tardes sin número cabalgó el monarca más allá de los confines de su estado, para contemplar desde lejos a aquella mujer. Algunas veces la encontró paseando sola sobre la nieve fresca. Ella le sonreía en silencio. Su belleza conocida atormentaba a Kronor. Su corazón se agitó como las auroras de la noche. Soñó con aquel cuerpo abrigado bajo el pelaje del lobo, ángel de tibieza en un abismo de hielo.

Una mañana el príncipe Kronhast, heredero de la corona, venció a su padre en una partida de ajedrez. Poniéndose de pie, el rey gritó: «Saca tu espada», y se batió con él. Cuando el helado filo de la espada de Kronhast se posó reticente sobre el cuello paterno, el soberano sonrió y dijo: «Soy libre. Has crecido más fuerte y sabio que tu padre. Sabrás

defender nuestros dominios desde el trono. Por mi parte, he sido conquistado: mis días aquí han terminado».

Kronor convocó a su corte esa noche. Tras un banquete les anunció: «He aquí a mi hijo Kronhast, vuestro nuevo rey. Mi corazón me llevará hoy a otras tierras». Ninguna otra palabra pronunció su boca. Se cubrió con un abrigo de piel de lobos blancos y cabalgó en su potro más allá de los confines del reino. Nunca nadie más le vio.

Esta es la leyenda de Kronor, el rey viudo, según la cuentan los ancianos de las tierras del hielo: dicen que todas las noches, bajo la luz de la luna, dos lobos blancos corren juntos sobre la nieve fresca; que estas son las almas del rey Kronor y su reina; que el rey todavía vive. Generaciones de soberanos gobernaron a la sombra de la leyenda. Kronhast, el justo; Kronmaron, el sabio; Kronsorel, el bueno. Kronarion, el grande.

Pero llegó el tiempo de Kronhul, el de alma dura, quien por no compartir con un muerto la gloria de su reinado, quiso desmentir la leyenda. «Si hago creer que he encontrado en el bosque el abrigo de lobos que Kronor vestía, demostraré que está muerto y que la leyenda es falsa». Envío a un cazador a matar lobos blancos para hacer un abrigo que sirviera en su engaño.

El cazador regresó tras tres noches, con el pelaje de dos lobos blancos. Envueltos en paños rojos, traía sus corazones. «He matado en la noche a estos lobos blancos, ¡oh Kronhul!, y al desollarlos encontré corazones humanos. Caiga sobre tu cabeza la sangre de Kronor». La lanza que abatió al lobo macho atravesó el pecho de Kronhul, el de alma dura, y le dio muerte.

EL HALLAZGO

a Ariel Barría

Cuando abrimos la puerta trasera de la camioneta, ahí estaban: paquetes encima de paquetes, envueltos en plástico y cinta adhesiva. El conductor saltó de la camioneta y trató de escapar, pero los compañeros de la otra patrulla lo persiguieron y le dispararon cuando se rehusó a detenerse. Mientras los transeúntes observaban boquiabiertos al tipo muriéndose en el asfalto, yo estaba paralizado por la enorme cantidad de droga que había frente a mí en el vagón.

—Dios mío.

Estimé al ojo como tonelada y media de la Buena. Luego el Director de la Policía anunció el peso oficial: 1615 kilos de cocaína pura. Nos felicitaron en el cuartel, y nos tomaron una foto dándole la mano al Director, con el estandarte del Departamento en el fondo. «Oficiales ejemplares», dijo. Yo no estaba ni siquiera pensando claramente, poseído por la magnitud del hallazgo.

Esa noche, en cama con mi esposa, todavía tenía las malditas bolsas en la cabeza.

—Estás temblando— me dijo mi esposa— ¿Qué te pasa?

No pude decirle. No dormí un minuto, los ojos abiertos toda la noche, mirando a mi esposa, a la bebé durmiendo en la cuna, al crucifijo colgando en las miserables paredes de la miserable casa en la que vivíamos, y que había pagado poniendo mi vida en peligro cada día.

—Tremendo golpe de suerte ayer, ¿ah?— me dijo Paco cuando entré en el patrulla el día siguiente.

Lo miré a la cara y vi que hablaba en serio. Paco tenía los ojos rojos, y el aliento hediondo a licor barato. Seguro había

estado toda la noche despierto, bebiéndose los cien dólares que el Departamento nos había dado como recompensa por la gran cantidad de droga confiscada. Se veía honestamente feliz sobre todo el asunto. Me pareció que Paco lo veía como una gran cosa, beneficiosa para su carrera y una buena oportunidad para invitar a sus pacieros a tomarse unos tragos gratis.

— ¿La pasaste bien anoche? — le pregunté, sarcástico.

— ¡Del carajo! — me respondió.

— ¿Guaro con los *pelaos* y pindín con las *guiales*?

Sorprendido por mi tono, me espetó:

— ¿Y ahora qué chucha te pasa, *brother*?

— Paco... — le dije, sacudiendo la cabeza — No tienes ni puta idea de lo que hicimos ayer.

— ¡Nuestro trabajo! — respondió, incrédulo.

— Eso es demasiada coca, Paco. Demasiada. No se supone que seamos tan buenos. A algún mono gordo le está faltando tonelada y media de cocaína, y te aseguro que ese cabrón no está feliz con nosotros.

Paco se había puesto sobrio de pronto, y ya no sonreía.

— ¿No viste ayer por casualidad un carro pasar despacito frente a tu casa, más de una vez?

Me miró, como tratando de recordar. De pronto, abrió grande los ojos.

— Puta madre. Me cago, me cago en la...

Bajó la cabeza, apretando los dedos sobre la cara, como arañándose los ojos.

— ¿Crees que saben dónde vivo?

No pude responderle. Pero sentí que no hacía falta.

— Estamos muertos, compañero, estamos listos — gimió Paco, descontrolado.

—Cálmate. Sólo tenemos que ser más cuidadosos de ahora en adelante. Mantén los ojos bien abiertos y no confíes en nadie. ¿Estamos claro? En nadie. Todo va a estar bien.

—¿Estás seguro? — me preguntó, con lágrimas en las mejillas.

Miré por la ventana. En un patrulla que pasó de largo, un policía con lentes oscuros bajó el vidrio, y levantó la mano, como saludándonos. Solté el broche del revólver, y revisé el barril: seis balas color bronce dormían en el carrusel frío. Sonó el breve chasquido de un martillo.

—¿Estás seguro? — volvió a preguntar Paco, más tranquilo.

Pero ya no pude mentirle más.

2008

PRELUDIO

a Mam

Abrió los ojos y todo era oscuridad.

Respiró profundamente. Parpadeó y abrió los ojos nuevamente, pero no percibió nada más que un negro inmenso envolviéndolo todo. Su corazón se aceleró espantado, y respiró otra vez, muy profundamente, para calmarse. Buscó con las manos a su alrededor, y descubrió que apenas podía moverlas, pues había paredes a ambos lados de su cuerpo. Las cruzó sobre su pecho y notó que también sobre él había una pared, muy cercana a su cuerpo.

En ese momento, recordó algo. Había amanecido ese día con un terrible dolor de cabeza, y no se había podido levantar de la cama. Su mujer le cubrió con una frazada. Mandó llamar al médico. Él oyó la voz de su mujer, él vio a su hijo salir corriendo hacia la calle a buscar al médico. Había sentido la mano de ella, su suave mano, posada en su frente. Después de estos recuerdos, todo era confuso, oscuro: no lograba recordar nada más.

Trató de moverse, pero estaba rodeado por paredes. Arriba, abajo, a ambos lados. Su mano se posó sobre la pared superior, y la sintió fría y dura. La empujó con fuerza, pero la pared no cedió. Se tomó unos segundos para respirar. Volvió a empujarla, esta vez con tanta fuerza que su muñeca crujió, y la pared se movió un poco.

Al sentir aquel breve movimiento, un terrible pensamiento se enterró en su mente. Su respiración se interrumpió y su corazón se disparó en una carrera desenfrenada. Inmediatamente supo dónde estaba y qué había sucedido. Y los recuerdos volvieron a él en estampida. Entonces todo fue

claro, fatalmente claro: su mente le hizo recordar sonidos, llantos, cantos tristes, repique de campanas, cascos de caballos y las llantas de un carruaje... y el martilleo sobre la madera y el golpetear de la tierra sobre la tapa. Y luego el silencio, aquel silencio que le hacía estallar los oídos.

Escuchaba su propia respiración, y sentía el palpitar de su corazón a punto de reventar de pavor. Gritó fuertemente, y su cuerpo entero y el ataúd se estremecieron con el estruendo. Pero nadie lo escuchaba entonces.

Respiró agitadamente, tratando de controlarse, de pensar en una salida, un escape. Pero su mujer conocía cuál era su voluntad para el día de su muerte: dos metros bajo tierra. ¿Cómo escapar, atrapado bajo dos metros de tierra? Sudó copiosamente. Golpeó la tapa con los puños cerrados, y sintió la indescriptible frustración de la impotencia humana ante una muerte segura. Y perdió toda esperanza.

Entonces la lógica dejó de funcionar y el instinto de sobrevivir se apoderó de él. Se agitó ferozmente en su cautiverio, golpeándose contra las paredes de madera. Y al sentir que el aire se hacía más pesado y caliente, más vacío de oxígeno, embruteció totalmente. Gritó como un animal y arañó la tapa con desesperación, y sus uñas se desprendieron de sus dedos. Estrelló su cabeza contra la tapa hasta que la sangre que corría por su frente se mezcló con sus lágrimas de histeria.

Y enloqueció de dolor y asfixia. Convulsionó sin pensar y perdió el sentido de la realidad. Sus manos se presionaron contra la tapa e hicieron fuerza hasta que los huesos de los brazos se rompieron. Su llanto cesó y su respiración se hizo honda y vacía. Abrió la boca y los ojos, y se sintió morir rápidamente.

Entonces, cuando su cuerpo ya se había rendido ante la asfixia, dejó súbitamente de sentir dolor y recordó a su mujer. Y en su delirio, la vio venir, la oyó hablándole dulcemente, y sintió su mano otra vez sobre su frente. Y no sintió nada más.

1995

Inspirado en la pieza para piano Preludio en do sostenido menor del compositor ruso Sergei Rachmaninoff.

UN SEGUNDO

a Emiliani

Koshi es un perro de raza. Él no lo sabe, pero vive en una metrópolis del primer mundo: Tokio tal vez, o Nueva York. El apartamento de su dueño, Ken, tiene ventanas amplias desde donde Koshi mira las luces de los rascacielos en la noche. Está siempre rodeado de juguetes: peluches que pitan cuando los muerde, huesos sintéticos y pelotas de colores llamativos. Ayer fue la visita de Koshi al doctor. Ken le puso una camisita de diseñador, una réplica en miniatura de la misma camisa que él llevaba puesta.

El veterinario le diagnosticó obesidad y ordenó un cambio de dieta y más ejercicios. Ken lo llevó esa misma tarde a una *spa* especial para perros, donde recibió masajes y se ejercitó en la piscina. Le tiraban una pelota y él se echaba al agua para traerla de vuelta nadando. Al final del día, como premio a su esfuerzo, Ken le compró la cena en el restaurante de sushi del local: un plato de langostinos apanados, que Koshi devoró en pocos bocados.

Tobe es un niño huérfano. Él no lo sabe, pero vive en un campamento de refugiados en algún país de tercer mundo: en África tal vez, o en Latinoamérica. Su madre murió en el parto y al padre lo mató la guerrilla. Tobe no ha tenido nunca un juguete. La tienda de campaña donde languidece todo el día es sofocante: siempre huele a heces y a muerte. Ayer fue la visita del médico al campamento. Lo acompañaron una enfermera, un auxiliar y un camarógrafo. Tras siete horas de espera, durante las cuales el doctor atendió a cientos de refugiados, llegó el turno de Tobe.

El médico lo examinó y rápidamente verificó que la desnutrición severa era la causa de la barriga hinchada, la caída del cabello, las llagas en la piel y la incipiente ceguera. La enfermera, reprimiendo una lágrima, amarró una cinta roja en la muñeca de Tobe, que le daría derecho por unas semanas a un suplemento vitamínico y una ración algo mayor de comida. Durante la noche, mientras Tobe dormía, una mujer le robó la cinta roja y se la puso al menor de sus cinco hijos. Tobe, que no se daba cuenta de casi nada, pasó los días siguientes sin comer mayor cosa, con la mirada perdida en el resplandor borroso que se filtraba bajo la tienda de campaña.

Algún tiempo después los tres, Koshi, Ken y Tobe, coincidieron en el tiempo y el espacio, por un segundo. Regresando del trabajo, Ken se echó en el sofá frente al televisor, con una bolsa de galletas de chocolate. Koshi, sobre sus piernas, se deleitaba con los pitidos de su más reciente juguete, regalo de esa tarde. El control remoto cambiaba los canales rápidamente, sin mayor interés, hasta que apareció Tobe en la pantalla frente a ellos. Sobre el rostro sucio, las moscas se paseaban impunes; se agrupaban en los ojos blanquecinos y en las costras de arroz viejo pegadas a las comisuras de la boca. Abajo se mostraba el nombre de alguna fundación de ayuda a los refugiados, y un número de teléfono para donaciones. Los ojos de Ken, fijos en el televisor, parecieron perderse un instante en la imagen de Tobe. El pulgar regresó, casi por reflejo, al canal anterior: un programa sobre fiestas de cumpleaños para perros. Ken volvió a sonreír, y mordió una galleta de chocolate.

—Vamos a hacerte una fiesta como esa para tu cumpleaños—le dijo.

Dos semanas después, Koshi enterraba el hocico goloso en un pastel relleno de paté. ¡Sus bigotes se llenaron de merengue! Dos mundos más abajo, distante en el espacio, pero en el mismo tiempo, el cuerpo de Tobe, cubierto todavía de moscas, ya comenzaba a heder.

2006

DESTINO

a Cortázar

*«Una vida más tarde comprenderemos
que la vida perdimos sólo por miedo»*

Juan Pablo Silvestre

Luisa jamás comprendió por qué murió. Mientras la piedra enorme del molino, ciega sobre su eje eterno, continuaba el peregrinaje circular hacia ninguna parte, sus ojos perdieron el brillo contemplando el brazo con fijación desamparada. La tarde anterior el sol, como una luciérnaga breve en un pozo muy hondo, había brillado en esos mismos ojos. Sentadas en la terraza de su casa, Luisa y su amiga Lucía charlaban. Hablaron del amor, del sexo, de la vida futura. Y reían, ¡por Dios, cómo reían!

—¿Sabes?—dijo Lucía—Decidí que iré esta noche a que la vieja me lea la mano.

El gesto de sorpresa en la cara de Luisa no fue tal para Lucía.

—Esa vieja loca no hará que él se fije en ti.

—Pero puede decirme si algún día él lo hará. ¿Por qué no vienes conmigo?

Una mueca de incredulidad se dibujó rápidamente en su rostro: «Yo no creo en esas cosas».

—Claro que no—concedió Lucía—Pero ¿no sientes curiosidad? Dicen que desde antes de tu nacimiento tu vida está escrita ahí, en las líneas de tu mano.

Callaron. Al caer la noche también, una junto a la otra, callaban mientras la vieja sobaba la mano izquierda de Lucía. La contempló profundamente y cerró los ojos: habló largo rato sobre la vida, el amor, la salud, el dinero. Luisa se

estremecía con cada verdad que la vieja decía sobre su amiga. Cosas íntimas, secretos entre ellas: todo lo veía. Cuando la vieja terminó con Lucía, Luisa tuvo el presagio de que su vida cambiaría. La gitana le tomó la mano izquierda, cerró sus labios con fuerza y permaneció en silencio largo rato. Luego la miró a los ojos, con lástima.

— Pero tú no crees en esto, mi niña...

— ¿Qué es lo que vio, señora? — reclamó Luisa con voz quebrada.

La angustia magnificó una pausa breve hasta hacerla parecer infinita.

— Es mejor que te vayas y te olvides de todo — dijo la anciana, sabiendo que no lo haría.

«Dígamelo de una vez, por Dios», suplicó, y la vieja cerró los ojos tristes, agitada. La palma de su mano, seca como la cáscara fina de una cebolla, apenas rozaba la mano sudorosa de Luisa.

— Sucederá muy pronto, mi niña. Está escrito aquí, desde el primer día.

Silencio. Una lágrima cayó sobre la mano desnuda y palpitante, abierta hacia el cielo. «Dígame cuándo», insistió Luisa, y otra lágrima cayó sobre su mano cuando escuchó la respuesta. «¿Qué puedo hacer para evitarlo, vieja?»

— Destrózala si quieres vivir. Mientras la mano exista, tu suerte está echada.

La piedra giraba, lenta como el mundo, frente a sus ojos marchitos y sus labios pálidos. Esa mañana el sol había calentado esos labios, camino a la iglesia. El andar le dio tiempo para pensar en su marido, en su hija pequeña, en los otros hijos que quería traer al mundo, en los nietos que deseaba ver jugando a su alrededor.

Sintió que la vida se le iba del pecho. No llegó a la iglesia. El molino que encontró en el camino, aleteando frente a ella, era igual a la imagen de su sueño: las aspas, blancas; la puerta, abierta; la rueda, inmensa, girando perezosa sobre los granos; el interior, vacío; el sol, derramándose entre las rajaduras del techo, como un gajo de ángeles cayendo en un abismo.

Contempló el inmutable girar de la piedra durante una hora. Nadie oyó su grito cuando introdujo la mano. El miembro desapareció al instante en una fina pasta roja untada contra la laja. Paralizada por el dolor, Luisa cayó de espaldas con el muñón hacia el cielo como una rama muerta. Con los ojos fijos en el remo amputado, se desangró hasta morir sin comprender lo que pasaba. Ciega ante la agonía, la piedra del molino siguió girando toda la tarde, emulando la persistencia del viento de verano. El crepúsculo se consumió impávido, ajeno al espectáculo triste del cuerpo tieso con la mano izquierda intacta y el brazo derecho truncado y enhiesto.

2005

NOTAS SOBRE EL PARAÍSO

a Stendhal

3 de octubre de 2004:

La inusual belleza de *In Paradisum* de Fauré me ha hecho esperar con felicidad la muerte, para disfrutar de gloria tan sublime. «Oh, que muera yo mil veces si eso es verdad», he dicho como Sócrates. Su perfección me lleva a sospechar que el compositor, buscando una joya para coronar su Réquiem, plagió de Dios el fondo musical del reino, en un espasmo de arrogancia. Si es así, la divina balanza deberá perdonar su herejía por el contrapeso de las almas redimidas: al pintar tan hermoso el premio, sus compases mueven al bien por sí solos, trivializando la amenaza del infierno.

En tardes tranquilas, escuchando esta pieza hasta saciarme, probé imaginar cómo sería el paraíso anunciado. Ensayé un lugar común: un vórtice de luz rodeado por infinitos querubines. Como la música lo excedía, probé redefinirlo; cada vez quedé inmerso en un insípido limbo blanco.

Aunque todavía sospecho que definir el paraíso es un ejercicio subjetivo (para Borges — aún ciego — era una biblioteca; para Sócrates, el encuentro con los sabios del pasado), ya no tengo que imaginarlo: estuve en él hace poco. A las cinco y media de la tarde del domingo 26 de septiembre del año 2004, el universo se plegó, y la Tierra se traslapó con el Cielo, regalándome el fenómeno efímero e irrepetible de experimentar mi paraíso en vida.

El escenario lo brindó la aparición de un arco iris. La palabra es poca cosa: el cliché arco iris no describe el prodigio de luz que extendió sus alas ante nosotros. El fulgor rabioso de ese semicírculo rajó el cielo como una sandía. Sus tonos

eran tan nítidos y su curvatura tan amplia, que apenas dejaron espacio en nuestros ojos para el abismo azul que los enmarcaba, como una cadena de diminutos ángeles iridiscentes.

Mi esposa y yo habíamos llegado una hora antes a visitar a mis padres. Los cuatro contemplábamos el tranquilo espectáculo, y disimulábamos la emoción del momento perfecto, discutiendo sobre la diferencia tonal entre el arco principal y el arqueo tributario que se insinuaba sobre él. Frente a los círculos gemelos, tres golondrinas jugaban a dibujar arabescos; a nuestros pies, los ojos húmedos de nuestros perros nos agradecían haber vuelto a casa. Todo era perfecto: teníamos salud y estábamos juntos. Mi esposa me amaba. Mis padres se sabían felices, satisfechos con la cosecha de la larga siembra de sus vidas.

Un beso me indujo el súbito presentimiento de que mi eternidad podría ser la repetición sin término de este momento de dicha immaculada. Cerré mis ojos y rogué (como un Fausto dispuesto a vender el alma a Dios): «Si soy digno, permite que éste sea mi paraíso». El vuelo juguetón de las golondrinas me insinuó que, tras el telón del cielo, Él sonreía.

A través de un personaje de Opiniones de un payaso, Heinrich Böll dice que le parece imposible que la felicidad dure más de un minuto, dos a lo sumo. Se equivoca: diez minutos duró aquel Edén. Lo hubiese querido infinito, pero la vida sigue. Pronto el cielo quedó desnudo, con grises sugerencias de anochecer. Ignoro cuándo volveré a sentir que estoy en la gloria. Sólo sé que todavía siento los arpegios de Fauré y el brillo de aquel arco coexistiendo en mi interior.



1 de enero de 2005:

Descubrí que el fenómeno, aunque efímero, no es irrepetible: hoy, en el primer amanecer del año nuevo, durante el desayuno en familia, volví a aquel nirvana, al contemplar cómo el gozo inocente de mi sobrina recién nacida se reflejaba, sol en oro bruñido, sobre el rostro de mis padres.



24 de enero de 2005:

A este punto ya he comprendido que la experiencia, lejos de ser única, es — gracias a Dios — casi cotidiana. Borges lo advirtió: no pasa un día en que no estemos un instante en el paraíso. Como una tela de hilo deja ver a través de diminutos agujeros, así la vida nos permite contemplar destellos del paraíso en fragmentos de dicha óptima que se traslucen cada cierto tiempo. Basta con tener los ojos del alma abiertos para percibirlo.

Aunque era consciente de mi alegría, no fue sino hasta aquel día que comprendí que ésta podía ser perfecta aún en vida. Ahora el hecho se me revela cuando menos lo espero. La epifanía llega en el jugo de una fresa en los labios de mi esposa, en el revoloteo de un pajarillo, en la brisa de la tarde, en la calma tras el orgasmo. Creo que Dios escuchó mi plegaria, pero decidió entregarme, en vez de un paraíso cíclico de dicha repetida, una sucesión de pequeños paraísos diferentes, renovados cada día.

2005

EN LA CORRIENTE

a Ñato y lo que en él había de ángel

La corriente corre lenta. Arrastra tallos de plátanos, cocos y pencas secas que, flotando, describen círculos perezosos en las sucias aguas del río.

En ambas riberas una gran cantidad de personas reunidas ven el agua pasar. Ansiosos y confundidos, murmuran en voz baja lo sucedido. Todos vinieron apenas se enteraron de lo que pasó: Ñato, el hijo de la Melli, se ahogó esa mañana.

Eran como las once—cuando el sol azota y la brisa calla, cuando el río, fresco y sabroso, es el mejor refugio contra el calor—en un remanso, al pie de inmensas palmeras. El chico y otros muchachos de su calle se bañaban a escondidas.

Más de una vez los labios reseco de su padre, curtidos por el mar y por el monte, pronunciaron la sabia advertencia.

—En invierno el río es traicionero, m'ijo. Espérese a que sea de verano. No busque tentación...

Pero ese día el calor y el cansancio fueron más fuertes. Las aguas turbias y profundas del río crecido eran el escenario de sus juegos, nadando y salpicando de aquí para allá y de allá para acá. Sus risas vibraban entre las cañas y los maizales. Y en un instante, tras un súbito ajetreo de brazos y espuma, el muchacho se pierde bajo el agua sucia del río de invierno, para no salir con vida nunca más.

Inmediatamente la noticia corrió por el pueblo, de modo que, al cabo de unas horas, las huertas y los sembrados se vieron repletos de gente. Parientes, amigos, mirones y vo-

luntarios para la búsqueda del cuerpo, se dieron cita en el lugar.



Hace calor. Las mujeres se abanicán para refrescarse, unas, bajo frondosos mangos, consolando a la madre temblorosa, enrojecida y ronca de tanto llorar; otras paseándose entre la maleza de los barrancos, mirando, inquisidoras, las márgenes del río.

Sus ojos angustiados se pierden bajo las aguas, sus miradas se enredan en los pajonales, en las sombras y los claros, hasta esfumarse tras las curvas del río.

Hombres jóvenes, valientes, se sumergen por instantes en las turbias profundidades del remanso con unas cuantas bocanadas de aire en sus pulmones. Bucean ágilmente, palpando sobre el lodo y entre las peñas, en una búsqueda desesperada e inútil. Otros han recorrido el río de arriba a abajo, hasta mucho más allá del puente. Han revisado entre los troncos y los herbazales, pero no han visto nada.

La tarde pasa lenta. Los ánimos declinan. Una a una las personas abandonan el lugar. Tan sólo unos pocos siguen escrutando, con ojos cansados, la corriente adormecida. Al caer la noche un nuevo grupo de personas, con focos y guarichas, llegan al lugar. Improvisan un fogón en los palmares y preparan café. Saben que la noche será larga.



Nada. A pesar de los grandes esfuerzos no hay ni una señal del cadáver.

Toda la noche hombres y mujeres se turnaron con focos, para ver si el cuerpo salía. Se buscó con ganchos y con palos, y no faltó uno que otro aventurero que se arriesgara a bucear en busca del muchacho. Pero no se halló nada.

Ni aún la milagrosa vela de la Candelaria, flotando sobre una batea corriente abajo pudo dar con el lugar donde el cuerpo había quedado.

Con las primeras luces del alba un gran número de personas relevaron a los desvelados. Colocaron varios trasmallos, por si la corriente arrastraba el cuerpo. Recorrieron todo el río en bote, aún más allá de la represa, hasta los tupidos manglares. Muchos más hombres buscaron en el fondo del remanso, con necia perseverancia. Mas todo fue en vano. El río se lo tragó y ahora, temeroso, esconde su cuerpo muerto.

—Tenei que llamalo, Melli. Si lo llamai él sale diuna ve.

Una angustiada sensación de impotencia se hace sentir. La fuerza los abandona. Sus esperanzas se extinguen. La posibilidad de encontrar el cuerpo parece cada vez más lejana.

—Llamalo, Melli. Si la mama lo llama él solito sale.

La mujer es llanto. Su corazón ha sufrido demasiado, pero debe intentarlo por todos los medios. Su voz estremece a los presentes.

—¡Ñato, papa mío! Salí que tu mama te quiere ver. Así como Dios te tenga, asina te quiero. Ven, Ñato, dejá que tu mama te vea. Lindo mío, no me dejé esperando.

Silencio. La ansiedad recorre los barrancos. Una esperanza chiquita palpita con los corazones.

Pasa un rato. Hay dudas, desconcierto, rumores crecientes.

De pronto el silencio se rasga.

—¡Miren allá!

Cerca de la orilla, un bulto redondo, negro y pequeño sobresale sobre el agua. La madre reconoce los cabellos despeinados: un dolor inmenso, punzante, se le incrusta en el

alma y se desgaja en llanto. Minutos después, tras grandes esfuerzos, lograron entre varios sacar del agua el cuerpo desnudo, hinchado y sangrante por la nariz y la boca.

Lentamente, en silencio, regresan con su carga por el camino. Atrás, más allá de los palmares, queda el río solitario, invariable, impasible.

La muerte crece en sus entrañas.

1993

EL CIRCO

a Shirley Jackson

De la mano de mi abuelo, entré en la gran carpa. La fila, que había avanzado lenta, se hacía fluida al cruzar el umbral del Circo. Caminando hacia nuestros puestos, a la izquierda, me llamaron la atención el techo inmenso, iluminado y cruzado de cables, y un vago olor, desagradable pero familiar.

Grandes reflectores paseaban sus columnas de luz en la atmósfera polvorienta. Algunos malabaristas, arrojando antorchas y cuchillos, entretenían al público que tomaba asiento.

Las luces se enfocaron en el centro de la pista principal. Un hombre vestido de negro, con un bastón plateado y un micrófono, nos dio la bienvenida a la presentación anual del Circo. La intensidad de los aplausos me hizo sentir por primera vez la certeza de que miles de personas estaban ahí, físicamente, en torno a aquel punto.

—Pronto disfrutaremos de la alegría y la novedad del espectáculo que hemos preparado para este año—dijo el presentador—pero primero, como es tradición, debemos comenzar con el evento más importante: la jaula.

Sentí que mi abuelo apretó mi mano y luego la soltó para aplaudir igual que todos. Las luces se enfocaron en una segunda pista, donde en una esfera de unos diez metros de diámetro, hecha de malla metálica, un motociclista daba vueltas ferozmente.

—Ese es tu hermano—susurró mi abuelo en mi oído.

La moto giraba en la jaula, en torno a su ecuador, y luego surcando los meridianos, como si no existiese la gravedad. El público aplaudía. Yo me sentí emocionado. No re-

cordaba bien a mi hermano. Hace mucho tiempo que no vivía con nosotros. Estaba en el Circo, es lo que me habían dicho. Y ahora lo veía, efectivamente, con su casco dorado, desafiando la física en esa bola de hierro.

En un punto, la motocicleta se detuvo y el público guardó silencio. El hombre del bastón plateado dijo:

— ¿Dónde está el joven?

Las columnas de luz giraron. Quedé ciego por el resplandor. Me tomó un instante entender que las lámparas estaban sobre mí. Sentí la mano de mi abuelo sobre mi espalda, empujándome con ternura para que diese un paso adelante.

Una mujer, con un traje diminuto de lentejuelas y una estrella en la frente, vino a tomarme de la mano y me llevó, en medio de aplausos, hasta la segunda pista. Abrió una puerta y me introdujo en la jaula. Vi el rostro pálido de mi hermano, sudoroso, tras la visera del casco. La mujer abrió un cofre y sacó un sable. Me lo pasó, a través de un hueco en la jaula, y me hizo un gesto suave para que lo entregase a mi hermano. Cuando él lo tomó, noté que su mano derecha estaba encadenada al timón mediante una especie de esposa de oro.

La motocicleta arrancó y comenzó a correr por las paredes de la jaula. Las columnas de luz oscilaban en torno a nosotros. Promoviendo el aplauso de la audiencia, la mujer de las lentejuelas caminaba sobre el borde de la pista con los brazos en el aire. El presentador seguía hablando en el micrófono. Traté de ubicar a mi abuelo entre el público, pero las luces no me dejaban ver más allá de la vaga nube de polvo.

De pie en el nadir de la esfera, sentí que había algo familiar en esta escena. Ya había visto antes la estela de chispas

brotando del sable al chocar contra la malla metálica. Ya había escuchado el clamor del público, ahogando el rugido del motor. La motocicleta giraba a mi alrededor, y el sable extendido hacia el centro varias veces pasó cerca de mi cuello. Pero no sentí miedo.

El aplauso se fue apagando, y un creciente abucheo lo reemplazó. La motocicleta se detuvo y mi hermano arrojó el casco. El hombre del micrófono tosió, como para aclarar la garganta, y dijo:

—Que así sea.

La chica de las lentejuelas entró en la jaula, giró sobre sus tacones altos, tomó el sable de la mano pálida de mi hermano, y lo decapitó. El público volvió a aplaudir cuando ella alzó la cabeza. Tres enanos sacaron de la jaula la motocicleta y el cuerpo de mi hermano.

—Mi nombre es Estela— me dijo la mujer con una sonrisa, mientras limpiaba con su mano tibia algunas gotas de sangre que habían caído sobre mi rostro.

Tomó mi brazo y colocó con cuidado una especie de esposa de oro en mi muñeca. Tenía el logotipo del Circo grabado en el costado.

Cuando las luces migraron hacia la pista principal, el hombre del bastón anunció grandilocuente el inicio del espectáculo de este año. Una fila de elefantes, montados por mujeres con penachos azules, y seguidos de una caterva de payasos, inundó la pista. En la tercera fila, al lado de una pareja joven con varios niños que aplaudían alborozados, distinguí a mi abuelo. Reía, tal vez demasiado fuerte, de las payasadas. No sé si era sudor, pero me pareció ver una gota en su mejilla. Recordé el olor familiar que había sentido al entrar a la carpa. Era de sangre.

2006

LA CREACIÓN DE ADÁN

Movido por el aliento de la vida, me sacudo y salgo de la arcilla. Permanezco suspendido en el sopor acuoso de la oscuridad. Corrientes tibias me traen partículas con las cuales me alimento. Tengo pequeñas patas, y placas en la espalda. Sobre la superficie lodosa palpo mientras avanzo sin saber hacia dónde voy. Presiento algo de luz y de sonido.

Me impulso por el agua, guiado por mis antenas y por la borrosa luminosidad que se cuele entre las olas. Nado un poco. Desarrollo escamas y aletas, y nado más fuerte y rápido. Devoro pequeños seres que flotan alrededor. Miro hacia la superficie del agua y percibo el sol. Veo manchas azules, blancas y verdes. Llego a la costa y salgo a tierra.

Me arrastro sobre la arena cálida. No puedo respirar, así que regreso al agua. Vuelvo a intentarlo. Crecen pulmones en mi pecho, y avanzo tierra adentro. Mi piel se torna verde, para confundirse con el entorno. Mis aletas se truecan en patas con garras y en una cola larga y musculosa. Trepo en los árboles y me alimento de insectos, frutos y hojas.

La tierra es mía y crezco para dominarla. Mi cabeza supera las palmeras más altas, mi fuerza derriba troncos. Persigo y devoro a mis semejantes con poderosos colmillos. Miro al cielo, y quiero alcanzarlo. Me hago nuevamente pequeño y liviano. Mis fauces se convierten en uñas. Mis huesos se ahuecan. Plumas nacen en mis brazos. Echo a volar.

Me paseo por las nubes y contemplo el mar junto a la costa. Soy libre. Tras largo vuelo, vuelvo a tierra y pierdo mis alas. Junto a un río hago mi refugio. Vuelvo al agua, y crecen membranas en mis patas. Mis plumas se afinan y se

convierten en pelos. Mi pico se aplana y vuelven a crecer los dientes en mi boca. Sangre caliente fluye por mis venas.

En cuatro patas corro a través del bosque. El pelambre de mi cuerpo me protege del frío. Cazo a otros animales más pequeños y amamanto a mis cachorros. Mi vista se agudiza. Mi olfato despierta. Entiendo mejor el entorno que me rodea. Veo un árbol cercano y lo trepo. Alcanzo una hoja verde y un insecto; los pongo en mi boca. El sol cae.

Salto a una rama más lejana. Sentado sobre ella, me rasco. Percibo que el bosque se repliega, y vuelvo al suelo para buscar alimento. Los árboles son escasos, así que vivo sobre la llanura. Andar largas distancias es más cómodo si marchó erguido. Con un palo golpeo a un conejo y lo desgarró. El pelo de mi cuerpo se hace menos tupido y siento frío.

Hago fuego. Las piedras filosas son mejores para cazar, trabadas en la punta de un palo. La piel de los bisontes me sirve de abrigo. Sobre las paredes de las cavernas dibujo lo que ven mis ojos. Derrito la roca en el fuego y le doy la forma que quiero. Prefiero la compañía de otros, que cazan conmigo y construyen refugios cerca del mío. Soy el líder del grupo.

Me establezco en un solo sitio. Obligo a la tierra a darme frutos, que cosecho y guardo para la época fría. Una cerca de troncos protege nuestras chozas. Las herramientas facilitan el trabajo. Mis compañeros me entienden, y marco sobre el barro los sonidos de mi boca. Miro el océano y siento que me llama. Me hago al mar en barcos de madera.

El sol está saliendo. Comercio con otros pueblos y acumulo riquezas. Regreso a mi aldea y veo que ahora es un imperio. El rey, que da órdenes según su voluntad, no me reconoce. Bajo su mando trabajo la tierra, y él se lleva la mi-

tad de mis frutos. Temo por mi vida, y por eso le obedezco. Otro rey le hace la guerra, y lo vence. Se sienta en su trono.

Un viejo, que antes me hablaba de los poderes de la naturaleza, ahora me habla del dios Sol, de los dioses, de Dios, del hijo de Dios. Miro al cielo y comienzo a entender los movimientos de los astros. Estudio los cadáveres de los caídos y aprendo a reconocer las partes del cuerpo humano. Sobre la pira quemaron a una vieja, acusada de brujería.

Yo no creo en brujerías, sin embargo. Prefiero creer en los valores del espíritu humano. Ya no quiero trabajar para el rey, que se lleva la mitad de mis granos. Con la espada en mano, obtengo mi libertad. Cultivo mi propia tierra, con cuyos frutos alimento a mis hijos. Sobre el papel calculo, vierto en tinta mis pensamientos, pinto en la tela mis ilusiones.

Los límites entre naciones segmentan la Tierra, y la guerra pronto cubre su faz. Tras la bomba, el terror paraliza a los pueblos. Alianzas se balancean sobre un débil equilibrio. Leo en el diario que aviones dan la vuelta al mundo, que el hombre llega a la Luna, que telescopios hurgan las entrañas del espacio, que una red electrónica interconecta los continentes.

Regreso a casa, me aflojo la corbata y me siento frente al televisor, pensando cómo pagaré las cuentas a fin de mes. De las noticias paso a un partido de fútbol, a un documental sobre la extinción de los leones en África, y al programa religioso de un predicador, Adam Smith, que despotrica contra enseñar la teoría de la evolución en las escuelas. Sorbo mi trago de güisqui.

—¿Sabes?—le digo a mi mujer—No entiendo cómo a Darwin se le ocurrió decir que venimos del mono.

2006

LA PARADOJA

a Miguel Ángel Conde

Cuando sentí la muerte cerca, le pedí a Ana que llamara al Padre Zósimo. Por un segundo, sus ojos me miraron con lástima. No la culpo: desde niña la crié agnóstica, y rebelde contra la religión, como su padre. Creo que no me entendió cuando comencé a leer la Biblia, hace unos meses, sintiendo que mi hora se acercaba.

Me despertó el aceite en la frente. Pensé en lo lamentable que debía ser mi apariencia si Zósimo había llegado aplicándome los santos óleos sin siquiera saludarme. Nuestra vieja amistad, forjada en los días de escuela, había pasado por amargos momentos de extrañeza cuando renuncié a la fe de mis padres.

Zósimo siempre fue un gran creyente. De familia piadosa, se ordenó en el Vaticano y ahora era profeta en su propia tierra. Varias veces lo debatí en tribunas públicas sobre asuntos de salubridad, yo tratando de avanzar la causa de la ciencia y la modernidad, él aferrado a los dogmas y prejuicios de Roma.

—Mi viejo amigo—susurró cuando abrí los ojos.

—Necesito saber—le dije, con lo que me quedaba de voz—hacia donde voy.

Zósimo sabía bien que había vuelto a las escrituras, y me consoló:

—El que cree en Él, no degustará la muerte. Vas al Reino del Padre.

—Eso es poesía—le respondí—Yo te pregunto sobre la realidad. La muerte no es teoría para mí, Zósimo, que me muero esta tarde.

— La Palabra no es poesía; es la verdad eterna — dijo.

Respiré hondo. El estertor de mi pecho le hizo apretar los labios y mirar a otro lado.

— Es bonito eso de los pájaros del cielo y los lirios del campo, Zósimo, pero los niños se mueren de hambre y de frío. ¿Cómo puedo creer lo que está escrito si mis propios ojos me muestran lo contrario?

— Con fe — me respondió.

No dije más. Me giré en el lecho hacia el otro lado y cerré los ojos. No sé cuánto dormí, pero cuando desperté, Zósimo estaba a mi lado, dormido en la silla. Ana debía estar en la cocina, pues escuché sonidos de trastos en el fregadero. Me pregunté si mi muerte sería como el sueño de Zósimo, tranquilo descanso de los afanes del cuerpo y la mente. Sentí envidia de su credulidad, de su fe maleable. Aún con la garrá de la parca en mi cuello no lograba sobreponerme a las patentes falacias del texto bíblico.

Esperando, me vino a la mente una contradicción que largamente me había intrigado. Mateo 23:36. «De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación». Esta generación. Según el evangelio canónico eso dijo Jesús, y desde entonces cien generaciones de fieles han creído el vaticinio: el Hijo del hombre viniendo en su gloria sería visto por esta generación, lee el texto, y ya han pasado dos mil años de espera en vano.

Pensé que dado que la tradición apocalíptica es anterior a Yeshúa Bar Yussef, podía haber sido incluida en el texto por seguidores celosos de mantener el dogma farisaico en la nueva fe. ¿Cómo saber si lo dijo el Maestro? Y si lo dijo, ¿por qué han caído una tras otra las generaciones, como hojas de teca en verano, sin que venga el reino?

No supe cuándo me dormí, pero me despertó el óleo en la frente nuevamente. Abrí los ojos y vi a Ana, llorando de pie, junto a Zósimo. Oí el rezo en latín, pero no pude hacer sentido de lo que decía. *Spiritu... Christi... Domine... in Paradisum...* Frases, palabras sueltas. El cuarto parecía hecho de etéreos tejidos, cada vez más oscuros. Una presión en el pecho me arrancó un quejido. Sentía cierto dolor, pero no tenía miedo. Supe que la hora había llegado, y decidí, como Sócrates, aprovechar hasta el último momento en tareas intelectuales. Decidí recibir el misterio acariciando la paradoja del reino que no llegaba.

¿Qué tal —me dije— si el reino no es como lo pintan en las portadas de ciertos panfletos cristianos, un jardín terrenal para cuerpos resucitados? ¿Qué tal si la llegada del reino es simplemente la liberación del espíritu de las ataduras terrenas, la vuelta a la fuente de la vida, el alma cerrando el circuito, reconectándose con el origen, con el Uno?

Temí que la agonía me hacía desvariar, pero seguí pensando, combatiendo la experiencia con intentos de cordura.

Pero aún así, ¿por qué no había llegado? Él prometió que no pasaría esta generación antes de que el reino llegara. Esta generación. ¿Cuál generación es ésta? La generación de un espíritu eterno es eterna, y en ese marco la afirmación no tiene sentido, por ser infinita. La generación de la audiencia original ya había pasado, junto con cien generaciones siguientes.

Abrí los ojos, pero no vi nada.

La generación mía, sin embargo, esa no había pasado todavía. Esta generación, dice el texto, no aquella. Ésta. No pasará ésta generación antes de que venga el reino. ¿Cuándo termina mi generación? Con la muerte de mis amigos, o con la mía. Mi último día marca el final de mi generación, una

generación de un hombre. La medida de todas las cosas. Eso es.

Sentí un gozo inmenso, pues creí haber resuelto el misterio de dos milenios. Quise decirle a Zósimo que había entendido al fin, que había descifrado el mensaje, que el texto hacía sentido, y que tenía fe otra vez, como cuando era niño. Pero no pude. No veía ya la habitación, ni al amigo, ni a mi hija. No sentía mi cuerpo. No tenía dolor. Sólo la delicia de lo intangible. Y el resplandor. Y la dicha.

2007

ES MI VIDA

a Don Alejo Carpentier

Del piso llueven hacia el techo gotas rojas, que se funden en una mancha grande. La sangre se desploma desde el cielo raso, en una violenta implosión de mi cabeza. La bala entra, recomponiendo los huesos de mi cráneo y sale por mi mandíbula, succionando el humo y el fuego, encerrándolos en el casquillo, que se enfría de súbito dentro del barril del revólver. «¿Qué he hecho?», me pregunto en soledad. Quito el arma de mi barbilla, la enfundo en el cinto y bajo el rostro. Una foto de mi esposa vuela del suelo a mi mano; la guardo en el bolsillo tras una breve mirada nostálgica.

Siento arrepentimiento. De mi boca el güisqui se derrama en el vaso y de ahí trepa—serpiente de oro—al interior de la botella. Escapando de las fibras de la alfombra, una lágrima se catapulta hasta mi mejilla y escala lentamente hacia el ojo, escondiéndose en la comisura. La culpa me perfora el alma. Mi saco salta de la cama al hombro, y retrocedo hasta la puerta. Apago la luz al salir de algún cuartucho de motel. En reversa, manejo camino a mi casa. La noche desaparece poco a poco, y el crepúsculo incendia el cielo de la tarde.

No respondo. «¿Qué te pasa?», pregunta mi mujer. En la gaveta escondo el revólver. Trato de disimular mi desesperación. Salgo por la puerta, que mi esposa cierra sonriente. Retrocedo velozmente rumbo al laboratorio. Positivo. La enfermera sonríe y me tiende un papelito verde. «¿Ya están los resultados?», pregunto y salgo del laboratorio nuevamente. Espero una hora en la cafetería del primer piso. El humo viene de los pasillos, de la ventana, del cuarto mismo,

y se insufla en el cuerpo ardiente de varios cigarrillos que renacen de las cenizas y se apagan al contacto con el fósforo. Subo al cubículo. «Puede esperar abajo si desea», me dice la enfermera.

Enrollo la manga de mi camisa de seda y ella anuda un caucho en mi brazo. Toma una ampolla de sangre, la carga en la jeringa y la inyecta en mi vena. Suelta el caucho, guarda la jeringa herméticamente en un empaque y la pone en un frasco. «Siéntese aquí, por favor». Tengo miedo. Anuncio: «Soy el que llamó hace un rato, para un examen de sangre». Salgo de la sala de espera, y vuelvo a la calle: el tráfico me atrapa. Retrocedo con destino a la oficina, preocupado.

Veo lágrimas en su rostro pálido. «¿De qué me estás hablando?», le inquiero, pero no dice nada más. «Debes hacerte un examen de sangre», susurra en mi oído. Se me acerca y le doy un abrazo. El recuerdo de aquella noche me entretiene un segundo. Ha sido un día largo y me alegra encontrarla de nuevo, con su blusa liviana. Noto que el escote deja ver parte de sus senos. Adis retrocede por el pasillo, cargando unos cartapacios. Trabajo todo el día, pensando en la Serie Mundial y en la maldita copiadora que no quiere tragarse las copias y se destraba a cada minuto.

No conversamos, y ella se marcha a su puesto. El vapor pasa del aire al café; y el café, de mi boca a la tasa. No responde. «¿Te pasa algo?», pregunto. Me dice que una taza no le caería mal. La noto algo ansiosa. «¿Quieres un café?», le pregunto. Saber que nadie sospecha de lo nuestro hace la mañana más emocionante. Encuentro a Adis en el cuartito del café. Salgo de la oficina, de vuelta al tráfico, de regreso a la casa. El sol de la mañana se está poniendo.

«¡Qué bonito, campeón!», digo, por decir algo. Mi mujer me muestra, durante el desayuno, un dibujo que hizo mi

hijo con crayones. Desde aquel día no puedo dejar de pensar en el encuentro, y siento deseos de repetirlo. Esta mañana me acuesto junto a mi esposa, como siempre, y me duermo. Pasan varios días de trato frío, silencio y caras largas.

«¡Es mi vida!», le grito, y mi mujer salta desde el suelo, dejando de llorar y estrellando su rostro contra mi puño, que retrocede y apaña la camisa manchada de lápiz labial, que ella restriega en mi rostro. «¿Con quién andabas?», me increpa. Cuando huele el perfume ajeno y ve la mancha roja en el cuello, la expresión de ira se desdibuja y aparece esa sonrisa que me enamoró cuatro años después. Me da un beso, y me abraza, tierna como una niña. Me mira desde la puerta, mientras retorno a la oficina.

Yo salgo después y ella primero, para no levantar sospechas. Nos desvestimos tranquilamente. El orgasmo me acomete de súbito. Noto el contraste entre la madera fría y la tibia desnudez de su cuerpo. Nos vestimos ansiosos con las prendas de ropa que vienen por el aire desde lejos: los botones saltan de los rincones a trabarse en los ojales. Mientras nos ponemos de pie, con mi brazo barro el escritorio, que se llena de papeles y otros objetos. Los besos se van haciendo menos apasionados, mientras nos alejamos de la mesa. Ella está entre mis brazos, y ambos sabemos que se ha ido el momento que tanto esperamos.

Al fin estamos acompañados. Llega el primero de nuestros compañeros de trabajo. Espero una hora. Ha sido un buen día, y la adrenalina del éxito reciente corre en mis venas. Siento deseos de celebrar. Un cosquilleo, como de adolescente, me recorre. Adis me sonrío. La veo retrocediendo en el pasillo, con su blusa liviana, y le guiño un ojo. Qué buena noticia habernos ganado ese gran contrato.

2006

LA INTRUSA

a Carlos Oriel Wynter Melo

Reconozco que nunca acepté como normal el hecho de que, tras dos décadas, todavía soñase con frecuencia con una antigua novia de mis días de adolescente. Tuve muchas otras mujeres durante los años de soltería que siguieron a nuestra separación, incluso más hermosas. Hace diecisiete años me casé con la mejor de ellas, y construí a dúo un hogar feliz, con hijos y todo. Sin embargo, ninguna otra mujer se entrometía en mis sueños, sólo aquella novia del pasado.

Ya la habría olvidado por completo, si no fuese por sus inoportunas irrupciones. No habría queja si al menos hubiese permanecido tranquila, en una esquina del sueño, sin molestar hasta el amanecer. Pero ella porfiaba en tomarse el centro del escenario: aparecía desnuda ya y haciendo el amor conmigo, sin juego previo o consentimiento de mi parte. Lo cual es extraño, porque nunca tuvimos relaciones cuando éramos novios. Aquellos tiempos eran distintos, y nosotros éramos más tímidos que el promedio, y muy jóvenes. He ahí el otro problema: ella retenía en mis sueños las formas de su juventud: las piernas firmes y los senos turgentes, en punto de caramelo.

En cierto momento del coito onírico—cosa curiosa—aparecía en mí el vago recuerdo de que los años habían pasado y yo era ahora (si es que la palabra «ahora» tiene algún sentido en este contexto) un padre de familia, con una esposa y un hogar bajo mi responsabilidad. Pero mis argumentos no lograban convencer a la chica del sueño de que debíamos respetar la santidad de mi matrimonio, ni tampoco conse-

guía — o peor: no quería — zafarme por mi cuenta de su abrazo, para irme a pastar en prados más castos.

Lo que me molestaba no era haber experimentado alguna vez un sueño de tal corte. Me parece que es, si no justificable, al menos comprensible. Lo que empezó a preocuparme fue que estos sueños habían reaparecido varias veces cada año. Hubiese ido donde un psicólogo, si no me pareciera demasiado vergonzoso confesar semejante cosa ante un extraño, especialmente dada mi edad y estatura social.

Hace unos años vi de lejos a la intrusa. No quise saludarla, porque yo estaba junto a mi esposa en un lugar público. Pude sin embargo verificar que, como era de esperarse, el calendario había surtido efecto sobre su belleza de antaño. Sentí una urgente necesidad de acercarme y preguntarle: «¿Tú también sueñas conmigo?», o simplemente implorarle que hiciera en el futuro un esfuerzo por mantener su espejismo al margen de mis sueños. Pero no hice nada. Ella siguió caminando, sin haberme visto siquiera. Mi esposa miraba alguna otra cosa, y yo marchaba en silencio, disimulando. Luego me sentí como un cobarde, por pretender achacarle a ella la culpa de mis desvaríos.

El peor escenario se materializó una noche, no hace mucho. En medio de uno de aquellos sueños sexuales, sentí que una mano me agarraba el hombro. A mitad de camino entre el sueño y la vigilia, el nombre antiguo se me escapó de los labios físicos. Jamás olvidaré los ojos de mi mujer mirándome a mí y a mi erección, preguntándome a quién estaba llamando dormido. Le confesé, sin poder esconderlo más, lo que había venido ocurriéndome.

—Si es solamente en sueños y no lo puedes controlar— dijo ella —, entonces no es tu culpa.

Pero cuando me rehusé a consultar a un psicólogo, se molestó. Como no logré convencerla arguyendo pudor y vergüenza propia, ensayé presentando el inconveniente de revelar a un tercero un detalle tan delicado sobre un personaje público. Cuando insinuó que tal vez yo quería conservar a la susodicha disponible en mi «cerebrito sucio» para entretenerme con ella en las noches, comprendí que la discusión iba por mal camino y decidí callar.

Con la tensión del tema pendiente, seguimos con problemas durante varios meses, hasta que al fin algo cambió: leí una mañana en el periódico que—gracias a Dios—mi antigua novia había muerto. Más bien, la habían asesinado. Su marido, de hecho, fue el autor del crimen: le pegó un tiro en la cabeza mientras ella dormía. Confieso que respiré aliviado. «Ojalá esto ponga fin a mis sueños—dije, entre ruego y sarcasmo— y que, muerto el perro, se acabe la rabia». No se lo comenté a mi esposa, pues la simple mención de aquel nombre catalizaría nuevas y apocalípticas discusiones.

Para mi gran sorpresa, esa misma noche, ya entrando la madrugada, ahí estaba ella de nuevo: mi antigua novia, en la cúspide de su juventud, con los redondos pechos de adolescente brincando como conejos, cabalgándome cual amazona fiel a los consejos de Ovidio. Al igual que en cada episodio anterior, disfruté los primeros minutos sumido en una dulce amnesia, hasta que la conciencia—que siempre llegaba de segunda—me recordó la realidad. «Soy una persona casada, y tú también—supliqué—; y para colmo estás muerta. Déjame dormir tranquilo». Pero ella se negaba con una sonrisa pícara y me mandaba a callar, sujetándome por los hombros y meneando sus caderas con mayor rapidez y fuerza.

Entonces sucedió algo que, por alguna razón, no había pasado en los sueños anteriores: llegué al clímax, y cedí completamente a la fantasía, gimiendo su nombre. Ella sonrió ampliamente y, sin cejar en su faena, me indagó: «¿Sabes que tu mujer te está mirando?»

Algo iba a responderle, cuando me sacudió un estruendo terrible. Tras un fulgor que lo inundó todo, vino una oscuridad de abismo. En él vislumbé el cuerpo sudoroso de mi amante, que no se detuvo en ningún momento, envuelto en un tenue resplandor como de ángel. Su piel se hizo más tibia y su galope más agresivo. «¡Relájate, hombre! – dijo riendo – . Ahora estaremos juntos siempre».

2005

CIERRA TUS OJOS

a mi madre

Ella no esperaba algo así. Había visto cientos de chicas de su edad que se prostituían en las calles con los turistas italianos, dispuestas a acostarse por dinero o a casarse con cualquiera de aquellos con tal de escapar de aquel infierno, sin mediar ningún sentimiento. «Allá ellas», se había dicho, «yo no soy una jinetera». Así, siendo hermosa y joven, vivía con modestia de la mejor manera que su honestidad y rectitud le permitían en aquella ciudad convulsa.

Él no esperaba algo así. Durante aquellos días de vacaciones, había visto cientos de hermosas chicas en Varadero: italianas, alemanas, españolas, chilenas... ¡de todas partes del mundo! Mujeres lujosamente vestidas en las cenas del restaurante del hotel y luego tranquilamente desvestidas en los bikinis diminutos sobre las arenas blancas y tibias de aquel pequeño paraíso. Su corazón, sin embargo, no se había movido por aquellas.

La mañana del 10 de abril se encontraron: ella caminaba de regreso a su casa, luego de sus clases en el Conservatorio, y él estaba frente a la Catedral gastando las fotografías del último rollo de película antes de abordar su avión esa tarde de regreso a su patria.

Ella lo miró con disimulo. Parado temerariamente entre los turistas y una que otra paloma, apuntaba con su cámara fotográfica a la fachada del edificio, moviéndose hacia arriba y hacia abajo, buscando el mejor ángulo. Él mismo vestía como turista: *shorts* blancos, camiseta azul, zapatillas gringas y un sombrero de paja con una cinta de colores. Le pareció hermoso. Ella lo contempló largamente, con curiosidad

al principio, luego con deseo, hasta que él terminó de tomar las fotografías y se dio vuelta hacia donde ella estaba parada.

Él la miró con asombro. Sus ojos negros lo miraron de frente durante un segundo, hasta que ella retiró la vista y comenzó a caminar hacia el mar. Ese segundo efímero bastó para que entrara por sus pupilas una descarga de energía. Vestía como cubana: un traje sencillo y largo hecho con tela de flores. Era muy hermosa. Él la siguió de cerca durante muchas cuadras, dejando la vergüenza a un lado, estudiándola con la mirada persistente, con curiosidad primero, luego con deseo, hasta que ella se detuvo al llegar al Malecón—tal vez creyéndolo distante ya—y se dio vuelta hacia donde él venía caminando.

Al verse frente a frente los dos extraños, no supieron qué hacer. Tras unos segundos de indecisión silenciosa, aparecieron en sus rostros sendas sonrisas que pronto derivaron a risas y luego a carcajadas. Brotaron las disculpas, luego las palabras tiernas y finalmente la invitación a una caminata por el Malecón y un helado en Coppelia para conversar y conocerse.

—En mi tierra las playas no son tan bellas como éstas, pero son para nosotros—, le había dicho él.

El océano azul del Malecón y el sabor de la fresa derriéndose en la lengua tibia fueron propicios para el amor. El cielo inmenso se abrió promisorio frente a los descoloridos edificios de La Habana. Las olas libres estallaban con furia contra las piedras prisioneras. Los sabores nuevos de las delicias vedadas seducían los sentidos. El corazón se abrió, y dio paso al anhelo de amor, libertad y alegría.

«Ella está hecha para mí», pensó él. «Él está hecho para mí», pensó ella. Todo era perfecto, excepto por la partida. La

separación inminente empañaba el futuro. Se hicieron planes a largo plazo: él trabajaría en su patria durante un año entero y ahorraría el dinero suficiente para venir a buscarla, y llevarla con él a su tierra para iniciar una vida común.

Ella lo acompañó al aeropuerto José Martí. Entró con él hasta donde podía, y esperó pacientemente hasta el momento del abordaje. Intercambiaron miradas, abrazos y direcciones postales. Cuando llamaron por el altoparlante a los pasajeros de su vuelo, se acercó al oído de ella, y susurró:

—Cierra tus ojos.

Ella lo miró con picardía y, sonriendo, los cerró.

—Vendré por ti, amor mío. No lo dudes—, dijo él tan quedo y tan cerca de su oreja que a ella se le erizaron los vellos de la nuca.

El avión partió y el amor quedó en suspenso. Con el paso de los días, comenzaron a llegar las cartas de parte y parte. Al principio eran largas y algo frías; luego se tornaron más apasionadas y cortas. En sus líneas se reforzaron las promesas de amor y se profundizaron las discusiones sobre los planes futuros.

Las ilusiones crecieron a medida que pasaban los meses. Él trabajaba afanosamente, ahorra con sacrificio y veía con satisfacción cuán poco faltaba para alcanzar la meta. Ella esperaba pacientemente, y se preparaba para empezar una nueva vida en una tierra nueva.

Llegó el 10 de abril del año siguiente, fecha pactada para el reencuentro. Ella lo esperó desde el amanecer en el aeropuerto, pero él nunca apareció. A media noche, se marchó.

Llegó a su apartamento y se tiró sobre la cama a pensar en las promesas de amor y los planes comunes. Pronto se quedó dormida por el cansancio. Entonces, cuando su mente

vagaba entre el sueño y la vigilia, escuchó una suave voz en su oído:

—Cierra tus ojos.

Ella los abrió, sobresaltada, pero cedió ante la tentación de creer en el amor. Renegó de la realidad, y se entregó al sueño que la envolvía. Cerró sus ojos, y volvió a escuchar:

—He venido por ti, amor mío. Ven conmigo—dijo la voz tan quedo y tan cerca de su oreja que a ella se le erizaron los vellos de la nuca.

Sintió un abrazo tibio en torno a su cuerpo, y se dejó llevar.

Cuando amaneció, su madre la encontró muerta en la cama.

La semana siguiente, la madre de ella recibió una carta de la madre de él. La abrió ansiosa, y leyó la noticia: él había muerto el 10 de abril en un accidente automovilístico, camino al aeropuerto.

1999

CENIZAS DE ÁNGEL

A Roberto Arlt

«y porque era la alma mía
la alma de las mariposas»

Rafael Arévalo Martínez

Cada ocho años, millones de polillas diurnas migran a través del Istmo: aparecen a finales de julio y durante meses sobrevuelan interminables kilómetros de selva panameña. La ciencia las nombró *Urania fulgens*, pero los indios chicuyos del Darién, que las conocen desde hace milenios, les llaman ángeles. Sus alas triangulares, de un negro profundo rasgado por varias franjas de un tono verde metálico, son veneradas como un regalo del dios Kiki, el ser primero, el autosuficiente. Los curanderos, llamados chikirés por sus congéneres, conocen como «cenizas de ángel» al polvillo esmeralda que se extrae de estas franjas, el cual es usado como medicina para la curación de múltiples males y como narcótico en ritos de iniciación.

La más reciente migración de las Uranias, que han venido este año desde el norte a inundar las calles de la ciudad de Panamá con su aleteo verdinegro, trajo a mi mente recuerdos de mis lejanos días de cazador. Solía recorrer sin compañía la jungla darienita, buscando presas mayores. Machos de monte, jaguares y ciervos sucumbían a un disparo certero de mi rifle. Un día fui yo quien sucumbió, en plena selva, al escupitajo venenoso de una diminuta rana, muy temida por los chicuyos por su secreción fatal. Sentí que me hundía en el sopor de la muerte. Cuando supe que nada podía ya salvarme, percibí con el ojo de mi mente que un torbellino de mariposas negras traía mi alma de vuelta al

cuerpo. Desperté y vi el rostro de un chikiré. Luego supe que me había devuelto la vida por medio de un rito con cenizas de ángel. «Kiki es quien da la vida y quien la toma», sentenció con un gesto seco.

Deudor de mi vida a este polvo milagroso, quise conocer su secreto, el cual tras insistentes ruegos me fue revelado parcialmente bajo condición de callarlo hasta la tumba. Esto puedo decir: el uso del extracto en los actos de curación encaja coherentemente en la mitología—o mejor dicho, teología—de este pueblo selvático. Según ésta, existen desde el inicio del mundo entes de luz (llamémoslos ángeles) y entes de oscuridad (digamos, demonios). Así, pues, las polillas Urania son ángeles, mientras que las enfermedades son demonios. Existen jerarquías entre estos entes, y los superiores priman sobre los inferiores. El curandero recibe de los dioses, cada ocho años, la ofrenda de millones de «ángeles» que portan las cenizas glaucas en sus alas: esta bendición le permitirá curar a los enfermos de su tribu durante el siguiente período, hasta que ocurra la próxima migración. El ciclo de recolección de la sustancia medicinal se ha repetido por siglos.

Nada extraordinario habría en esto sino fuese por un detalle crucial. Desde el primer momento en que un chikiré se prepara para tratar a un enfermo, el curandero reconoce, por intermedio del dios Kiki, la jerarquía del enemigo al cual se enfrentará. En otras palabras, conoce ahí mismo si este demonio excederá o no en poder a las cenizas de ángel. Si el demonio es de menor jerarquía celeste que los ángeles donantes de las cenizas, el curandero vencerá al demonio, aniquilándolo por siempre, y sanará así al enfermo. Por el contrario, si el demonio es de un rango superior, el curandero no podrá vencerlo con las cenizas y morirá en el enfrenta-

miento. He aquí lo excepcional de los sanadores chicuyos: el chikiré enfrentará al demonio en cualquiera de los dos casos. Es decir que, aun sabiendo que morirá en el enfrentamiento, irá al combate de un demonio superior. Intuyo que la justificación de esto se encuentra en aspectos de la teología de este pueblo, que mi sanador y maestro no quiso nunca revelarme por completo. Para mi bendición, el veneno de la rana que me atacó era un «demonio» de jerarquía menor que la pólvora de las Urania, por lo que mi tratamiento fue eficaz.

Con la nueva migración de las polillas, sentí un vivo deseo de regresar a la selva darienita. Estuve cazando, pero no solo: me hice de la compañía de algunos nativos, pues ya había comprendido el peligro de vagar por este infierno verde. Nos llegó noticia de que un indiecillo había sido poseído por un demonio y que el chikiré de la tribu se aprestaba a atenderlo. Venció mi curiosidad y abandoné la cacería para acompañar a aquel brujo querido, de cerca, en su misión.

Recuerdo el remo de caoba hundiéndose lento en las aguas turbias del río Tuira. El viejo chikiré, de nombre Cachí Kirechá, iba junto a mí y dos aprendices en un cayuco manso, cantando entre dientes un salmo hondo y persistente. Según me dijo mi intérprete, este himnillo, aprendido directamente del dios Kiki y repetido desde entonces por todas las generaciones, prepara al corazón del sanador para enfrentar a los antiguos enemigos de la luz. Cantaba para sí, como evitando que sus palabras, sortilegio de tiempos pasados, llegasen a los oídos de los demonios que acechan en la selva. «Al inicio danzó Kiki, y se alzaron olas en el infinito mar de la nada; de las olas brotaron sus hijos», recitaba, según tradujo para mí el joven intérprete, que repitió para mi beneficio todas las murmuraciones del curandero.

Frente a nosotros iba, en un rústico cofrecillo, el polvo mágico. Estimé que varios miles de polillas fueron necesarias para producir tal cantidad de extracto. El vientre del tronco tallado se deslizaba con cautela entre los mangles, que observaban nuestra suave procesión. «Y los hijos de Kiki crearon el mundo, como un juego, en la arena de aquel mar, y lo poblaron con sus sueños», masculló el brujo.

Llegamos al caserío y bajamos del cayuco. Mujeres histéricas recibieron al chikiré; tomándolo del brazo, lo llevaron al interior del bohío. Multitud de familiares y vecinos guardaron silencio al verle entrar. Al fondo, agitándose y gruñendo, estaba el pobre muchacho: un indiecillo joven, poseído por lo que en primera instancia me pareció un severo ataque de epilepsia. Atado de pies y manos entre dos estacones, se sacudía violentamente, gritando e imprecando. Con las muñecas en carne viva, se dejaba caer y convulsionaba colgando de sus ataduras, entornando los ojos y botando espumarajos de baba. «Y de los sueños de los hijos de Kiki nacieron las bendiciones del mundo: la luz, el aire, el agua y la selva, y los ángeles que la pueblan», rezó el anciano.

La madre narró al brujo—inmóvil desde que entró al recinto—la historia del muchacho, de los demonios que lo atormentaron cuando era niño, de las apariciones que lo perseguían constantemente, y de los espasmos que le sobrevinían cada vez que un demonio entraba en su cuerpo. En esta ocasión, dijo, no habían dado al muchacho un instante de paz, haciéndolo vomitar de sus entrañas gusanos y serpientes. «Pero no todos los sueños eran buenos: también las pesadillas de los hijos de Kiki poblaron el mundo, y de ellas surgieron los demonios, que se ocultan en la selva y atacan a

los hombres cuando Kiki cesa su danza», musitó el brujo, muy bajo.

Cachí Kirechá, con rostro duro y aire místico, miró de frente al joven y caminó hacia él. Señaló con el índice a los ojos del poseído, reconociendo al demonio particular de aquella afección, y ordenó a todos salir del cuarto, menos a la madre, que debería ayudarlo y dar fe de lo que haría. Me estremeció pensar que ya en aquel instante, el curandero conocía el final de aquel encuentro, aunque ninguno de nosotros podía pronosticar si vencería. Me sobrecogió su determinación de seguir adelante, con plena conciencia de su propio destino.

Desde fuera, entre la multitud, contemplamos al brujo, entonando el resto del cántico mágico, ungiendo con cenizas de ángel al indiecillo, que se retorció en sus ataduras con más fuerza en cada contacto. Vi a la madre, trémula, retirarse a un rincón, y al curandero trancar la puerta. «Y la lucha entre ángeles y demonios es la historia de la vida: Kiki danza y descansa; sueños y pesadillas se disputan el reino del mundo, en el mar de la nada», tradujo mi acompañante.

Lo que sucedió después nadie lo sabe. Tarde y noche se escucharon gritos y bramidos de la batalla entre el brujo y lo desconocido; golpes en las pencas del techo y en las cañas de las paredes ahogaban el llanto de la madre que rogaba le dejasen salir. Hacia la madrugada el escándalo menguó y al despuntar el alba, el bohío estaba en silencio.

Entrado el día, algunos hombres derribaron la puerta. El demonio había sido más fuerte que las cenizas de ángel. Encontramos los cadáveres de la madre y del curandero tendidos sobre la tierra, y el cuerpo inerte del joven, estigmatizado por zarpazos inexplicables, pendiendo de las sogas. Me acerqué al chikiré y palpé su cuello. La piel fría y la

ausencia de pulso me confirmaron la tragedia: la tribu había perdido a su sanador. Cuando me levantaba para dar la noticia, percibí el asomo de una sonrisa en el rigor de su rostro. Me incliné sobre él y de súbito me tomó por el cuello, con sus manos cubiertas aún en el resplandor esmeralda del polvo mágico. Sentí que me invadió la muerte y que un torbellino de polillas negras arrebató el alma a mi cuerpo. «Kiki es quien da la vida y quien la toma», musitó con gesto seco el pálido Kirechá, volviendo a la vida...

2005

BREVE DISCURSO SOBRE EL OMEGA

a Borges

El Omega no fue el primer hombre, pero será el último. Es la suma de todas las vidas humanas, desde el inicio del tiempo hasta este preciso momento. Cada verdugo y cada víctima convergen en el Omega; cada padre y cada hijo; las experiencias simultáneas de cada amante en ambos extremos del coito; cada paciente que muere y cada médico que trata de salvarlo; cada Emperador y cada súbdito. Esta es la doctrina antigua, con la cual casi todos los filósofos concuerdan.

Pensadores en la tradición budista consideran al Omega la secuencia entera de todas las encarnaciones humanas. Aquellos del Tíbet aclaran la diferencia entre el Dalai Lama, que es la reencarnación actual del Buda, que ha retornado múltiples veces movido por la piedad, y el Omega, que es la suma total de las reencarnaciones de todos los hombres, incluyendo las del Dalai Lama.

Teólogos en la tradición cristiana tienen una perspectiva más compleja, recibida de Aquino, y basada en Aristóteles. El punto principal de esta doctrina es que el Omega excluye obligatoriamente al primer hombre, a quien Aristóteles llamó el Alfa. La teoría aristotélica del Omega buscaba refutar de frente la idea propuesta por Platón de que el Omega incluye al primer hombre. De la teoría platónica se desprende que el Omega, y por ende el primer hombre, todavía no ha muerto.

Aristóteles arguyó que es imposible que el Omega sea el primer hombre o siquiera que lo incluya, pues esto implicaría que el Omega sería el único hombre, siendo el primero y

la suma de todos los posteriores. Lo más temprano que el Omega puede aparecer en la historia del hombre, admite Aristóteles, es como el segundo hombre.

Esta última es la posición que toma Aquino, lo cual lo coloca en la tradición aristotélica, arguyendo que el Omega es el hijo del primer hombre. Nótese aquí que otros alumnos platónicos contradicen a Aristóteles. Estos arguyen que el Omega puede ser el primer hombre—y por ende, el único—si todos nosotros fuésemos reverberaciones o ecos de los recuerdos de la vida única del Omega.

Permítasenos aquí detallar la teoría que Tomás de Aquino da del Omega en la *Summa Theologica*, por ser representativa de la perspectiva predominante aún hoy en día entre los pensadores religiosos de Occidente. El Alfa, dice Aquino, es el primer hombre, y marca el inicio de la raza humana. Según Génesis, luego entonces, Adán es el Alfa. Por otro lado, el Omega es la suma de la raza humana, con la salvedad del primer hombre.

La raza humana no empezó con Adán o Eva, enseña Aquino, pues la primera pareja no constituye aún una raza, la cual comienza con el primer hijo: Caín. De esto se deriva que Caín tenía, desde su nacimiento, la misión de ser el Omega, por siempre. Aquino, haciendo referencia a la doctrina antigua, indica que Caín—siendo el Omega—recibía todas las experiencias humanas de quienes existían con él en todo momento.

Especula Aquino que para Caín, el conocer todos los pensamientos de Abel resultó intolerable. Por eso lo mató. Dios, en su sabiduría infinita, conocía la causa del asesinato, el cual había previsto y predicho en profecías anteriores a la Creación, y concedió a Caín el don de vivir alejado de todos los hombres, sufriendo en silencio la carga de su destino.

Abel es presentado en la *Summa Theologica* como un sacrificio consciente de Dios a la raza humana, vehículo a través del cual nos otorga un espíritu de grupo, que luego Teilhard de Chardin llamaría el Punto Omega.

Seguidores de Aquino rechazan la propuesta de que existe un paralelismo entre este sacrificio y el de Jesús, quien fue ofrecido como cordero. Indican que el sacrificio del Cristo es de mayor jerarquía, pues sirvió para redimir al Omega, como espíritu colectivo, y cada uno de sus componentes. Existe cierto precedente de este pensamiento en la obra de Aquino, cuando éste explica la frase de Jesús «Yo soy el Alfa y el Omega» como una demostración de que Jesús era de una jerarquía celestial superior a la del Omega, por incluirlo como parte suya.

Existe también el precedente muy anterior de San Agustín, quien arguyó contundentemente en sus Confesiones en favor de esta primacía. Jesús, dice Agustín, a diferencia del Omega, incluye en su riqueza espiritual al primer hombre, al Alfa de Aristóteles, al Adán del Génesis. Agustín propuso que, al tener al Omega como componente invisible, el Galileo conocía directamente las experiencias de todos los humanos, y le era dado por ello conocer y redimir los pecados de todos sus contemporáneos, y hablar íntimamente a todos sus seguidores.

Pensadores panteístas del siglo diecisiete argumentaron que el Omega es Dios. Spinoza refutó brillantemente este argumento en su *Ética*, demostrando que el Omega no puede ser Dios, puesto que es forzosamente uno de los atributos de Dios. El Omega—dice Spinoza—es parte de Dios, pero Dios no es parte del Omega. Resulta interesante comparar la doctrina de Spinoza con la de Aquino en este sentido.

Con la Ilustración, la inquietud sobre el Omega pasó de la teología a la ciencia, a través de Newton. Éste utilizaba el argumento de Caín para explicar empíricamente la razón de que el Omega no haya sido visto jamás: Caín vaga por la tierra, rehuendo la compañía humana, por mandato divino. De ahí la leyenda del Judío Errante. Caín, el Omega, la suma de todos los hombres, está condenado—según Newton— a vivir por siempre para contener en sí mismo las experiencias humanas de todos los seres hasta el final de los tiempos. Newton arguyó que, al no serle permitido morir mientras todavía vivan otros seres humanos, el Omega es por necesidad eterno. Locke refutó el postulado de la inmortalidad del Omega arguyendo que morirá cuando sea el único humano remanente sobre esta tierra.

Considerada en los círculos iluminados como un hecho concreto de la naturaleza, conformidad con la idea del Omega era un prerrequisito de las nuevas teorías científicas de los siglos diecisiete y dieciocho. Incluso en el siglo diecinueve su influencia seguía siendo considerable.

Como ejemplo de esto se pueden citar las dificultades que enfrentó Darwin para que su teoría de la selección natural fuese aceptada entre los círculos doctos, hasta que el naturalista encontró una forma de hacer armonizar sus ideas con la existencia del Omega. Mientras que los creacionistas habían salvado ese obstáculo gracias a los escritos de Aquino, los evolucionistas se vieron forzados a propugnar una explicación menos elegante. Darwin optó por definir al Alfa como lo que de primate tiene el hombre, lo que había antes de que el hombre fuese humano. El Omega, luego, es definido por Darwin como la parte humana del hombre, lo que lo define como tal. De esto se desprende que la aparición del Omega no fue súbita, sino paulatina y evolutiva.

Las tres vertientes persisten hoy en día: la doctrina anti-gua, la tomística y la darwiniana. En el presente, muy pocos hombres cultos niegan la existencia del Omega, aunque jamás lo discuten en público. Sólo en ciertos círculos filosóficos se le discute ávidamente, particularmente en dos áreas que se han mostrado propicias para el debate y elusivas para el intelecto.

La primera es sobre la naturaleza de la herencia que cada vida deja al Omega, de lo que cada humano le transmite y comunica. ¿Es solamente el enriquecimiento espiritual, como proponen los budistas? ¿O se incluye también el conocimiento práctico de todas las cosas mundanas y trascendentes que cada vida experimenta, como lo postuló Schopenhauer? Este punto, aunque oscuro, no es trivial: si el Omega posee una sabiduría infinita, tener acceso al Omega concedería un poder ilimitado.

La segunda área de debate es sobre la «humanidad» del Omega. La extensión del carácter humano del Omega ha sido discutida a través de los siglos. Sócrates, según reporta Jenofonte, inquirió al Oráculo sobre la apariencia del Omega. Adam Smith, en *La Riqueza de las Naciones*, lo concibió como un príncipe, rico con el uso de todo el conocimiento adquirido tras haber vivido todas las vidas humanas. San Francisco de Asís, sin embargo, propuso que el Omega era un ser sabio y sin avaricia, que debía tener la apariencia de un anciano, viviendo posiblemente como un ermitaño, o un mendigo echado en la puerta de algún templo en Roma.

Algunos agnósticos arguyen que el Omega existe, pero no como un ser humano tangible. Hume, que defendió esta postura, arguyó que el Omega es solamente concebible como un recuerdo intangible en la infinita memoria de Dios. Kant descreyó esta idea, sugiriendo que el carácter humano

del Omega la imposibilita como una opción. Para Freud, el Omega se encuentra no encerrado en un sólo cuerpo, sino cautivo en el subconsciente, distribuido a partes iguales entre todos los seres humanos.

Jung predicaba entre sus seguidores que, al acceder una persona al conocimiento de la existencia del Omega, la partícula del mismo que existe en esa persona se despierta, y se manifiesta en el consciente. Conocer del Omega, enseñaba Jung, es abrirle la puerta; mencionar su nombre es darle vida.

Varios académicos han sugerido, a finales del siglo veinte, que esta idea de Jung no es nueva, pues aparece ya en un antiguo texto místico, llamado Trueno, Mente Perfecta, escrito antes del siglo cuarto y redescubierto en 1945 en una cueva en el Alto Egipto, junto a múltiples evangelios gnósticos. Para el conocedor, la referencia al Omega es obvia en el documento. De gran interés resulta que el texto de Nag Hammadi le atribuye al Omega el género femenino. La traducción, si bien brusca, del copto al castellano, reza:

Porque yo soy la primera y la última.

Yo soy la honrada y la vituperada.

Yo soy la ramera y la santa.

Yo soy la esposa y la virgen...

Yo soy la estéril y la fértil...

Yo soy el silencio incomprensible...

Yo soy la mención de mi nombre.

Esto sugiere que los miembros de ciertas sectas primitivas, aquellas que el Obispo Ireneo de Lyon denunció en el siglo segundo como «llenas de blasfemia», consideraban al Omega la manifestación femenina de Dios.

EL DÍA DE LAS MOSCAS

a García Márquez

Cuando la tercera mosca cayó en su taza de café, Ceferino se decidió a romper finalmente el silencio.

— Ya no se aguantan las moscas en esta casa.

Aunque habló en el mismo tono cortante que había venido usando por años, le pareció notar algo nuevo en su propia voz. El trío de moscas seguía girando sobre el espiral de espuma, batiendo sus patitas negras como un diminuto ballet fúnebre. Ceferino repasó en su mente el sonido de sus palabras. No había hablado en meses, desde la última pelea con su mujer. Tal vez la falta de ejercicio de sus cuerdas vocales las había atrofiado.

Licha siguió impávida, desayunando frente a él sin prestarle atención. Ni el más pequeño cambio en su expresión contrariada acusaba recibo del comentario. «Se habrá quedado sorda la vieja», pensó el marido, contemplándola con ojos torvos. Ella arrancaba un pedacito de pan tostado, lo restregaba contra la yema del huevo frito y se lo llevaba a la boca. Masticaba repetidamente cada bocado, mirando el reloj de péndulo de la pared, ignorando al marido como lo había venido haciendo desde hace mucho.

Ceferino revisó el termo de café: estaba vacío. Así que tomó el tenedor con que se había servido su mujer el huevo, lo limpió con la servilleta y sacó una a una las tres moscas de su taza. Esa era su desayuno: una taza de café con leche. Su mujer se había preparado, como todos los días, un huevo frito, varias tiras de tocino, dos tostadas y unos cortes de queso fresco. Pero él sólo tenía un café y hasta el mediodía no probaba bocado. Así de triste, pensó, era su vida.

Licha vio a su marido poner las moscas empapadas sobre el mantel. Con el mismo esfuerzo hubiera podido ponerlas sobre la servilleta que tenía junto al plato. O en el plato del café. O en el basurero. Pero no. Lo vio colocar el tenedor, sucio de moscas, en el plato de ella. La cortesía básica requería que él buscara un tenedor limpio, pensó ella, o que como mínimo fregara éste antes de devolvérselo. Pero no. Ahí quedó el tenedor mosqueado, chorreando aquel líquido impuro al lado de su tocino.

La mujer lo vio de reojo y se deleitó en la cara de asco que puso Ceferino al bajar el café maculado. Esa mañana ella estuvo tentada a freírle un huevo y hacerle unas tostadas para él, como ofrenda de paz, y a dejárselas en un plato junto al café para que el asunto se explicara por sí solo. Pero se resistió, pues sintió que él no se lo merecía, entre otras cosas, porque no le dio los buenos días cuando llegó a la cocina. Es cierto: hace ya meses que no se hablaban, pero eso no era excusa. Ella, por supuesto, tampoco se los dio a él. Pero él fue el causante de la pelea, y debía por tanto tender el puente primero. Estuvo nuevamente tentada a ceder cuando Ceferino se quejó de las moscas en el café. Pero había una aspereza en su tono de voz que hizo a Licha tomar el comentario como un reproche, por lo que decidió seguir castigándolo con el silencio.

Ya ninguno de los dos recordaba cuándo ni porqué habían dejado de hablarse. Ceferino tenía en la memoria la impresión vaga de una rabieta relacionada con la vecina, y un periódico enrollado que vino volando desde la mecedora hasta su cabeza. Licha, que durante los primeros años llevaba minuciosamente la contabilidad de las afrentas recibidas, había cambiado de pasatiempo cuando los hijos se casaron y se fueron, dejándolos a los dos solos en su pequeño infierno

privado, y ahora dedicaba la poca memoria que le dejaron los años a aprender nudos de macramé. Esa mañana, buscando fuerzas para sobreponerse a la tentación de hacerle desayuno a su marido, trató de recordar el incidente, pero fue en vano. Era una cuenta indistinguible en el rosario de sus discusiones.

Sentados en la sala, sin hablar una palabra, se les pasó la mañana. La vieja en la mecedora, tejiendo algo para un nieto; el viejo en el sofá, leyendo un periódico de otro día. Las moscas se paseaban entre ellos, y caminaban sobre sus rostros, pero ambos las ignoraban. Cuando los ruidos de su estómago avisaron a Ceferino que se acercaba el mediodía, y como no viese movimientos en la estufa, le echó a su mujer una mirada de cejas altas. Licha la sintió caer sobre su nuca (pues se sentaba de espaldas al marido), y se hizo la desentendida. El viejo siguió mirando con insistencia, hasta que a ella se le erizaron los cabellos por la ira. Con calma, terminó los nudos del tejido, guardó en la canasta los hilos, y se levantó de la mecedora. Sacó de la despensa una lata de sardinas y puso unos panes en la tostadora. Abrió la lata y echó todo en un plato.

Cuando su esposa se sentó nuevamente a tejer, Ceferino entendió que aquello era lo único que habría en la casa para el almuerzo. La calidad y cantidad de la comida habían venido empeorando desde hace años, pero cayeron en picada tras la última reyerta. En un día bueno, comerían arroz blanco con sopa de paquete. En un día como éste, sin embargo, sardinas y pan recalentado era lo que tenía. El viejo se puso de pie y se acercó a la mesa. A unos pasos se detuvo y contempló los trozos fríos de sardina y los panes quemados. Normalmente se los habría comido, rezongando entre dientes. Pero no hoy: las moscas habían llegado primero. Sobre

el pellejo metálico de las sardinas, los bichitos negros se agrupaban por docenas, caminando unos sobre otros, lamiendo la salsa de tomate y la carne expuesta.

—Hoy es el día de las moscas, carajo— se quejó el viejo.

Licha no respondió nada. Siguió tejiendo en la mecedora. Era la segunda vez que su marido hablaba, pero lejos de sonar como una disculpa, el comentario también era—o al menos podía interpretarse como—un reproche contra el aseo de la casa. Atacar el aseo, que era su responsabilidad según el esquema machista en que habían crecido, era atacarla a ella. Así funcionaba el asunto. Despreciar la comida, que también era su responsabilidad, era sinónimo de despreciarla a ella. Sus labios se apretaron en una mueca de amargura, que el marido no vio.

Ella escuchó, sin voltear, el sonido de la puerta cerrándose. Las moscas no eran su culpa, se lamentó: habían llegado con la primera lluvia, heraldos macabros del invierno cercano, y se habían quedado en las cocinas de todas las casas del pueblo. Pero así era Ceferino, culpándola a ella de todo.

Cuando regresó Ceferino, con una bolsa de papel en la mano, ella supo que había ido a comprar comida donde la vecina. Entonces recordó, como una epifanía, la razón de la pelea. Aquella vez, hace unos tres meses, ella se quedó dormida en la mecedora y no preparó el almuerzo. El marido (¡el muy sinvergüenza!), se fue a comprar comida donde la «otra». Eso, en la aritmética de aquella guerra fría, equivalía a una traición tan grande como si el viejo hubiera sido sorprendido con la susodicha en el lecho nupcial. Tras el largo castigo, el descarado no sólo no aprendió la lección, sino que reincidió con la mano en la cintura, pensó Licha. ¡Y ahora se

sentaba a comerse el manjar pecaminoso en su mesa matrimonial, bajo sus narices!

La vieja se puso de pie, sobresaltada. Ceferino, que había empezado a comer a pesar de las moscas, se asustó por el brinco de su esposa. Pensó que le había dado un ataque, hasta que le vio en el rostro la expresión, muy conocida, de furia femenina. El marido había comprado sólo un plato de comida, el suyo. Cuando vio a su esposa con la palidez del hambre en el rostro, lo asaltó el remordimiento, el cual se sacudió pronto con un pensamiento abrupto: «Si no quiere cocinar, que se joda». Espantándose las moscas, comía apresuradamente. La esposa lo miraba con la frente iracunda y el semblante congestionado. «¡Mmm!», murmuró él, como saboreándose, y los cabellos de la esposa se volvieron a erizar.

— ¿No te molestan las moscas? — preguntó la mujer.

El marido no reparó en el detalle crucial de que su mujer había hablado por primera vez desde la pelea, si bien casi involuntariamente y movida por el asco, y dejó pasar esta oportunidad para empezar a reparar el famoso puente, ri-postando enseguida:

— ¿Molestarme? ¡Me arrullan!

Licha tomó aquello como la última afrenta que su dignidad podría soportar jamás y juró por Poseidón no pronunciar otra palabra en su vida. Se sentó al otro lado de la mesa, sin mirar al esposo, y haló hacia sí el plato con las sardinas y el pan quemado. Al menos cien moscas levantaron el vuelo, pero se volvieron a posar prontas sobre el plato. La mujer se quejó con un mascullar indefinible, suficientemente vago para no romper su recién renovado voto de silencio, pero con el énfasis necesario para desahogar la frustración que le causaban las moscas.

—Te dije que había que comprar el papel engomado— disparó el viejo.

En efecto. Fue el día de la pelea. Las moscas entonces apenas empezaban a llegar al pueblo. Pero Licha se opuso. El problema con el papel engomado—y con casi todo lo demás en su matrimonio—no era de fondo, sino de forma. Si el marido hubiese dicho: «Mi amor, a pesar de que tú mantienes la casa prístina, estas moscas siguen molestando», entonces el papel hubiera estado ese mismo día en la mesa. Pero como él, con su tono de reproche, le había espetado: «Hay que comprar papel engomado», a ella no le quedó más remedio, para defender su dignidad, que negarse de plano.

La mujer se giró de lado y empezó a comer las sardinas. Las moscas llegaban ahora por docenas. Se posaban sobre las cucharas y apenas si alzaban vuelo cuando llegaban a las bocas. Los platos eran una mancha de puntos negros, donde las cucharas se hundían a tientas. Tras unos minutos ya ni siquiera se veían los rostros el uno al otro, ni distinguían sus propias manos tras la masa de moscas que volaban frente a ellos. Licha cerró los ojos y siguió comiendo sin decir palabra y sin levantarse de la mesa, porque levantarse era perder, era reconocer que el viejo tenía la razón, la razón sobre algo que no recordaba bien y que en el fondo no le importaba, pero que no quería olvidar del todo, por orgullo.

Tras unos minutos comiendo a ciegas, sin ver ni escuchar nada de su esposa, Ceferino fue el primero en ceder. Se puso de pie y avanzó a tientas hacia la puerta; la abrió y una nube de partículas aladas salió volando de la habitación. Cuando retornó la visibilidad al cuarto, Ceferino vio a su esposa, en los últimos estertores de la muerte, tosiendo las moscas que había inhalado. Supo que era muy tarde, y se

quedó quieto. Le pareció ver una sonrisa de victoria sobre los labios azulosos.

2006

VIDA

a mi padre

«All life is an experiment»

Emerson

El niño guarda silencio. Mira cautelosamente, por encima de los pajonales, el borde cercano del río. El agua, limpia y poco profunda, se desliza lenta sobre las piedras cubiertas de limo verde. Confundido sobre este fondo, reposando su corpulencia, descansa el sapo enorme y majestuoso. Es invisible para un ojo común, pero evidente para Héctor, maestro en atisbar sapos, ranas, iguanas y jicoteas.

Avanza a gatas, con sus rodillas hundidas en el fango, pensando en la envidia que sentirán sus compañeros si logra atrapar aquel bello ejemplar. «¡Qué sapón más grande y feo!», le dirán. Él se paseará orgulloso, portando en sus manos al gran rey del remanso. Un pasito más y estará al alcance de un brinco suyo. Verónica lo mirará fascinada, con asco hacia el sapo y admiración hacia él. «¡Qué asqueroso sapo trajiste, Héctor!», le dirá. Y la dulzura de su voz hará sonar este reproche como un íntimo halago. Ya lo siente cerca, ya casi está... ya casi... ¡Ahora!... El niño brinca como un gato, con sus manos estiradas hacia el sapo, y cae de boca sobre las piedras verdes y el agua fresca que salta en mil gotas relucientes bajo el sol del mediodía. El sapo queda atrapado, indefenso entre sus manitas cuidadosas.

Empapado y adolorido, se incorpora. Levanta el sapo con satisfacción, y contempla largamente el batir de sus patas suspendidas en el aire. Le fascina su descomunal tamaño. Definitivamente, será la envidia de la clase. Más aún: será la envidia de la Escuela entera. ¡Qué suerte haberlo

atrapado! Toda la mañana, desde el mismo momento en que la Maestra Angélica dijo al final de la clase de Ciencias que tenían que llevar un sapo al día siguiente, el inquieto niño no había hecho más que pensar en aquel sapo enorme y bello que tantas veces había visto nadando, brincando, comiendo mosquitos... ¡en fin! Lo conocía muy bien. Conocía cada mancha de su cuerpo, cada arruga. Conocía sus hábitos. Se deleitaba observando, escondido en el monte, el jugar del sapo en el remanso tranquilo del río. Era como un compañero en sus tardes de ocio. Y ahora tenía la oportunidad de lucirlo como un trofeo frente a Verónica. «¡Verás qué linda es! Parece un angelito», susurra el pequeño Héctor junto a la cabecilla húmeda del sapo, que se limita a responder con un parpadeo veloz y asustado.

Con mucho tacto, mete al animal en una bolsa de plástico, y monta en su vieja bicicleta, que emite un chirrido sobre el camino de tierra como un puerco de monte herido, hasta que llega a la casa de quincha, perdida en medio del potrero.



Héctor llega a la escuela temprano ese día, primero que todos. «¡Páreme temprano, mama, que quiero llegar de primerito!», le había dicho la noche anterior, mientras ponía al sapo en una vieja llanta de tractor partida por la mitad y llena de agua, donde suelen abreviar las gallinas en las horas de luz. El chiquillo había brincado de la cama. Se había bañado veloz, con las estrellas brillando sobre su cabeza. Tomó su desayuno—una tacita de café, media tortilla changa—, se enjuagó la boca y se fue alegre en su bicicleta, cuando el sol apenas insinuaba su llegada con resplandores sobre los cerros lejanos.

Espera en la puerta del salón, con su sapo metido en la bolsa plástica, y lo moja de vez en cuando para mantenerlo cómodo. El sapo se agita en el interior, inquieto por tanto ajeteo. Uno a uno van llegando sus compañeros, y a cada uno le muestra su robusto sapo. «Mira mi sapito», le grita a cada uno que ve llegar. La reacción es la misma cada vez: expresión de asombro, exclamación indecorosa, y la petición invariable, inmediata: «¡Déjame verlo, déjame cargarlo! ¡Viste, Héctor!». Y Héctor que se rehúsa indignado, egoísta, dueño de la situación, regocijado en su interior por la envidia y el alboroto general. En torno a él y a su sapo se va agrupando una multitud de chiquillos uniformados. Cuando llega la Maestra Angélica, se asoma curiosa en la rueda de niños. Y tras el susto inicial, felicita al sonriente Héctor por su grandioso hallazgo. «Está un poco viejo, Héctor, pero nos será útil», le dice mientras le acaricia la cabecilla despeinada. El niño, lleno de orgullo, asiente con la cabeza.

La maestra abre la puerta, los niños entran, y toman asiento. «Pongan sus sapos en la mesa, niños». Una risita menuda recorre el salón. Los sapos salen de los bolsillos, las bolsas, los frascos, y son colocados sobre las mesitas de madera. Los niños que no tienen sapo, ya sea porque no encontraron o porque les dio asco agarrarlo, se mudan a la mesa de un compañero, o una compañera. Verónica no tiene. Héctor lo nota y la invita, con un gesto tierno, a acercarse a su mesa. La niña se levanta, sonrío y se sienta junto al rey del remanso, el enorme sapo que los mira asustado, inflando y desinflando el pellejo colgante de su cuello blanquecino. La Maestra Angélica se pone de pie, y habla.

—Niños, hoy vamos a aprender de Bi-o-lo-gí-a... Biología es el estudio de la vida. Bio, vida. Logía, estudio. Biología. El estudio de la vida. Hoy vamos a estudiar la vida.

Héctor, boquiabierto, la escucha. Y trata de entender las palabras de la Maestra que se le antojan grandes y sabias. Se alegra de que el tema de la clase sea algo que él conoce muy bien: la Vida. Él sabe mucho de la Vida. La ha sentido muy cerca, ¡oh, sí! La ha observado en el río, en la forma de diminutos peces plateados. La ha palpado en el pelaje verde de las piedras sumergidas. La ha sentido revolotear en las alas de las libélulas juguetonas que oscilan sobre el agua. La ha visto asustada en las perdices del camino, que alzan el vuelo al escuchar sus pasos menudos. Ha aspirado su aroma en el suave perfume de las flores del monte. Ha degustado su sabor en el néctar amarillo de un mango maduro. Ha admirado sus colores en las alas de las mariposas. Y su palpar en el cuello de su sapo amigo, que se infla y desinfla como el acordeón del viejo Chéncho en las noches de fiesta en el pueblo. La Vida... ¿no es la Vida lo que perfuma con rocío el potrero en las mañanas, cuando él lo cruza en su bicicleta? ¿No es la Vida lo que arde en su piel cuando el sol calienta sus juegos en el río? ¿No es la Vida lo que se le atora en la garganta cuando Verónica lo mira? Eso debe ser. Sí. De eso hablará la Maestra Angélica. De la Vida...

—Por eso les pedí que trajeran un sapo, un sapo joven. ¿Todos lo trajeron?

El sí de Héctor se sumó a la cascada de *síes* que cayó sobre la Maestra. Pero gritó tan fuerte que su voz falló y se convirtió al final en un pitido largo, provocando una risa abundante en Verónica. ¡Héctor enrojeció de pena!

—Eso veo, eso veo. Los felicito. Eso está muy bien. Héctor, tu sapo está un poco grande y viejo. Eso puede hacer un poco más difícil la experiencia. ¿Recuerdas que dije que debía ser joven?

Héctor vuelve a enrojecer. Que la maestra le reproche eso frente a la clase, especialmente frente a la niña, le avergüenza. No fue por olvido. Tuvo razones de peso para escoger ese sapo en vez de uno joven. Primero, ese sapo no es un sapo cualquiera, es el rey del remanso, el sapo más grande y bello del mundo entero. Segundo, él conoce muy bien a ese sapo, tan bien como se conoce a un amigo, y sabe que no le decepcionará, ya sea en carreras o en nado, él será el vencedor. Y tercero, ¡ese es un tremendo sapo, aquí y en todas partes! Ningún sapito joven va a vencerlo en nada. Bien vale la pena soportar el regaño de la Maestra. De todas formas, así su sapo conocería la Escuela donde va todos los días. Había planeado durante la noche anterior, mientras el sapo nadaba en la llanta del tractor, que después de la clase de Ciencias, lo llevaría de paseo por toda la Escuela, con el doble propósito de causar envidia a mayor número de personas, y de mostrarle a su amigo sapo todos los secretos rincones del plantel. Por ejemplo, el cuarto de depósito donde guardan las herramientas, en donde el otro día encontró un ratoncito gris. O la pared en donde escribió el nombre de Verónica con un crayón rojo, encerrado en un corazón. O también el...

—Lo que vamos a hacer hoy, niños es disecar un anfibio, en este caso un sapo, para estudiar sus partes internas. Vamos a ver, Héctor. Empezaremos con tu sapo. Como es viejo, te será muy difícil descerebrarlo tú. Déjame que yo lo haga.

Héctor, que divagaba mentalmente con su sapo por los pasillos de la Escuela, reacciona un poco tarde. No había escuchado a la Maestra.

—¿Cómo dice, Maestra? —pregunta Héctor apenado.

—Digo que vamos a disecar tu sapo primero. A ver, tráelo acá...

—¿A secarlo? Maestra, si lo seca se muere. Yo los he visto en las piedras del río, secos como un pedazo 'e cuero.

—A secarlo no, Héctor. Dije a di-se-car-lo—explica la Maestra.

El niño, que no había comprendido la diferencia, obedece por inercia. Se pone de pie, toma su sapo—el cual se queda mirando a Verónica un instante con sus ojos verde olivo—y camina hasta el pupitre de la Maestra.

—Ahora, vamos a ver—musita la Maestra Angélica—Quédate por ahí, Héctor para que aprendas cómo se hace. Pongan atención, niños. Lo primero que se hace es agarrar esta aguja que está aquí, y penetrar con ella la médula espinal del sapo.

El chiquillo, al ver la aguja enorme resplandeciendo entre los dedos finos de la mujer, intuye el peligro, pero se refrena por respeto. Tal vez no es lo que él está pensando. Mejor es esperar. La Maestra Angélica es buena. Ella no hará daño a su sapo.

—Mejor vengan acá todos. Acérquense, niños. Hagan un círculo alrededor mío. ¡En orden, en orden! Bien. Lo primero, como les decía, es tomar la aguja con firmeza y colocarla aquí, justo aquí, sobre el cuello del sapo, para enterrársela con fuerza. Luego se la meteremos por el canal de las vértebras y ¡crack!, la giramos a una mano y a otra, para romper la espina y seccionar la médula. Y entonces lo agarramos y lo ponemos boca arriba—dice la Maestra, tomando el sapo y girándolo—para abrirlo, con este bisturí, y estudiar su sistema digestivo, su sistema circulatorio y su sistema respiratorio... en fin. Todos sus sistemas. ¡Ah! Aquí les traje unas láminas...

La Maestra deja al sapo tendido boca arriba, y toma unos rollos enormes de papel que había dejado en el piso. Héctor la sigue con la vista, espantado. Sus ojos enormes se hicieron aún mayores al contemplar la lámina que la Maestra colocó en el tablero, con cinta adhesiva, mostrando un sapo disecado, crucificado con alfileres y con las vísceras expuestas al aire.

—Ahora vamos a hacerlo nosotros. Miren acá, que la lámina no se va a ir. Pongan atención, que después les tocará hacerlo a ustedes solitos, y yo no los voy a ayudar. ¿Está claro? Veamos... el sapo de Héctor.

—¡Maestra!—grita Héctor, con lágrimas en los ojos— ¿Qué va a hacerle a mi sapo?

—¿Qué te pasa, niño? ¿Por qué estás llorando?—pregunta ella, algo sorprendida—Ya te dije, voy a disecarlo para estudiarlo con ustedes.

—Pero no... yo... yo no quiero. Usted dijo que íbamos a estudiar la vida, no a matar a mi sapo.

—Es lo mismo. Para estudiar a los anfibios tenemos que sacrificar algunos, y así ver sus partes.

—No... yo no lo traje para eso... ¡usted me mintió!—reprochó el niño llorando, al tiempo que arrebatava al enorme sapo de entre las manos de la Maestra—Usted dijo que era para estudiar la vida, no la muerte...

Héctor sale corriendo del salón y huye velozmente en su bicicleta. Atrás queda la Maestra, llamándolo a gritos.



El agua corre plácida, sin prisa, en el río. La espuma dibuja arabescos en sus remolinos. Las libélulas bailan sobre los herbazales. Un pájaro pechiamarillo brinca entre las ramas de un harino. Y tumbado a los pies del árbol, Héctor admira el jugueteo del pajarillo. Siente una rama que se

quiebra, y mira atrás: Verónica. Ella lo saluda y se tumba junto a él.

—¿Todavía tienes el sapo?

Héctor se lo muestra, cautivo entre sus manos débiles.

—La Maestra te anda buscando. Te puso fuga, y dice que va a llamar a tu mamá.

El niño se encoge de hombros, y replica:

—No me importa —Y riendo, agrega:— Mañana ya ni se acuerda.

—¿Te vas a quedar con el sapo?

—No. Esta es su casa. Ya voy a soltarlo en el río... donde lo cogí. Ven conmigo.

Caminan hacia el río.

—Mataron todos los otros sapos —relata la niña, con gesto de desagrado:— Fueron como veinte. ¡Buaj! Vieras qué asco...

Héctor baja la cabeza y guarda silencio unos minutos. La niña pone su índice en la barbilla caída, le hace alzar la vista, y le da un beso. Luego ambos estallan en carcajadas. El niño alza el sapo, y le mueve la patita para que se despida de la niña. La niña se despide moviendo su mano. El sapo, al primer contacto con el agua, comienza a batir sus patas desesperadamente, y se aleja nadando veloz. Los dos niños lo contemplan largo rato, hasta que lo pierden de vista en el verde confuso del remanso. Siguen mirando, en silencio, la nada verde por donde había desaparecido.

—¿Quieres que te enseñe la Vida, Verónica? —preguntó Héctor.

—¡Claro! ¿Puedes? —agregó ella, con su voz dulce.

Él asintió con la cabeza. La tomó de la mano y caminó junto a ella hacia unas florecillas cercanas, en donde algunas mariposas amarillas revoloteaban ansiosas. Ansiosas como

el corazón de Héctor, quien llevaba la Vida atorada en la garganta.

1998

MALDAD

a mi hermana

Chino, mi único hermano, es tres años mayor que yo. Dice mi mamá que Chino no es tonto, sino un poco necio y duro de cabeza. Es un buen niño, según la opinión de mamá. Tal vez lo es con ella, o al menos ante sus ojos, pero con otros — conmigo especialmente — siempre ha sido perverso. Recuerdo que, cuando cumplió ocho años, mis papás le regalaron una bicicleta. Paseó con ella unos días y, como era típico, se aburrió pronto. Pero nunca quiso prestármela.

— Viste, Chino, préstame la bici — le rogaba yo.

Mi madre le habría dicho algo, moviéndolo a compasión para convencerlo de prestármela, pero la última palabra la tenía él. Si decía *no*, era no y hasta ahí llegó el asunto. Mis padres no gustaban de contrariarlo. En mi caso, era lo opuesto. Si yo tenía un juguete nuevo, y Chino se antojaba de jugar con él, mi madre me diría como un rayo:

— Nena, préstale el juguetito a Chino. ¡No seas mala!

Mala yo, ¡imagínese! Cuando ponía mi cara de ¡fo!, mamá alzaba las cejas, como diciéndome en un lenguaje secreto: «Recuerda que tu hermano es especial». Así, yo ce-día y Chino arrancaba a jugar con mi juguete nuevo, sin que yo pudiera siquiera estrenarlo. Invariablemente, me lo devolvería cuando le diera la gana, sucio y roto. Recibía yo los restos de mi regalo, lo que Chino había dejado, las piltrafas.

En cariño me llegaban las piltrafas también, o al menos eso sentía yo. Mi madre sólo tenía ojos para Chino: que cuidado se va para la calle, que ojo al Cristo que se quema con la estufa, que si Chino hizo esto, que si dijo lo otro... Y a mí, que me comiera el perro. Mi padre igual: cuando llegaba del

trabajo, cansado, me daría un beso en la cabeza y me haría alguna pregunta sobre la escuela. Sin escuchar la respuesta, se iría a preguntarle a mi mamá cómo le había ido a Chino en clase. Eso se lo podía responder yo. ¿Cómo le va a ir, hombre? ¡Pues mal!

Estábamos juntos en primer grado, yo adelantada un año y Chino atrasado dos, porque él, como he dicho, era «un poco necio y duro de cabeza». Estábamos en el mismo salón y teníamos la misma maestra. Ella, al igual que yo, verifiqué rápidamente cuán «necio y duro de cabeza» era Chino. Más que duro, era hermético: no le entraba nada. Estaba enemistado a muerte con las letras y los números.

Recuerdo que una vez la maestra hizo una clase especial sobre los planetas. A cada alumno le regaló un confite por cada nombre que memorizaba. A mí me tuvo que dar nueve, pues me los aprendí todos: desde Mercurio hasta Plutón. A Chino sólo le dio un pedacito de melcocha, y eso al final de la clase, porque tras una mañana de esfuerzo lo más que logró fue que dijera *jépete* en vez de Júpiter.

Su hora favorita era el recreo, que aprovechaba para pelearse con los otros varones y para subirles las faldas a las niñas. Se portaba tan mal que una vez le pusieron una estrellita verde en la frente por el único mérito de no haberle subido la falda a ninguna esa mañana. Mis papás le celebraron esa estrella como si fuese la que anunció la llegada del Niño Dios. Ahora que lo pienso, él era en casa una especie de Niño Dios. Yo, por el contrario, era como el buey que ponen al lado del pesebre, que está ahí pero no hace mucho bulto: ya ni me decían nada por las estrellitas doradas que traía diariamente en la frente, por ser una santa en el salón y mantener calificaciones inmaculadas.

—Es que los varones son distintos a las niñas— decía mi madre— ¡Son más activos!

Me resigné pronto a que Chino y yo éramos medidos con varas asimétricas. A lo que no me resigné nunca fue a que él me hiciera tantas maldades. En mi barrio le llamamos *maldad* a las travesuras infantiles que buscan, por placer perverso, hacer daño a un semejante o a un animalito. Chino, que no podría definir la palabra, sacó desde temprano un doctorado en hacerme maldades de todo tipo.

—Chino, no le hagas maldades a tu hermanita— diría mi madre, sin mucho énfasis, cada vez que me veía venir llorando— Déjala, que ella está tranquila con su muñeca...

Mi hermano, por supuesto, le hacía tanto caso como al reloj cucú que da la hora. Me pellizcaba los brazos, me escupía, me tiraba del pelo, decapitaba a mis muñecas, ¡en fin! Si hay algo ilimitado en el universo es el número y variedad de maldades que un niño «un poco necio y duro de cabeza» puede hacerle a su hermanita menor. Parecía ir refinando el arte de molestarme, y dedicaba gran parte de su tiempo a hacerme la vida difícil.

El día que cumplió ocho años, cuando le regalaron la bicicleta, fue particularmente memorable en cuanto a las maldades: le arrancó las orejas a un perro de peluche rosado que me había regalado mi abuela Pita en navidad; me tiró un jabón en el ojo, mientras me bañaba; y después remató el golpe, arrojándome a la cara un pastelito de maíz congelado. ¡Y con qué puntería!

Recuerdo bien que eso ocurrió el día de su cumpleaños, porque mi llanto no surtió ningún efecto en mis padres. Él gozaba de una especie de inmunidad por ser el cumpleañosero. También me acuerdo del día específico porque hicieron un sancocho grande para la fiesta, y mi mamá le pidió a mi

papá comprar pollitos para repoblar el gallinero. Aunque otros días se trastocan en la neblina de la memoria, yo no confundo ese día de mi infancia con ningún otro: fue el día que juré solemnemente, ante las orejas mutiladas de mi peluche, vengar todas las maldades de Chino.

Mi papá trajo los pollitos esa tarde: doce bolitas de plumas amarillas. Chino los correteó en el patio a su gusto, tratando de pisarlos. Los pollitos corrían aleatoriamente bajo sus pies, evadiendo las zancadas con gran habilidad. Hasta que Chino pisó a uno. Creo que se arrepintió enseguida: con lágrimas en los ojos, lo vio retorcerse un poquito y después quedarse quieto. Ese llanto de culpa me hizo entender que había, tal vez, algo de bondad en su corazón.

Había otras cosas en su corazón; entre ellas, el egoísmo ocupaba un sitio eminente. Al atardecer, durante la celebración del cumpleaños, Chino fue el primero en golpear la piñata. Era una cabeza de payaso, con flecos de papel crespón y una mota de lana en el gorro. Chino le metió un palazo con todas sus fuerzas y la piñata, que mi padre había amarrado pobremente, se soltó de la soga. Chino la apañó en el aire, y salió corriendo hasta su cuarto. Allí se quedó por media hora, comiéndose él solo los confites, hasta que la promesa de mi padre de una bolsa de caramelos para él solo lo convenció de liberar al rehén, que aún conservaba parte de su contenido.

El azúcar se le debió haber subido a la cabeza, porque Chino anduvo como loco hasta que un chico le dio su merecido. Le levantó la falda a la niña equivocada, creo yo, porque un niño—tal vez el hermano o el noviecito—vino y le metió un trompón en la boca a Chino, que lo hizo sangrar y caer de espaldas. Hasta ahí llegó la fiesta. Lo llevaron al hospital y le cosieron varios puntos en la parte interior del

labio. Le untaron una pomada en el chichón de la cabeza y lo dejaron una noche en observación. Cuando supo que tenía que dormir en el hospital, rompió a llorar. Mis padres para consolarlo, le preguntaron:

—¿Qué quieres para entretenerte?

A lo que Chino respondió:

—Un pollito.

Mis padres fueron a la casa, y tomaron a uno de los once pollitos sobrevivientes y se lo trajeron a mi hermano. «A éste lo va a matar también», pensé. Pero estaba equivocada. Creo que algo en su cabeza se descompuso (o se compuso) con el golpe en el suelo, porque agarró al pollito con una ternura inusitada y lo acarició por horas, hasta quedarse dormido.

Desde entonces ese pollo en particular fue su favorito. Cuando llegaba de la escuela, le daba agua y comida, lo acariciaba y le contaba cosas. Diría, a riesgo de sonar ridícula, que él lo consideraba su amigo. Hasta le puso un nombre, muy original por cierto, que nadie adivinaría en un millón de años: Pollito. Ya sea por el golpe en la cabeza, o a propósito de esta nueva amistad, se dio un cambio en la personalidad de mi hermano: ya casi no peleaba en la escuela con los niños, y rara vez le alzaba las faldas a las niñas.

Sus maldades hacia mí, sin embargo, no disminuyeron. Mis padres se alegraron tanto por su recién adquirido comportamiento en la escuela, que le permitieron la libertad de seguirme molestando a mí en casa. Sin embargo, creo que no se preguntaron nunca la razón del cambio, y no conocieron—hasta donde sé—de la amistad de Chino con Pollito. De hecho, creo que nadie lo supo, excepto yo.

Mi hermano me aseguraba que era capaz de reconocer a Pollito entre todas las demás aves. Al principio pensé que

era una más de sus locuras, pero con el tiempo me di cuenta de que ciertos rasgos eran diferentes entre los pollos y que mi hermano, en efecto, parecía siempre alimentar y acariciar al mismo individuo. Incluso cuando crecieron y se convirtieron en gallinas, Chino seguía reconociendo a Pollito entre las demás aves de corral. Pollito resultó ser una gallina, por cierto, y no un gallo como esperaba mi hermano, pero su afecto mutuo no disminuyó por el inesperado giro en los eventos.

Así estaban las cosas cuando llegó el siguiente cumpleaños de Chino, con la respectiva euforia en su ánimo. La abuela Pita vino de visita la noche anterior y nos trajo regalos. Me dio los míos inmediatamente, y guardó los de Chino para la fiesta del día siguiente. Entre mis regalos estaba otro peluche. Aunque lo escondí para que Chino no lo encontrara, de alguna manera logró dar con él y destrozarlo antes de irse a la escuela. Ese crimen fue el último insulto a mi dignidad, y recordé mi juramento.

Entonces mi cerebro de niña de seis años puso en marcha un plan maestro para ejecutar mi venganza. Comencé por fingir tos y debilidad, para convencer a mis padres de dejarme en casa descansando. Una vez que ellos se fueron a trabajar, y que Chino estaba en la escuela (tal vez tratando inútilmente de aprender el nombre de algún planeta que tuviese menos de tres sílabas), procedí con el segundo paso: engatusar a la abuela Pita. Llegué en mi camisón de florecitas hasta la cocina, donde ella—con delantal y todo—hacía los preparativos para la fiesta.

—¿Cómo te sientes, Nena?— me preguntó la abuela Pita.

Le indiqué *más o menos* con la manito que tenía desocupada. Para completar el cuadro, traía a rastras en la otra el peluche mutilado, que había sucumbido entre las manazas

de Chino en su día de estreno. Mi abuela me alzó entre sus brazos y me dijo una serie de tonterías dulces en tono de puchero, de esas que la abuelazón, por motivos ignotos, hace creer a las viejitas que encantan a los niños. Le dije que tenía hambre, mientras me restregaba los ojitos con la mano y tosía.

– Te voy a hacer una sopita de pollo para que te sientas mejor – sentenció Pita.

Yo sonreí. Sacó de la despensa un paquete de sopa de pollo deshidratada.

– Esa no me gusta – dije, redoblando la tos.

La abuela se detuvo un momento, como meditando. Yo esperé pacientemente. Ella miró por la ventana hacia el patio, y el rostro se le iluminó cuando vio el gallinero. Me dijo que la esperara un momento en la cocina y se fue con un cuchillo. Por supuesto, salí detrás de ella. Creo que la emoción hizo que me olvidara de toser mientras corría, con peluche y todo, hacia el patio.

La abuela Pita tenía buena intención, pero malos reflejos, y le faltaban fuerzas. El gallinero es grande y por varios minutos trató en vano de capturar alguna gallina, pero éstas ágilmente esquivaban sus manos. Todas estaban entrenadas en las artes del escapismo, acostumbradas al acoso de Chino. Todas, excepto una: Pollito, que siendo la favorita del demonio, no había tenido nunca que correr por su vida. Hasta ahora.

– Agarra esa de allá, güelita Pita, que está quieta – le dije.

– ¿Cuál, m'ija? – preguntó inocente, con el rostro sudado y luchando por respirar.

Se la señalé con el dedito y tosí un par de veces para darle gravedad al momento. Ella la divisó, y saltándole por de-

trás logró agarrarla por el rabo. La trajo colgando de cabeza hacia la cocina. Sacó una olla grande, y puso a hervir agua. Yo miraba, desde la puerta, el bullir del agua sobre la estufa, y el parpadeo paciente del ave sobre el piso.

—Vaya a acostarse, m'ija, para que se mejore rápido— insistió ella.

Cuando llegó mi mamá, la abuela le dijo que había preparado sancocho para el almuerzo, porque «la sopita de pollo es buena para el resfriado y Nena sigue con la tos». Mi mamá, que venía cargada de paquetes y con una piñata para el cumpleaños, asintió con la cabeza y no le dio importancia al asunto. Chino llegó tras ella, y dejó la mochila con los cuadernos tirada en el pasillo: se fue directo a mi cuarto a molestarme. Me pareció que sintió algo de pena por mí (él también creía que estaba enferma), y me asaltó el remordimiento. Pero luego, para alivio de mi conciencia, comenzó a hacerme maldades. Yo tosí, estoica, y le comenté de soslayo:

—¿Sabes qué hizo güelita Pita para el almuerzo?

Él alzó los hombros, como diciendo «y a mí qué diablos me importa», y siguió molestándome con insistencia de zagaño.

—Hizo sopa de pollito— rematé.

Un poco necio y duro de cabeza, dice mi madre. Medio minuto tardó Chino en comprender la indirecta. Yo había dicho «sopa de pollito», en vez de «sopita de pollo» como decía la abuela. Súbitamente, Chino abrió los ojos, levantó las cejas y salió corriendo hacia el patio. Desde el cuarto escuché la rabieta que formó. Yo, abrazando mi peluche roto, tosí tiernamente con la cabeza sobre la almohada.

LA PIEDRA MÁGICA DE JUANCITO

a Salman Rushdie

Siempre pensé que Juancito había nacido para sufrir. Desde que era un bebé le noté algo raro, algo inusual en la forma de su cuerpecito. Ese algo se hizo aparente cuando todos los niños de la escuela, incluso los desnutridos, crecieron más altos que él. Cuando alcanzó la adolescencia midiendo apenas dos pies y medio, incluso su madre tuvo que abrir los ojos y aceptar lo que todo el pueblo ya sabía, y que ella había negado por tantos años: el pobre muchacho era un enano.

Las viejas del pueblo bochincheaban, cada una de acuerdo a su propio nivel de ignorancia, que aquello era castigo divino, brujería, cosa del diablo, mala hierba, o—la explicación más original—consecuencia de haber cogido por detrás, lo cual es un pecado según San Agustín, que condona el polvo sólo por delante y entre esposos, a través de un huequito en una sábana, en pequeñas dosis y con el expreso propósito de fabricar más cristianos para la parroquia.

Siendo el maestro de ciencias en la escuela primaria en Caña Brava, y por ende vicario de la razón ante aquella horda, tuve que intervenir y explicarle a la madre, Manuela, que aquel defecto no era culpa de ella ni de nadie. Era el resultado de una lotería genética: Juancito había nacido enano por puro azar, y no había nada que hacer al respecto. No habiendo cura, el desdichado seguiría siendo enano hasta el último día de su vida. Lo único que restaba era educarlo para ser feliz en esa forma, aceptando sus limitaciones.

Juancito terminó la escuela primaria, a empujones de su madre, soportando paciente las mofas rutinarias de los bra-

bucones en el recreo. Pero no hubo fuerza que lo moviera a emprender la secundaria. Esto hubiera requerido viajar hasta El Bijao, donde está el único Colegio de la región, con el consecuente encuentro de cientos de personas nuevas, desconocidos que no lo habían visto nunca y que por tanto lo mirarían demasiado la primera vez, por curiosidad algunos, otros por morbo, hasta hacerlo llorar de vergüenza. El sólo prospecto, me contó Manuela, hacía sollozar a Juancito en las noches.

Con el diploma de primaria colgando de alguna pared en su casucha de quinchá, recogiendo en su marco telarañas y polvo, Juancito dio por terminada su educación formal y se dedicó a atender la tiendita que su madre tenía junto a la casa. En mis viajes domingueros a la playa de Caña Brava, me detenía en la tienda de Juancito, que estaba al pie del camino. Con tal de verlo y conversar con él un rato, le compraba plátanos verdes para hacer patacones, y le dejaba prestado algún libro, con la esperanza de que entre cliente y cliente se instruyese con la lectura. Así lo vi volverse adulto, sin ganar un palmo de estatura, en la misma rutina: oyendo cantadera en una radio vieja y despachando galletas, sin más prospecto en la vida que atender aquella tienda perdida entre el mar y el monte.

—Y qué, Juancito, ¿ya tienes novia?— se me ocurrió preguntarle un día.

Juancito, encaramado en dos cajas vacías de soda para alcanzarme un duro de rosa del congelador, no tuvo oportunidad de contestarme, porque un patán que estaba sentado bajo el techo de la tienda, tomándose una malta, espetó con una carcajada dura:

—¡Nada más María Manuela!

La referencia a Manuela me hizo pensar al inicio que aquello era una burla porque Juancito todavía vivía con su madre. Pero luego la mano del tipo, agarrotada y moviéndose como un pistón, me hizo entender que se refería a otra cosa.

—Pajizo pero no yegüero— le disparó Juancito.

El tipo se rió un poco, y el enano lo miró de reajo, sin expresión discernible en el rostro. Me sorprendió la calma con que Juancito se enfrentaba a la sorna de comentarios como éstos. Creo que, resignado a aquella suerte, había desarrollado un cascarón grueso que lo protegía de la ponzoña de las burlas. Aunque sufrió estoico el comentario, igual me arrepentí de haberlo expuesto a tal dardo con mi pregunta. En el fondo, pensé, debe ser muy triste para él vivir solo, sin mujer o novia, ya mayor y todavía en casa de la madre.

Desde ese día lo vi a menudo caminando hasta la playa, con sus piernitas de chivo. Me imaginaba yo que iba a ver las muchachas desde lejos. Sentadito en la arena, se ponía a mirar hacia las olas, donde dos o tres de ellas jugaban a la pelota con sus altos novios. El viento le traería sus risas, tal vez sus perfumes, retazos de sus conversaciones coquetas. Se me ocurría, al ver cómo arrugaba los ojos, que el destello del sol en aquellas pieles mojadas, en los bikinis de colores, lo encandilaría y le daría — tal vez — algo para soñar aquella noche.

Para Juancito, contrahecho y no más grande que un tanquecito de gas, la vida era un deporte de espectador a una edad en que otros hombres están en plena cacería. Y eso, para un macho joven, es una tragedia. Me atormentaba la idea de que Juancito nunca montó a caballo, rabeó a una res, o enlazó a un ternero. Su cuchillo no capó nunca a un potro,

ni su brazo molió caña en un trapiche. Su machete no tumbó monte alguno, su hacha no sometió ningún árbol. Jamás había ido a un baile, ni a una fiesta de toros en el pueblo. Su pecho no apretó a una hembra en un pindín, ni su mano sintió la tibieza de un seno sudoroso acunado entre los dedos. Incluso los placeres llanos del campesino eran frutas demasiado altas para Juancito. «Qué vida de mierda», pensaba para mí cada vez que lo veía en la playa, o que me detenía en la tienda a conversarle.

Así vivió Juancito por treinta y tantos años, al margen de todo, ignorado y rechazado, hasta una noche en que su vida cambió totalmente, por puro azar. La recuerdo muy bien, porque se armó un gran corrincho en varios pueblos cercanos. Estaba dormido cuando me vinieron a tocar la puerta los vecinos. Con tremenda gritería, me contaron lo que habían visto los pescadores: una luz enorme apareció en el cielo, viniendo de mar afuera, y con gran estruendo había caído en la costa. Campesinos en tierra la vieron venir desde la playa y precipitarse hacia los potreros. Algunos decían que había caído en Caña Brava, y querían saber el significado de aquel evento.

Salí con un foco de mano y un machete, acompañando al grupo de vecinos, dispuestos a buscar el sitio donde habría caído aquel objeto del cielo. A los pocos minutos, guiándonos por unos gritos que escuchamos en la oscuridad, encontramos un pedazo de potrero que estaba en llamas. Había un gran gentío, rodeando un círculo de fuego. En el centro, había una res muerta. Cuando alumbré al animal, vi que estaba quemado, y en el sitio donde debería estar la cabeza había un gran agujero en el suelo, como un pequeño cráter. Los restos de arbustos en derredor estaban tumbados hacia afuera, como rayos de una rueda.

Presintiendo que se trataba del impacto de un meteorito, me acerqué al agujero y le pedí a un campesino que hurgara con una coa para ver si encontraba una piedra en ese hueco. Buscamos varias horas en vano durante la noche, y regresamos el día siguiente a buscar más, pero no encontramos nada. Ya me había resignado a no encontrar el meteorito, cuando escuché algo que me erizó la nuca:

—Juancito er de Manuela tien'una piedra metía en la tinaja. Dice la mama que jué la que cayó der cielo anoche.

No esperé a escucharlo dos veces. Cuando llegué a casa de Manuela, había una multitud afuera, como en velorio de muerto grande. Me abrí paso entre los mirones, hasta el tinajero. Efectivamente, en el fondo de la tinaja, sumergido en el agua fresca, había un objeto negro, irregular, del tamaño de un limón grande.

Juancito apareció entre el gentío, con la mano derecha envuelta en una gasa manchada de yodo amarillo, y me contó lo que había pasado. Estaba sentado en el portal, oyendo la transmisión del baile de Ulpiano en Radio Reforma, cuando vio un punto de luz que apareció entre las ramas. La luz se hizo grande y comenzó a moverse hacia abajo, y de pronto ¡plam!, como si hubiera caído una bomba en el potrero de Manuela. Juancito se fue con un machetito y una guaricha, y vio la vaca *escabezá'*. Con el *colin* sacó del hueco la piedra esa. Se quemó la mano, porque la piedra estaba caliente. Por eso la tiró en la tinaja.

Durante los siguientes días, la casa de Manuela se convirtió en un sitio de peregrinaje de curiosos de toda la región. Juancito salió en la portada de varios periódicos, y recibió ofertas de personas que querían comprarle aquella piedra del espacio. Él, con una sonrisa, se negaba a venderla. Creo que fue para él un momento de gloria, saberse el

centro de atención de toda la provincia, después de tres décadas siendo universalmente ignorado.

Fueron buenos tiempos para la tienda, pues los visitantes venían de lejos a mirar en la tinaja, y se tomaban una soda fría para refrescarse antes de volver camino arriba. Pero la fiebre pasó rápido, y así como vino se esfumó. Un nuevo disco de Samy y Sandra, la proximidad de los Carnavales, y la actividad política por las elecciones cercanas desplazaron pronto la historia del meteorito en la prensa local y hasta en los bochinches de los vecinos. De la noche a la mañana, nadie hablaba del asunto. Juancito dejó de ser el centro de atención, y volvió a ser nada, el enano que vive con su vieja madre, ahora con una piedra en la tinaja.

En esos días lo vi más triste que nunca. El breve paladeo de la atención ajena lo había dejado goloso, y hacía aún más hiriente volver a la sombra. Entonces se me ocurrió algo. En algún libro había leído yo que el Museo de Historia Natural en Nueva York tenía la colección de meteoritos más grande del mundo. Sería bueno, pensé yo, agregar uno más a esa colección. Tal vez Juancito aceptaría el ceder su hallazgo a la ciencia ahora que las candilejas lo habían abandonado.

Como yo no hablo inglés, pensé que los científicos bilingües del Smithsonian nos podrían servir de intermediarios. Escribí al Instituto, describiendo la caída del meteorito. Adjunté varias fotografías de la piedra en la tinaja, y les di las generales de la casa de Juancito. No escuché respuesta directa de ellos ni del Museo en Nueva York, por lo que asumí que mi correo se habría perdido o que simplemente no les interesaba el asunto.

Hasta una tarde en que recibí una llamada. Un tipo con fuerte acento gringo se identificó como el doctor Griggs,

geólogo del Smithsonian y se disculpó por no haberme llamado antes.

—En la carta no nos puso su teléfono, o lo hubiéramos llamado cuando fuimos a Caña Brava — me dijo.

Era cierto. El doctor Griggs me hizo un resumen de lo acontecido desde que envié mi nota. Ellos contactaron al Museo en Nueva York, que envió de inmediato a una representante a buscar el meteorito. Viajaron desde la capital hasta la casa de Juancito, y analizaron la piedra con un equipo especial. Como vieron que era efectivamente un objeto del espacio exterior, le ofrecieron mil quinientos dólares.

—Ese amigo suyo es un personaje — dijo, riendo.

—No me diga que no quiso vendérsela, doctor... — exclamé, pensando en la forma en que estrangularía a Juancito cuando lo viera.

Cuando el gringo terminó de reírse al otro lado del teléfono, siguió con el cuento.

—Sí, nos la vendió, pero con condiciones — dijo — Nos hizo saltar varios aros de fuego.

En resumen, Juancito convenció a los gringos de que él estaba de acuerdo con venderles la piedra, pero que su mamá, Manuela, estaba muy apegada a ella. Así que pidió a Griggs llevar a su mamá a hacer un mandado a El Bijao, para mantenerla entretenida por un par de horas, mientras que él iba con la representante del museo a hacer entrega de la piedra en un cuarto de hotel, como lo habían pactado.

—¿Hotel? — pregunté, sabiendo que en Caña Brava no hay hotel alguno — ¿Qué hotel?

—Creo que recuerdo el nombre — me dijo el gringo — Se llama como una pieza de Liszt, *Liebestraum*... Sueño de Amor.

Sentí una corriente de sangre congestionarme el rostro. El Sueño de Amor no era un hotel. A menos que ahora se le llame hotel a aquellos sitios donde hay que apretar un botón para entrar, pagando seis dólares en una ventanilla para ocupar una habitación durante una hora. La idea de Juancito a solas con la gringa en aquel cuarto, mientras el doctor Griggs paseaba a su mamá, me dio escalofríos. «Con qué se habrá salido este enano del diablo», pensé, rogando que mi nombre no se hubiera asociado a cualquier barbaridad que Juancito hubiera cometido. Pero el gringo sonaba jovial.

—Su amigo, el Juancito, es de lo más gracioso— siguió el geólogo— Me contó luego Katherine, la enviada del Museo en New York, que la hizo reír mucho. ¡Y eso que ella no habla ni una palabra de español! Cuando sacó la piedra del trapo, hizo como si estuviera caliente, y se la pasaba de una mano a otra gritando. Katherine se asustó, pero cuando él se la pasó, tras un grito de susto, ella vio que estaba fría y se rió mucho. Luego, cuando Juancito estaba contando los quince billetes de cien, se puso a saltar en la cama, como un niño. ¡Es muy gracioso! Hasta la invitó a comer pescado frito tras la venta. Eso fue hace como dos meses ya. El meteorito estará pronto en exhibición en el Museo.

Como las condiciones y la conducta de Juancito durante la venta me parecieron sospechosas, decidí visitarlo de inmediato. Tenía mucho rato de no verlo, porque habían empezado las lluvias y los caminos se llenaban de lodo. Era un domingo, recuerdo, y al llegar a la casa me sorprendió un grupo grande de personas, con billetes de un dólar en la mano, haciendo fila para entrar en la casa de Manuela.

—¿Qué está pasando aquí?— le pregunté a un tipo que estaba en la fila.

Lo reconocí como el mismo que, tomándose la malta, le había disparado aquella impertinencia a Juancito años antes. Con una sonrisa de escasos dientes negros, me respondió:

—Yo pensé que usted sabía, profe. ¿Se acuerda 'e la piedra que jalló Juancito? Parece que ej milagrosa. La gente 'ta viniendo de toj la' o a pedijle mercé.

Me asomé dentro de la casa. Vi a Juancito, con la radio en la oreja oyendo cantadera, y el ojo puesto en una batea al lado de la tinaja, rebosante de billetes de un dólar. Ni él me vio ni yo le hablé.

Regresé al patio y, como buen hombre de ciencia, le pregunté al tipo de los dientes negros qué evidencia había de que la piedra era milagrosa. Me contó que, hace como dos meses, Juancito tuvo un sueño donde la Virgen del Carmen, patrona de los pescadores, muy venerada en Caña Brava, le había dicho que aquella piedra tenía el poder de conceder lo que se pedía con fe. Cuando Juancito lo dijo, nadie le creyó. Pero esa tarde lo vieron entrar en el Sueño de Amor con una rubia.

—¡Usted viera qué jembra, profe! Yo mesmito la vi.

Incrédulos al verlos entrar, como era de esperarse, alguno de los discretos y respetuosos vecinos de Caña Brava se las arregló para pegar la oreja a la puerta del cuarto. Escuchó risas de ambos, y chirridos de la cama, que borraron cualquier duda del milagro que estaba ocurriendo dentro de esa habitación. Para colmo, me dijo mi informante, ese mismo día se ganó Juancito la lotería: mil quinientos manducos. Un primitivo uso de la estadística, y el puro instinto, le hicieron saber a aquella gente que dos golpes de suerte como esos, en un mismo día, eran demasiado para ser coincidencia.

Siempre pensé que Juancito había nacido para sufrir. Todavía lo creo. Pero ahora entiendo que en la vida de todos, incluso aquellos con salud, siempre hay alguna fuente de sufrimiento. El dolor nos lleva a buscar respuestas en alguna parte. Yo la he buscado siempre en el laboratorio. Otros la buscan en la cruz. Aquel invierno, en Caña Brava, miles de campesinos sencillos la buscaron en una piedra metida en una tinaja, una piedra que dos meses antes había estado en el fondo de alguna quebrada, mientras que otra del mismo tamaño, tras flotar en el espacio por millones de años, reposaba en una caja de vidrio en un museo en Manhattan.

2008

Prosa Expositiva

REFLEXIONES

El universo es relativo.

☺ ☺

Amar es fluir hacia Dios.

☺ ☺

Mi corazón es una veleta.

☺ ☺

La fe une. La religión divide.

☺ ☺

Arte es belleza creada por el hombre.

☺ ☺

Inocencia es ignorancia justificable.

☺ ☺

La naturaleza no permite privilegios.

☺ ☺

La palabra sugiere. La acción confirma.

☺ ☺

La paz es el síntoma más claro del amor.

☺ ☺

Quien muere por amor, vive para siempre.

☺ ☺

El hombre es una bestia con alma de ángel.

☺ ☺

Quien mata en nombre de Dios, no le conoce.

☺ ☺

La pasión y el miedo florecen mejor de noche.

☯ ☯

Mientras la fe sea teórica, existirá la duda.

☯ ☯

¡Qué dulce y qué triste es la espera del amor!

☯ ☯

No soy ni Dios ni roca: soy un punto intermedio.

☯ ☯

El corazón es quien percibe la verdadera belleza.

☯ ☯

La pasión enriquece el alma, el vicio la empobrece.

☯ ☯

La naturaleza podrá tener mente, pero no tiene corazón.

☯ ☯

Nunca prestes nada que no estarías dispuesto a regalar.

☯ ☯

Belleza es el reflejo de la perfección en la percepción.

☯ ☯

Cuando Dios creó la nobleza, le dio la forma de un perro.

☯ ☯

Las estrellas son un puente entre la ciencia y la poesía.

☯ ☯

Poeta es el que dice lo que quería decir nuestro corazón.



Toda verdad es obvia, después de que un genio la ha señalado.



La eternidad no es el tiempo sin fin, sino la ausencia del tiempo.



La poesía es danza. El cuento, escultura. La novela, arquitectura.



Al igual que lo bueno y lo cierto, lo bello nunca nos es desconocido.



El amor es fuego del alma, que la consume y vivifica al mismo tiempo.



No actúo basándome en lo que el mundo es, sino en lo que debería ser.



Lo que realmente diferencia al hombre de los demás animales es el ego.



La soledad es la única compañía que siempre vuelve tras ser abandonada.



Gratitud es sentir que se ha recibido algo que nunca se podrá retribuir.



No se puede obtener paz con guerra, ni amor con odio, ni vida con muerte.



El enamoramiento es un corredor de obstáculos: se frustra en pistas planas.



La guerra existe porque es más fácil forjar una espada que un pacto de paz.



Recordando, diríamos que el tiempo vuela; esperando, pareciese moverse apenas.



En forma general, la inteligencia se impone a la fuerza y el amor se impone a ambas.



La experiencia propia tiene, para cada persona, la última palabra sobre sus creencias.



La soledad es el común denominador de los hombres de todos los pueblos, razas y tiempos.



La justicia de la naturaleza es evidente en sus leyes, especialmente en las de la física.



La física es una poesía matemática inspirada en el universo, y los físicos son sus poetas.



El ser humano valoriza las cosas en proporción inversa a la facilidad con que las consigue.



Una rosa bella y fragante es el enamoramiento. ¡Dios mío!, qué corta es la vida de una rosa.



Poesía es la verdad dicha en forma bella; si no es bella, no es poesía; si no es cierta, no es poesía.



El más perfecto y refinado instrumento musical es la voz humana. Ningún otro la supera en delicadeza, expresividad y gracia.



Al lenguaje lo domino, lo someto, lo doblego. Digo lo que quiero, como quiero, certero como un dardo. Las letras son mías, no así el mundo.



Amar a mi patria significa amar a las patrias de todos los hombres. Amar a mi madre significa amar a las madres de todos los niños. Las patrias, como las madres, nunca son ajenas.



Nuestro enemigo no es otra persona, nación, raza, religión o grupo humano cualquiera. La ignorancia, el miedo, la intolerancia, el odio, la violencia, la guerra misma: esos son nuestros enemigos.



La paz sólo existe si hay justicia y perdón. La paz social es imposible sin la justicia humana. La paz interior proviene del perdón que nace de la íntima convicción de que existe una justicia sobrehumana, perfecta e inevitable.



Pienso que la ciencia, la ingeniería y la tecnología deben ser hermanas de la paz. Esta es mi convicción, esta es mi promesa, y consagraré mi vida a cumplirla. Viviré—y si es necesario moriré—por la paz, pero nunca mataré en su nombre.



Las ideas, cuando están recién nacidas, hay que mantenerlas en el abrigo tibio de la mente, y no exponerlas al flujo del aire, para que no perezcan. Sólo cuando están más maduras se les puede, y en ocasiones se les tiene que, pasear a la luz de los hombres.



Escribe libremente, como si fueras la voz del viento, sin ver, sin oír más que el canto de tu propia alma, sin saber hacia dónde vas o de dónde vienes. Escribe y olvida las reglas, los matices, las circunstancias, que tus palabras serán grabadas en oro y tu voz tallada en la historia de los hombres, de cualquier forma.



A qué deberá un hombre consagrar su vida? ¿A qué dedicar su tiempo y sus esfuerzos? Muchos hombres que son considerados grandes no lo son en realidad. Solamente es grande aquel que se ha entregado por amor a sus hermanos en servicio y ayuda, para el progreso y bienestar común. Todas las demás «grandezas» son ficciones humanas.



Para nueve personas de cada diez, el universo es su pueblo. Para noventa y nueve personas de cada cien, la Tierra ha sido, es y será siempre plana como una mesa. Y para novecientos noventa y nueve personas de cada mil, las estrellas no serán nunca más que puntitos en el cielo. ¡Qué pobre es la concepción que tiene el hombre común del universo!



La ciencia es el esfuerzo humano por comprender la esencia del universo. Todo el que haya estudiado ciencias verificará lo limitado del entendimiento humano frente a la perfección y complejidad de lo que existe. Esté o no la mente humana consciente de ello, el universo es bello y complicado. Nuestro entendimiento sólo puede percibir tenuemente parte de esa complejidad y belleza.



En su nadir, la religión es un conjunto de mentiras recibidas, para simplificar nuestra visión del mundo, someter nuestros instintos primarios y hacernos marchar en línea. En su zenit, la religión es una representación de la fe, los ritos son mímicas de la devoción, y la doctrina es un modelo de la verdad, que como todo modelo es errado, aunque aplicable a circunstancias específicas. El dogma religioso (al igual que la hipótesis científica) es una reducción de la comprensión

humana del Todo, y debe avanzar en la medida que lo haga dicha comprensión, para no convertirse en un ancla, en vez de un vehículo.

ENSAYOS BREVES

LUZ DE NORTE

Mi abuela murió mirando hacia el norte. Los espejos de sus ojos permanecieron abiertos, negándose a cerrar los párpados secos, con las pupilas clavadas en la ventana abierta, como intentando captar la última luz que verían en esta vida. Imagino que sus oídos estarían también alerta, saboreando los compases de la música que a propósito le habíamos puesto en el aparato de sonido. Escogí para ella lo mejor que tenía a mano en casa de mi tía, seleccionando entre esa música que ella me enseñó a amar. Grieg. Sibelius. Dvořák. Tchaikovsky.

Hubiese querido tener a mano la Sinfonía del Nuevo Mundo, su gran favorita. La tenía en mi casa, pero no tuve fuerzas para ir a buscarla. Temí encontrar a mi abuela muerta cuando volviese. Pude haberla buscado antes, pero me faltó valor. Temí que, estando viva y consciente, sufriría al escuchar la música que tanto amaba.

Valor también me faltó para leerle el poema que escribí para la muerte. Para su muerte. Para mi muerte. Ya me lo reprocharía Toño Flash: «A ella le hubiese encantado. Debes haberse lo leído». Pero no es tan fácil.

El cuarto, nostálgico, estaba lleno de música. Durante las últimas horas de vida de mi abuela, los arpegios suaves invadieron la estancia. Me pregunto si ella escuchó la música. Me pregunto si yo sentí la música. Tal vez ella la escuchó a través de mis oídos. Tal vez yo la sentí a través de su corazón.

Recuerdo la luz hiriente de la ventana, luz de norte, que ella absorbía sedienta. Su respiración apagada, angustiada.

Su mirada perdida en el norte luminoso. Sus orejas pálidas,
¿escuchando? No tuve fuerzas para flaquear.

1999

EL CRUCIFIJO DE ORO

Cada vez que veo un crucifijo, una pregunta surge en mi cabeza: Dado que Jesús era un hombre jovial y una bella persona, ¿por qué sus seguidores le recuerdan con un símbolo tan triste como lo es la cruz donde murió? Ese símbolo, más que recordar su vida, recuerda su muerte. A mi parecer, la muerte de Jesús no tiene sentido si no recordamos primero el sentido que tuvo su vida. Preferiría representar a Jesús con una sonrisa, con una puerta, con un sol, con un pez (como la iglesia antigua lo hacía) o con otra cosa, menos una cruz.

Ahora bien, si el crucifijo es de oro, otra pregunta surge: Si Jesús rechazó la riqueza material en tan reiteradas ocasiones, ¿cómo un seguidor y discípulo suyo puede colgarse del cuello un crucifijo de oro? A mi entender, esto es una contradicción. Es como si un «amigo de los animales» se vistiera con un abrigo de piel de zorro plateado. Me pregunto si estas personas que portan crucifijos de oro, serían capaces de regalar — en nombre del amor que predicó el crucificado que llevan colgando en el cuello — esta joya a un pobre mendigo para que la vendiesen y se comiese un plato de comida caliente. Eso me pregunto.

Yo tuve una vez un collar con crucifijo de oro. Me lo regaló mi abuela Mam cuando hice la primera comunión. Cuando entendí, años después, que *Jesús* y *joya* son palabras antónimas, regalé tanto el collar como el crucifijo, y me sentí mucho más libre y más cerca de las enseñanzas del Galileo una vez que me hube librado de aquel ancla dorada.

1998

VIVIR SIN TEMOR

La infancia termina cuando sabes que morirás. Hace poco lo escuché en una película (El Cuervo, donde Brandon Lee murió por un disparo accidental durante la filmación), y me parece poético: cierto y bello al mismo tiempo. Recuerdo como hoy la noche en que comprendí que tanto mi familia como yo éramos mortales. Algún día mi padre, mi madre y mi hermana morirían, y yo también. Abuelos, tíos, primos: todos. No me importó cuánto tiempo habría entre la hora de esa revelación y la hora final. Me importó la inevitabilidad del hecho. Sin excepción, sin escapatoria, todos moriremos, me dije. Rumié la idea durante horas, hasta que dejé de llorar y me dormí. Amanecí a mi adolescencia.

Aceptar mi mortalidad y la de aquellos que tanto amo ha sido uno de los grandes logros de mi maduración. Hoy la promesa de la muerte me resulta natural, y la abrazo igual que abrazo la vida que he recibido hasta ahora. Esporádicamente me acomete el vértigo de la muerte inevitable de alguno de mis seres queridos o de mí mismo: la misma sensación de desamparo que experimenté el día que terminó mi niñez me levanta en vilo y me arranca un suspiro o una oración pidiendo sabiduría.

El estoicismo de mis abuelos ante la inminencia de sus propias muertes me fortaleció. Mi abuela Mam, por ejemplo, me respondió que no temía a la muerte, dos meses antes de encontrarla.

Sin embargo, la diferencia definitiva entre aquel niño temeroso y el hombre de hoy tiene raíz en la visión del universo que he desarrollado, en la cual el alma es una chispa

eterna del fuego divino, y la vida es una escuela totalmente segura.

Hoy no temo a la muerte. Y eso ha cambiado mi vida, para siempre.

2001

GAUDEO ERGO SUM

Sin un apoyo dogmático en la religión o la filosofía, la vida humana carece de una conexión ontológica a un ente eterno cuya existencia sea forzosa. Suspendidos, como ángeles en un abismo vacío de razón original, carecemos de una buena respuesta a la pregunta básica, primera y última del ser pensante: ¿por qué? ¿Por qué existo? Más de una vez me ha sobrecogido el vértigo de saber que carezco de evidencias de que—fuera de todo esto que llamamos universo—exista algo, o más bien, que sea necesario que algo exista en absoluto. Podría ser, acaso, que no hubiera nada, que nada jamás hubiese existido; en cuyo caso yo nunca lo habría sabido, pues no habría existido tampoco. Sin esta razón original, sin esta garantía lógica de que algo debió y debe—en sí y por sí mismo—existir obligatoriamente, encuentro que cualquier otro hecho o acontecimiento, incluyendo este parpadeo minúsculo del pensamiento que comprende nuestra vida humana en el universo, no es sino una nada irrelevante, sin trascendencia alguna en el vacío infinito de lo posible. Vivir encerrado en tal marco sería intolerable, si no fuese por un detalle: que la felicidad existe, y que ella contribuye un valor absoluto a mi vida humana. Así, en mi cosmología, la felicidad—aún en su forma potencial—es la imprescindible excusa ontológica, y el único beneficio implícito, de vivir. Aunque de este argumento no se deduce que la felicidad sea alcanzable, repetible o susceptible de ser perfecta, estoy convencido de que lo es, de que debe serlo. Llegué a tal convencimiento, no por inducción, sino por experiencia directa. Aunque la experiencia tiene para cada quien la última pala-

bra, deseo compartir la mía, buscando sea de beneficio a otros que se enfrenten a la pregunta inevitable. He aquí mi confesión: yo descubrí, siendo feliz, que la felicidad existe, y que se puede estar consciente de serlo.

2005

Á LA HEIDI

Recuerdo que, cuando yo era niño, se transmitía por televisión una versión de la novela Heidi, adaptada a cartones animados (lo que, en panameño, llamamos cómicas). La música con que abría y cerraba el programa decía algo así como:

«Abuelito, dime tú, ¿por qué yo en las nubes voy?»

Este punto era ilustrado simultáneamente con una imagen del personaje principal (Heidi) parado serenamente en una nube que volaba sobre el paisaje europeo (¿suizo?), sus montañas y verdes pastizales salpicados de ovejitas blancas. Esto me resultaba obviamente imposible, pues aún un niño como yo (en esos días tendría 4 años a lo sumo) sabe perfectamente que nadie puede pararse en una nube (aunque por ahí hubo uno que dicen caminaba sobre el agua, pero ese es un caso aparte). Además, y en primera instancia, si ella sola se montó en la nube, ¿para qué pregunta?

Seguía la canción diciendo:

«Abuelito, dime tú, ¿porqué yo soy tan feliz?»

Esta frase la repetía varias veces. El segundo punto me resultaba, a la vez que cursi, casi tan inverosímil como el primero. Porque, pensaba yo, ¿podrá haber alguien tan feliz en el mundo que llegue a preguntarse el porqué de su inmensa felicidad, y máxime en el tono de recriminación masoquista de esa canción?

Quiero hacer constar que yo tuve una infancia muy feliz. Y, sin embargo, nunca me llegué a preguntar el porqué era feliz, sino que aceptaba esa bonanza como un hecho natural,

implícito, merecido o no, pero omnipresente hasta casi volverse rutinario.

Sin embargo, ahora, más de dos décadas después de haber escuchado por última vez esa canción, me encuentro yo mismo en una situación semejante. Soy tan feliz en este momento de mi vida que incluso he llegado a sentirme culpable de tanta dicha inmerecida. (Ahora sí lo sé: no la merezco). La pregunta ha venido sola a mi mente con demasiada frecuencia en los últimos meses: ¿Por qué, Dios mío?, (a falta de abuelitos, pues estos últimos ya están con el primero hace más de diez años) ¿Por qué soy tan feliz? Y me da miedo contestarme, por no perturbar ese surtidor de alegría bajo el cual me encuentro chapaletando. Aún no sé la respuesta. Mientras tanto, seguiré, *á la Heidi*, disfrutando en las nubes mi felicidad.

2001

UNA LECCIÓN TEMPRANA

Una mañana de clases, cuando tenía tres años (empecé a asistir al jardín de la infancia a los dos años), le robé unos bloques de Lego a un compañerito. Robar es una palabra cuyo significado aprendí esa noche. Antes me era desconocida: me gustaron los Legos y los tomé.

Al llegar del trabajo, mi madre notó que había algunos bloques adicionales en mi bolsita de juguetes. Mi padre, que es un hombre recto, de mano firme y visión de largo plazo, decidió corregir el entuerto enseguida. Esa noche, como muchas otras, me contó una historia; pero no para dormir. Esa noche no fue Tío Conejo el personaje, sino un niño. Cuenta la historia que el niño había ido al jardín de la infancia esa mañana, y viendo unos juguetes que le gustaron, los tomó. Estos juguetes no eran de él. Sin embargo, me contaba mi padre, lo que hizo el niño era malo. Incluso hay una palabra para eso: robar. Robar es muy malo. Por eso, Dios castigó al niño, enviándolo a un caldero gigante y caliente, muy caliente.

Aunque mi padre notó que ya había yo empezado a llorar, se hizo el desentendido y siguió contándome en detalle cómo se achicharraba el niño en el caldero, junto con otros niños que habían hecho otras cosas malas. Mi padre cuenta las historias como nadie. Luego de un rato me preguntó porqué lloraba. Le conté todo. Él me consoló diciendo que yo no era malo, y que si devolvía los bloques al día siguiente y no lo volvía a hacer, todo estaría bien. Así fue.

Parafraseando lo que dijese el dictador Fidel Castro sobre el niño balsero Elián, lloré cinco minutos para no llorar toda la vida.

Ese es el mayor regalo que me ha dado mi padre. Ese discurso, esa noche, ese sentimiento (era un niño apenas) de lo que es bueno y lo que es malo, son imborrables y marcaron para siempre el rumbo de mi vida.

Mi madre me parió varón. Mi padre me formó como hombre. Como el metal que se saca del fuego es forjado en una forma permanente, así mi padre, orfebre de mi carácter, me forjó desde temprano, sin saberlo yo siquiera. Con el tiempo, cristalizó en mi mente ese principio de hacer el bien, el cual se convirtió en columna vertebral de mi moral.

A esta edad, aunque ya no me espanta el caldero, sigo mirando hacia aquel norte, por puro placer.

2002

LA FICCIÓN COMO META

En una de las escenas más poderosas de su obra cumbre, Melville describe a un tiburón que, herido de muerte y enloquecido por la sangre de una ballena, devora sus propias vísceras repetidamente. El infinito es representado por una serpiente que se muerde la cola, un círculo y una cinta de Moebius que, al recorrerla, nos lleva de vuelta al mismo punto.

La misma fuerza de estas imágenes, del ente que se alimenta de su propia entraña, cerrando el ciclo de la vida en un vórtice final que es también un comienzo, se encuentra en el fondo del libro de Jaramillo Levi titulado *En un instante y otras eternidades*, que mereció el Premio Miró de Cuento en 2005.

Describir esta obra como metaficcional es cometer un error de profundidad: la metaficción creó este libro. En las primeras páginas da a luz a su imagen y se mira en el espejo de sus propios ojos. Luego comienza la ejecución de una secuencia de permutaciones y combinaciones que agotan todas las variantes dimensionales de la metaficción, del texto que se autoalimenta.

En algún cuento, el personaje se convierte en lector; en el siguiente, es el lector quien se transmuta en personaje. Luego el pasado se trueca en futuro, la fantasía en realidad, el amor en odio, lo cotidiano en lo ridículo, la víctima en asesino, la vida en muerte, el sueño en vigilia, y así infinitamente.

Luego el proceso se repite a la inversa. El ciclo narrativo se agiganta desde dentro, aún en los textos más diminutos

en extensión, y nos envuelve y nos devora a nosotros también. En el interior, apreciamos — como en los fractales — que la complejidad no cesa.

Si alguna vez un libro fue escrito para escritores, éste lo es. Sólo un escritor aprecia la magia completa, porque contemplando al conejo escondido en el sombrero, y anticipando el truco que cree conocer, al final se percata de que el sombrero se convierte en abismo y el conejo en luz, y que la magia se ha operado a sí misma en nuestras narices y nos mira sonriendo.

El lector que también sea escritor, sentirá este libro más fuerte, más suyo, porque aún viendo el mecanismo no lo agota, y aún presintiendo la sorpresa se sorprende. Jaramillo Levi consigue así su objetivo sin esfuerzo aparente. La ficción es su meta, y la metaficción no es más que el medio.

Porque la ficción que él busca y encuentra en sus textos no es la que se escribe o la que se lee, se reseña y antologa. Es la que se respira, la que se siente palpar en la sien cuando la pluma ha reflejado en el papel un destello que segundos antes vivió en la mente, y aún antes existió en algún lugar secreto, embrión de idea, tiburón herido de muerte, hambriento y frenético, que se devora a sí mismo en el espejo del agua.

2006

Nota: De esta reseña dijo Jaramillo Levi lo siguiente: «De veras, eres la persona, hasta el momento, que mejor ha captado la entraña misma de la obra, su sentido, su halo raigal. Tus juicios son no sólo certeros sino muy exactos, en algo tan escabullible y proteico como lo es la siempre esquiva Literatura. (...) A mi juicio —prejuiciado, sin duda, pero en busca siempre de una mínima objetividad—, en cada frase das en el clavo, ilustras la trayectoria del martillo, lo haces sentir en cada golpe certero».

REQUIEM POR MIS CUTARRAS

Ayer perdí mis cutarras en la playa de Guararé.

Estrictamente hablando, no las perdí, pues recuerdo perfectamente dónde las dejé. No suelo recordar dónde dejo las cosas. De hecho, tengo la extraordinaria facultad de hacer desaparecer mi cartera cada vez que la saco de mi bolsillo, don que me hace desperdiciar diariamente un cuarto de hora tratando de localizarla en mi casa desordenada. El caso de las cutarras es diferente, pues recuerdo nítidamente el lugar en dónde las dejé reposando para irme a jugar fútbol con mis amigos.

Puesto que no las perdí, debería decir que ayer alguien tomó mis cutarras prestadas sin mi permiso y sin fecha de devolución. No lo catalogo como robo. No puedo hacerlo ni quiero hacerlo. Robo es una palabra fuerte, fea: es un pecado capital. Mis cutarras, siendo tan inocentes y cándidas, no pueden estar siquiera involucradas en un acto así de vil. De hecho, no considero que haya sido un robo, y por lo tanto no guardo rencor alguno a quien las tomó. ¡Incluso, es comprensible! No puedo culpar a un pobre cristiano por haber sucumbido a la abrumadora tentación de tomar en sus manos mis lindas cutarras, de acariciar entre sus dedos esas tiras suaves de noble cuero, de probárselas en sus pies, y de irse luego caminando por la playa calzado con ellas, complacido, llevándose de paso, la franela blanca que yacía sobre las cutarras, protegiendo del sol su suela resquebrajada y sus correas aterciopeladas.

Esas cutarras tienen su historia. Fueron hechas con exquisito cuidado por las manos laboriosas de Yeyo, el mejor

zapatero que jamás ha vivido en La Heroica Villa. Fue un gran amigo de mi padre desde la infancia, y poseía un carisma especial, pues era muy jovial, práctico e ingenioso. Accedió a hacerme un par de cutarras bajo expresa solicitud mía. Nunca antes había hecho cutarras. Su especialidad eran los zapatos. El primer par de cutarras que me confeccionó fue demasiado pequeño para mi talla, por lo que mi hermana Eka las recibió en herencia. El segundo par me sentó a la perfección. Eso fue hace mucho, al menos 6 años. Algunos años después de haberlas hecho, el buen Yeyo murió. Sus cutarras siguieron vistiendo mis pies, y abrigando el orgullo que mi corazón siente por esta tierra, durante mucho tiempo más. Soportaron junto a mí lluvias, lodos, arenas y asfaltos, cubriendo mis plantas, altaneras en su belleza simple, natural.

Hoy han desaparecido. Mis pies están de luto, añorando su suavidad, su entalle perfecto. Mi callado anhelo es que ese alguien que las haya tomado en la playa sepa valorar en su justo precio esas pequeñas joyas de cuero.

Probablemente fabrique pronto un nuevo par con mis propias manos. Quiero tener un par de cutarras que ponerme cuando se me inflama el sentimiento de patria. Pero estas nuevas cutarras tendrán su propia historia. Y nunca reemplazarán a las mejores que he tenido y que jamás tendré: esas que Yeyo tejió con paciencia, como legado último para mi corazón de niño.

1998

LA MUERTE DEL TAMBORERO

Murió Mecho. Hace dos noches se nos fue el viejo. Lo mató la vida: el sol, el aire, el mar, el amor. Algo hay en la muerte (sin duda, la sensación contundente de un hito alcanzado) que nos mueve a reflexionar sobre los que se van. ¡Qué muerte dulce es esa suya! Morir tras haber vivido intensamente. En una casa sencilla vivía sencillamente. Tenía algún trabajo en alguna parte, pero su vocación era vivir. Hacía vejigas de puerco para los diablicos sucios del Corpus Christi en La Villa, preparaba gallos en las artes de la guerra, y confeccionaba tambores.

Sus manos, curtidas, curtían la piel del venado, dejándola secar al sol, afeitándole el pelambre reacio. Cavaban con el machete el tronco teso, hasta encontrar en el alma del árbol el cuerpo cilíndrico del tambor. Entonces, con sogas y cuñas, templaba la membrana sobre la boca hueca hasta el punto exacto de afinación. Barnizada la madera, hirsuto el cinto, parecía el tambor terminado un cañón de paz, el símbolo de un Punto eternizado en la semilla, el gesto del campesino santeño, presto para el trabajo y para la fiesta. Cada uno de sus tambores era una cifra de su autor, era Mecho hecho de palo y cuero.

Se le llama tamborero al que toca, al que alegra al gentío con sus nortes y corridos, a la cabeza de una tuna, en la madrugada de Carnaval. Pero también es tamborero el que fabrica el instrumento años antes, el que concibe, diseña, produce y pone a prueba a cada tambor como a un hijo. El artesano es el primer artista. A Mecho le gustaba la música al punto de decir que quien no gusta de ella está muerto.

Ahora que él lo está, seguirá viviendo en el retumbar del tímpano, en el puje y repique, en la febril vibración del venado sobre el tronco.

Tres artes, viejas como el hombre mismo, nos resultan todavía mágicas: curar, enseñar y hacer música. El tambor es posiblemente el instrumento musical más antiguo. Dícese que todas las grandes obras de la música contienen un ritmo que emula el latido del corazón humano, y que por ello apelan a nuestro instinto y nos hacen sentir vivos. El tambor es el vehículo más sencillo del ritmo. Basta uno, junto a una botella de seco, para formar una fiesta bajo la luna estival. ¿En qué cultura, en qué civilización no ha existido algún tambor característico de dicho pueblo? Detrás de cada uno está el tamborero que lo creó. Sus manos, como las del curandero y las del maestro, encierran un misterio primitivo, una magia primordial, y nos llaman a despertar, a ver el mundo, a vivir.

Mecho, viejo amigo, te has muerto, y no me lo creo. Te velaron con hierba de limón, pan y queso. Te lloraron, te enterraron. Ahora, mientras tu cuerpo se pudre, rezan a Dios el rosario interminable para que perdone tus pecados. ¿Qué pecados, compadre, si tú eras santo? Te santificaron tus manos, por cada tambor que construiste para hacerte eterno. Fuiste todos los hombres, y a la vez fuiste único. Ahora que no estás, ¿quién te reemplazará?

2006

CHIQUI

Yo tengo un amigo, a quien quiero como a un hermano. Estrechos lazos unen a su hogar con el mío. Su madre es un alma buena. Su padre es mi amigo y uno de los mejores profesores que he tenido jamás, y me quiere casi como a un hijo. Yo lo quiero casi como a un padre.

Mi amigo se llama Rubén Darío, pero le decimos Chiqui para distinguirlo del papá. ¡Es un muchacho genial! Cada día hace algo interesante, distinto. Parece tener mil aficiones y una energía sin fin. Lo conocí cuando su padre me entrenaba para las Olimpiadas de Física. Chiqui jugaba con mi calculadora, y miraba todas las figuras y problemas de los libros, con interés y vivacidad.

Conocí su talento años después, cuando me prestó algunos cuentos que él estaba escribiendo, sobre las aventuras submarinas de un equipo de exploradores. Tendría unos trece o catorce años. Meses después me mostró unos dibujos que había hecho a lápiz. Tenían trazos fuertes, intrépidos. En otra ocasión pude oírlo tocar su guitarra eléctrica. Aprendiendo piezas de oído, desde Vivaldi hasta Santana, se había hecho un repertorio de lo más variado.

Hace dos años me dijeron que tenía cáncer. Tendría quince años. Desde entonces, apoyado en las dos columnas inamovibles en las cuales se convirtieron sus padres, luchó por su vida como un hombre, como un valiente. Sólo Dios pudo haber sostenido a esa familia durante estos dos años de angustia. Nunca se rindieron. La última vez que lo vi, estaba agotado, flaco y pálido, con los labios resecos pero

sonrientes. Su guitarra eléctrica yacía muda al lado de su cama.

Hoy murió.

Yo tengo un amigo. Mientras camino por la vida, no sé a ciencia cierta dónde estoy ni hacia dónde voy. Sin embargo, sé dónde está mi amigo ahora. El poeta Friedrich Schiller, en su obra *Wilhelm Tell*, nos brinda una bella metáfora sobre la confianza en el amor paterno. El pequeño Walt, hijo del ballestero prodigioso, es condenado por un gobernante déspota a colocarse una manzana en la cabeza a cien yardas de distancia, como blanco para una flecha de su padre. La familia y los presentes ruegan al tirano perdonar la vida del inocente; el padre llega a suplicar su propia muerte a cambio de la vida de su hijo. Sólo el niño, impávido, valiente, anima al padre y desafía al que lo ha condenado: «Dígame, ¿dónde me pararé? Yo no temo». Y agrega: «¿Creéis que temo a una flecha lanzada por la mano de mi padre? ¡No yo!» Va corriendo hasta el árbol lejano y, colocándose la manzana en la cabeza, grita: «¡Dispara, padre, dispara! ¡No temas!» Y espera el tiro con los ojos abiertos, parado firmemente. Tras un minuto de angustia, el padre tembloroso lanza una flecha en un tiro imposible, atravesando el corazón de la manzana. El niño, estoico en la victoria como lo fue en la prueba, regresa corriendo hasta donde su padre yace de rodillas, y con una sonrisa en los labios le entrega la manzana, diciéndole: «¡Aquí está la manzana, padre! Bien sabía yo que tú no dañarías a tu niño».

¿Quién puede entender el misterio de la vida? Ese abismo infinito que amanece en el amor y anochece en la muerte hacia un día eterno... El hijo amoroso confía en la mano de su Padre, y espera el tiro con los ojos abiertos. Sólo a aquel que ya ha atravesado la vida, le es develado su significado,

enigma último del hombre desde el inicio de los siglos. Al otro lado, a la Luz, se descifra el objetivo de la prueba, y se devela el porqué de la manzana en la cabeza y de la flecha que vuela presurosa.

Yo tengo un amigo. Él está ahora, sonriente, abrazando a nuestro Padre, entregándole su cuerpo atravesado por la flecha de la enfermedad, y diciéndole feliz: «¡Aquí está mi cuerpo, padre! Bien sabía yo que tú no dañarías a tu niño». La prueba ha terminado.

2001

LA PROCESIÓN DEL SILENCIO

A mi padre

Ayer era un niño y caminaba de la mano de mi padre, junto a mi abuelo y una multitud de otros hombres, la procesión del silencio, la procesión de los hombres. El rumor de nuestros pasos sobre el asfalto y el repicar esporádico del tambor romano eran los únicos sonidos en la noche. Callábamos y marchábamos. Frente a nosotros, con los ojos vendados, las manos atadas y la frente sangrante, iba la imagen de Jesús, el Cristo. Tieso, púrpura y dorado—rodeado de flores, con el gesto eterno de agonía petrificado en su estoico rostro de yeso—, también él callaba. Yo no entendía entonces el porqué de ese silencio. Sólo seguía marchando.

Hace dos milenios nos escogiste entre todos los hombres. Nos enseñaste en el monte que tu camino es la verdad de la vida. Estaba muerto y me resucitaste. Estaba enfermo y me curaste. Estaba ciego y abriste mis ojos. Viniste hasta mí caminando sobre el mar de mis lágrimas, calmaste la tormenta de mi espíritu, y con tu voz sacaste a mi corazón de su tumba. Durante tres años caminamos tras de ti, aunque tal vez no contigo, hasta que llegó aquella noche en que nos pediste que veláramos, Señor, una hora solamente. Pero nos hallaste dormidos. «El espíritu está presto—nos dijiste—pero la carne es débil». Nosotros callamos, porque sabíamos, en la íntima vergüenza de nuestro pecho, que nuestro espíritu no estaba aún presto para enfrentar como hombres esta hora amarga. Por miedo te traicionamos, Señor, aunque juramos defenderte; por miedo te negamos tres veces antes del canto del gallo. Y preferimos salvar a Barrabás antes que

a ti, te acusamos falsamente y te crucificamos entre ladrones.

Hoy soy un hombre y camino esta noche, Jueves Santo, bajo las estrellas y la luna llena que nos miran, desde el infinito enlutado, en silencio. Camino al lado de mi padre; ya mi abuelo partió hacia tu gloria. La angostura de las calles de la Heroica Villa, las tejas enmohecidas, los labios sellados y los ojos piadosos de las mujeres son los únicos testigos de nuestra marcha penosa. Delante de nosotros va en silencio, bamboleándose sobre el anda de madera, la imagen del Cristo. Marchamos tras de ti esta noche, veinte siglos después de nuestra traición. Una era ha pasado, Señor, y aún marchamos para expiar el pecado de nuestra cobardía de aquella noche, el pecado original de los hombres.

Perdónanos, Señor, pues aún hoy pecamos contra ti. Porque sobre esta piedra levantamos tu iglesia, pero manchada de sangre, con tronco hueco y mil ramas torcidas. Porque aún dormimos mientras tú velas y ruegas por nosotros. Porque no entendimos tu mensaje santo, ni llevamos a la acción la letra. Porque por treinta monedas te vendemos cada día. Porque nuestra carne sigue siendo débil, y nuestro espíritu aún no está presto. Porque seguimos sacando nuestra espada y cortando la oreja del inocente, sin poner la otra mejilla, sin amarlo como a nosotros mismos. Porque esta misma madrugada te negamos mil veces antes del canto del primer gallo. Porque esta misma tarde te crucificamos otra vez entre ladrones. Porque tu voz sigue siendo semilla que cae sobre la piedra de nuestros corazones, entre las espinas de nuestro egoísmo, y se ahoga sin dar frutos.

Perdónanos, Señor, pues aún hoy te traicionamos. Porque hoy te vemos hambriento en cada semáforo, al otro lado de la ventana, con tu mano abierta extendida hacia nosotros,

rogando por comida, y te ignoramos. Porque hoy te encontramos enfermo, echado en la puerta del templo, vestido como mendigo, y no nos mueve tu dolor. Porque infinitas veces has vuelto, como lo prometiste, en la forma de un niño o una niña, pero te dejamos morir de hambre, de frío, de enfermedades curables, bajo las estúpidas bombas inteligentes, sin agua, sin padre, sin escuela, sin derechos. No te reconocemos...

Mañana seré un anciano y caminaré nuevamente en silencio. Tal vez mi padre ya no estará conmigo, y andaré con paso vacilante aferrado a la mano firme de mi hijo. O tal vez seré yo quien no esté más en este mundo. De cualquier forma, en cuerpo o en espíritu, todos caminaremos juntos. Y nuestra madre, esposa y hermana nos mirarán callando desde la acera, con ojos piadosos, sabiendo que caminamos por la expiación de nuestro pecado infinito, que empezó hace dos mil años, que no ha terminado aún y que no podremos purgar aunque caminemos contigo este vía crucis, como hombres y en silencio, hasta el límite de la tierra, hasta el final del tiempo.

2001

LA LUNA DE GUANAHANÍ

Resulta en extremo interesante descubrir cómo afectó la luz de la Luna a don Cristóbal Colón en sus viajes. La primera intervención de nuestro satélite en los planes del Almirante debió ser el 5 de octubre de 1492, día de luna llena, cuando tuvo lugar un eclipse lunar perfectamente visible en la región del Atlántico que Cristóbal Colón navegaba por esos días. Bien conocían aquellos marineros que—según el libro del Apocalipsis—el día del fin del mundo sería precedido por un cambio de color en la Luna: ésta se tornaría roja. Durante un eclipse lunar la Luna se torna cobriza. Cristóbal Colón, como todo hombre culto de su tiempo, sabía que la Tierra era redonda. Pero los marineros que iban con él estaban convencidos de que viajaban hacia el desfiladero del fin del mundo; muchos de ellos eran prisioneros ignorantes que habían aceptado realizar el viaje a cambio de su libertad. No es de extrañar que la Luna enrojecida, aquel signo del final de los tiempos, les hubiera atemorizado aún más. En consecuencia, el día siguiente, sábado 6 de octubre de 1492, los marineros vascos de la nao Santa María se amotinaron, arguyendo que Colón los llevaba hacia una muerte segura. El temor de los españoles por aquel eclipse estuvo a punto de acabar con el viaje de Colón.

Ese fue uno de los dos amotinamientos que Colón sufrió en los últimos días de navegación, poco antes de llegar a América; a pesar de encontrar hierbas y pájaros (señal de tierra cercana), no logró convencer a sus hombres recelosos de seguir adelante más tiempo. Les prometió que, si no avistaban tierra en los dos días siguientes, regresarían a España.

Esto representaría para Colón echar por la borda sus esfuerzos y desvelos de muchos años. La tarde del jueves 11 de octubre de 1492, Cristóbal Colón mandó reforzar la vigilancia del horizonte, desesperado por avistar tierra. Él mismo escrutaba en persona el horizonte, y tal era su angustia que hacia las diez de la noche creyó ver unas fogatas hechas en tierra, lo que ahora parece imposible pues aún estaba a más de 50 kilómetros de la costa. Si no avistaban tierra esa noche o el día siguiente, tendría que dar la vuelta y abandonarlo todo. Es en estos momentos cuando la luz de la Luna vuelve a jugar un papel principal, esta vez como protagonista en el primer avistamiento de las costas de América. Rodrigo de Triana, a bordo de la carabela Pinta, pudo avistar la costa gracias a que la Luna, que estaba aún bastante llena, le iluminaba desde popa (los objetos se ven mejor cuando la iluminación viene de espaldas al observador). En el momento del avistamiento, o sea a las 2:00 AM del viernes 12 de octubre de 1492, la Luna estaba directamente sobre el Este (a 46 grados de altura) y el barco viajaba rumbo Oeste-cuarto-Sudoeste. La Luna brillaba entonces en un 60 por ciento de su fase, y menguaba. Se había elevado sobre el horizonte el 11 de octubre a las 10:23 PM, cuando Cristóbal Colón buscaba con angustia alguna señal de tierra sobre el horizonte; y se ocultó el 12 de octubre a las 11:53 AM, cuando el Almirante bajaba a tierra a tomar posesión del territorio en nombre de los Reyes Católicos. (Para conocer estos datos sobre la Luna basta tener la fecha exacta y las coordenadas del observador. La Isla de Guanahaní, bautizada por Colón como San Salvador, y rebautizada luego como Watling, se encuentra a 24°03' Norte y 74°28' Oeste.)

Irónicamente, gracias a un eclipse lunar posterior, el Almirante Colón obtendría la cooperación, el respeto y una

gran ayuda en alimentos de parte de los indígenas. Colón y su tripulación se encontraban en Jamaica, durante el cuarto viaje a América. El trayecto había sido accidentado, y los españoles hambrientos esperaban una ayuda de la Corona que parecía no llegar nunca. Era el 29 de febrero de 1504 (año bisiesto), día de luna llena. Colón, escarmentado por sus experiencias anteriores, se mantendría informado sobre los eclipses venideros, y decidió sacarle provecho al eclipse que él sabía se daría esa noche. Recordemos el carácter divino adjudicado a la Luna en múltiples culturas primitivas. Don Cristóbal urdió un astuto plan para obtener alimentos para sus debilitados hombres. Cortésmente solicitó alimentos a los indígenas, y como ellos se negaran, les amenazó con quitarles la luz de la Luna. Ellos, por supuesto, no le creyeron. El Almirante sólo tuvo que esperar a que anocheciera. A las 7:40 PM la Luna, completamente eclipsada, lucía aterradoramente oscura. Poco después los espantados indígenas de Jamaica se hincaron a los pies de Colón ofreciéndole alimento para todos sus hombres y su apoyo permanente, rogándole que a cambio les devolviera la luz de la Luna. Colón aceptó encantado. Cuando la Luna salió de la sombra de la Tierra, poco después, y volvió a lucir llena, la figura de Colón se consolidó entre aquellos indígenas como la de un poderosísimo brujo, capaz de apagar y encender la Luna a voluntad.

1996

DISCURSOS

DISCURSO DE FONDO EN LA HEROICA VILLA

El presente es el texto de referencia preparado por el autor para su discurso como orador de fondo y abanderado cívico en el acto conmemorativo del 435 aniversario de la fundación de la Heroica Villa de Los Santos.

*«Esta es el alma de la patria:
su voluntad, su entendimiento y su memoria»*

Francisco Luis Bernárdez

Buenos días.

Deseo expresar mi saludo fraternal a las personalidades presentes, a los estudiantes y al público que nos acompaña esta mañana. Agradezco a todos vuestra presencia en este acto cívico. Agradezco, también, en nombre de todos los santeños, los esfuerzos del Comité de Festejos del 1ro de Noviembre de 2004, el cual merece nuestro aprecio por haber logrado, con escasísimos recursos, conmemorar con gran dignidad esta fecha noble de nuestro calendario patrio, injustamente menospreciada en el pasado.

Medité largamente, buscando la mejor manera de honrar en mi discurso la singularidad de mi pueblo querido. Sentí que podría enfocarlo en una de tres vertientes básicas: primeramente, podría rellenar el tiempo que se me había asignado con ripios altisonantes, como es tradición en estas fechas; en segundo lugar, podría utilizarlo como vehículo para comunicar a nuestros gobernantes las necesidades urgentes de nuestra ciudad, protesta que por obvia sería redundante; y tercero, podría hacer un muy necesario repaso de la historia que hay detrás de esta fecha.

Me decidí por esta tercera opción, movido por el sentido de la urgencia. Vino a justificar mi decisión la máxima plan-

teada por el profesor Milcíades Pinzón: «la Villa es la capital histórica de Azuero». ¿Cuántos de nuestros estudiantes, si les preguntáramos en este momento, sabrían explicar por qué es cierta esta frase irrefutable? Si la historia propia tiene tan trascendental importancia para nosotros, ¿por qué ignoramos los detalles fundamentales de nuestro pasado?

Información incompleta, confusa o ausente ha causado que muchas imprecisiones se plasmen en los libros de texto, las cuales se siguen repitiendo aún tras haber sido desmentidas por información descubierta hace décadas en los Archivos de Indias y otras fuentes. Por ello la verdad debe ser dicha y defendida: es imperativo repetirla en cada oportunidad, y desmentir las falacias arraigadas en el magro saber del pueblo, hasta dar lustre a la historia hidalga de nuestro terruño. ¿Por qué se fundó la Villa de Los Santos? ¿Por qué se llama *Villa* y no *Ciudad*? ¿Por qué *de Los Santos*? ¿Por qué *Heroica*? Para responder a estas preguntas ineludibles, presento a continuación un sucinto repaso a la historia de la fecha que hoy conmemoramos, posible gracias a la magnífica obra de Don Alfredo Castellero Calvo. Veamos.

En el siglo dieciséis, la función explícita de las ciudades españolas en el Istmo era aglutinar en torno a sí las actividades religiosas, económicas, sociales y políticas de una región colonizada. La creación de cada nueva ciudad española era tarea exclusiva de las autoridades de la Corona en Tierra Firme, y respondía a una planificación cuidadosa. Su ubicación se elegía meticulosamente, en base a consideraciones estratégicas. Su función se definía desde el principio, y estaba implícita en la razón de su creación: unas servían para la defensa del territorio, otras para el abastecimiento de alimentos a poblados cercanos o proyectos específicos tales como la minería o exploración, otras más para asegurar una

salida al mar, etc. El acto de fundación de estas ciudades no duraba más que unas horas, y su poblamiento se hacía en cuestión de días, casi de la noche a la mañana. Así se fundaron, en base a estrictos criterios de planificación, las ciudades de Panamá, Nombre de Dios, Santiago, Remedios, Montijo, Alanje, Concepción, Natá, La Filipina, Santa Fe y Portobelo. La excepción a la regla fue, por supuesto, la ciudad de Los Santos. Nació del impulso de sus fundadores (no de una iniciativa oficial) tras dieciséis años de migración, sin formalidades y sin licencias, pasando por alto la autoridad que tenía Natá en esta parte de Tierra Firme.

Estos fundadores habían sido antaño natariegos. La ciudad de Natá fue erigida en el año de 1522 por el vil Pedrarias Dávila, para servir como frente en la lucha de la Corona contra los valientes indios de Veragua, que en ese entonces era territorio hostil. La economía de Natá floreció durante un tercio de siglo gracias a la esclavitud de los indios. En 1519, a través del eufemístico nombre de «Encomienda indígena», el déspota Pedrarias (que Dios lo tenga a fuego lento) condenó a millares de nativos a una vida de trabajos forzados para el beneficio de los españoles, a cambio del derecho a ser bautizados y a oír misa. Sin embargo, gracias a la ferviente defensa que de los derechos de los indios hicieron algunos hombres de ética (principalmente sacerdotes excepcionales), la Corona emite en 1551 la Provisión de Cigales, eliminando la funesta figura de la Encomienda en Tierra Firme, ordenando la liberación y reubicación de los indios, y desencadenando de paso y sin quererlo el ocaso de Natá como emporio urbano.

Se hizo necesario reubicar a los indios recién libertados en comunidades propias, cuya lejanía garantizase el cumplimiento del decreto abolicionista. Se crearon tres asenta-

mientos exclusivos para los indígenas: Santa Cruz de Cubita, Santa Helena de Parita y Santiago de Olá. Santa Cruz de Cubita fue fundada, posiblemente el 3 de mayo de 1558, por el Gobernador Juan Ruiz de Monjarraz y fray Pedro de Santa María, a orillas del río llamado en ese entonces Cubita (que actualmente conocemos como Río La Villa), posiblemente a tres kilómetros del lugar donde doce años después se fundaría la ciudad de Los Santos, aunque en la ribera opuesta.

En este punto deseo ratificar la corrección que hace treinta y cinco años atrás hiciese el historiador Alfredo Castellero Calvo de un error muy difundido sobre el origen de nuestro pueblo. Es falso que Los Santos se originó en Santa Cruz de Cubita: múltiples documentos de la época permiten hacer la distinción entre ambas. El asentamiento indígena de Santa Cruz de Cubita duró apenas dos décadas: se especula que algunos de sus pobladores migraron a pueblos hispánicos cercanos, buscando trabajo con los colonos, mientras que otros se fusionaron con la población del asentamiento indígena de Parita. Quede claro, entonces, que Santa Cruz de Cubita y Los Santos fueron poblaciones distintas en su ubicación, fecha de fundación, componente étnico y longevidad: nunca fueron el mismo pueblo.

Aún peor: el invento reciente de que Santa Cruz de Cubita se convirtió luego en Chitré, y de que por lo tanto Chitré es anterior a Los Santos, carece en tal grado de fundamento que se hace innecesario refutarlo en el ámbito de los conocedores de la historia. Con la verdad no se debe jugar: es irresponsable propagar esta mentira, por lo que nos vemos movidos a desenmascararla de frente y en público, para que la repetición necia no le dé visos de hecho histórico. La innovadora ciudad de Chitré se originó muy posteriormente

como un apéndice de La Villa de Los Santos; apéndice que crece y progresa hasta el punto en que adquiere una identidad propia, distinta a la santeña. El mérito de Chitré no es ser la primera ciudad de Azuero (pues ese honor pertenece a Los Santos), sino el haber sido la primera ciudad en Azuero en desarrollar una economía próspera de manera sostenible.

Ante la Provisión de Cigales, el alcalde de Natá, Sancho Clavijo, envía a un procurador al Consejo de Indias de Madrid para suplicar a la Corona que restituya la esclavitud indígena en Natá con el fin de evitar su declive económico. Mientras algunos natariegos esperaban con ansia, estancados en su pueblo, una vuelta a la esclavitud que no se daría jamás para Natá, otros pobladores más lúcidos y aventureros (tal vez intuyendo que aquel injusto modo de vida había llegado a su fin) deciden abandonar su ciudad buscando nuevas oportunidades en las fértiles tierras de lo que hoy llamamos Azuero. A ellos se unirían luego soldados españoles desertores, sin vocación bélica, que se habían enrolado en el ejército, supuestamente para combatir en la guerra araucana en Chile, pero con el único y callado propósito de cruzar a América buscando un mejor futuro.

El poblamiento de la península de Azuero, es decir el establecimiento de casas y fincas aisladas por parte de estos aventureros, es relativamente lento: comienza en la vecindad de 1553 y prosigue durante más de una década. Vivían distantes entre sí, y por supuesto lejos de Natá, para mantenerse fuera de su órbita tributaria: libres de impuestos municipales y diezmos gravosos, podían cubrir mejor sus necesidades en esos tiempos de escasez. Pero la fortuna mejora para los azuerenses gracias a consecuencias inesperadas de una iniciativa natariega. Las gestiones de Natá ante la Corona consiguieron la licencia para explorar la todavía virgen

provincia de Veragua. Como resultado de estas exploraciones, se fundó la ciudad minera de Concepción, la cual los natariegos no pudieron explotar por falta de recursos económicos. Los beneficios directos de la explotación fueron a manos de los pobladores de Panamá y Nombre de Dios, que poseían esclavos negros empleados en estos oficios mineros. Nótese que la esclavitud en sí todavía no había sido abolida, pues un porcentaje de la raza negra seguía siendo explotado.

Concepción se convierte en un mercado potencial para los granos y reses de los productores esparcidos a través de la península de Azuero. En efecto, el comercio con la ciudad minera mejora la situación económica de los azuerenses. Envalentonados por la prosperidad, y cansados de las abusivas multas pecuniarias que la alcaldía de Natá les imponía arbitrariamente como una manera de sangrar los beneficios del trabajo ajeno, estos pobladores dispersos de Azuero deciden romper sus vínculos con aquella ciudad y fundar una nueva con gobierno propio. Erigida el 1ro de noviembre de 1569, a orillas del río Cubita, la ciudad de Los Santos recibe su nombre, como era tradición, por la fecha en que se le fundó, que en el santoral corresponde al Día de Todos Los Santos.

Desde la perspectiva natariega, la fundación de la Villa de Los Santos fue ilegal. Los fundadores no tenían permiso de la Corona, de la Audiencia de Panamá, o de la Alcaldía de Natá. Sin embargo, este grupo de valientes decidió fundar su ciudad soñada, sabiendo que su acción sería considerada una afrenta contra la autoridad de Natá y que les traería repercusiones serias. ¿Por qué lo hicieron? Es decir, ¿por qué contrariaron a la autoridad, arriesgando sus vidas y sus haciendas? Simplemente porque sabían que la causa era

justa y que la autoridad, en este caso, estaba equivocada: lo correcto era fundar una nueva ciudad en la península, para que sus pobladores pudiesen gobernar su propio destino, y disfrutar del fruto de su propio trabajo. Eso había que hacer, y eso hicieron los santeños.

Cuando las autoridades de Natá se enteran de la fundación de Los Santos, al día siguiente, deciden oponerse con todas sus fuerzas a la existencia de lo que consideraban una ciudad ilegítima y una amenaza para su hegemonía. Aunque la excusa fue la defensa de la majestad del Rey, la razón de la oposición natariega era otra: sus intereses económicos se veían directamente afectados por la fundación de la nueva ciudad. Si Los Santos existía como ciudad independiente, Natá dejaría de recibir el pago de impuestos y diezmos de todos los productores del área enorme que hoy conocemos como Azuero. Perdían ingresos económicos y perdían poder político. Por ello el Alcalde Ordinario de Natá, Rodrigo de Zúñiga, encabeza una avanzada militar contra los santeños. Alrededor del cinco de noviembre se da un encuentro entre los bandos rivales en las márgenes de la Quebrada de Rabelo, llamada así desde ese entonces, seguramente por ser propiedad de uno de los fundadores de Los Santos: Ambrosio Rabelo.

Ambos bandos estaban armados, pero los natariegos excedían en número y armas a los santeños. El encuentro no degeneró en batalla, sino en un intercambio de frases. A varios de los fundadores de Los Santos se les apresa y se les lleva a Natá, y las casas santeñas son destruidas. Zúñiga condena a diez años de destierro a varios fundadores, pero a su cabecilla, al líder del grupo fundador y primer alcalde de la ciudad de Los Santos, Francisco Gutiérrez, se le condena a la horca. Para defenderle de morir de forma tan miserable,

sus compañeros apelan la condena del Alcalde ante la Audiencia de Panamá. Tras dos años de prisión, Francisco Gutiérrez escucha el fallo de la Audiencia: se rechaza por impropio su condena a muerte, pero se le obliga a cuatro años de destierro a él, y a dos años a otros detenidos, contados a partir de esa fecha, a pesar de que ya habían purgado dos años de prisión por el único pecado de buscar su libertad.

A Francisco Gutiérrez todavía no se le ha hecho justicia. Permítanme repetir su nombre, para que nunca lo olvidemos: Francisco Gutiérrez. ¿Cuántas escuelas y calles llevan su nombre? Francisco Gutiérrez. ¿Cuántos monumentos han sido erigidos en su memoria? Francisco Gutiérrez tuvo una visión: fundar un pueblo de valientes en el corazón de la península, donde los brazos que quisieran trabajar para ganar el pan propio serían bienvenidos, sin recurrir a la esclavitud de los indígenas, respetando la dignidad de los hombres y su derecho irrenunciable a la libertad. Su visión casi le cuesta la vida: pagó con varios años de destierro y con la pérdida de toda su hacienda la osadía de fundar a nuestro pueblo libre, que luego sería heroico. Ahora este mismo pueblo no le recuerda, tal vez por desconocimiento. La verdad es que Los Santos, Azuero y Panamá no serían hoy lo que son si no fuese por Francisco Gutiérrez, verdadero héroe santeño, hombre de visión y liderazgo, que hizo más por nuestra región que Bolívar, Bastidas y Colón juntos. A falta de una imagen, al menos su nombre debería aparecer en la lista de alcaldes de esta heroica ciudad como el primero y más trascendente de todos, pues él le fundó a un altísimo costo, según la imagen de su gran sueño.

La oposición natariega a la existencia de Los Santos toma luego la forma de una prolongada disputa legal que se

ventila en la Audiencia de Panamá. En este punto, representantes de la Corona inspeccionan el sitio escogido por los fundadores santeños y concluyen, para vergüenza de los natariegos, que el sitio es óptimo y la idea fundacional es acertada. La justificación para hacer una ciudad adicional— y hacerla en ese sitio— queda entonces claramente establecida. Así se reivindica la decisión, valiente aunque temeraria, de los impetuosos fundadores santeños. Para complacer a ambas partes, es decir a natariegos y santeños, la Corona decidió reconocer la existencia de la población de Los Santos, pero no con el alto título de *Ciudad* (como lo tenía Natá), sino con el menguado título de *Villa*. De ahí que nuestro pueblo se llame todavía hoy la Villa de Los Santos, como un airado desafío a la monarquía española y a todo lo que ella representó para nuestro caserío incipiente en aquella época embrionaria. Irónicamente, esta «Villa» llegó a ser más adelante, en la cúspide de su importancia demográfica, la segunda ciudad en tamaño y relevancia económica en todo el Istmo, superada solamente por la ciudad de Panamá.

Hemos ya aclarado la interrogante sobre el origen y modo de la fundación santeña. Ahora presentaremos su carácter de pivote en la aparición de Azuero como conglomerado humano. La Villa de Los Santos gozó de dos décadas de imparable crecimiento económico, gracias a la venta de abastos para las minas auríferas de Concepción. Sin embargo, cuando estas minas son clausuradas en 1589, Los Santos y Natá se hunden en una profunda depresión: la economía de ambos era básicamente primaria, de suministro de alimentos a otros poblados que podían pagarlos. Al desaparecer el comprador principal, Concepción, la economía sucumbe. A partir de 1589, aquellos santeños trabajadores se encontraron de pronto sin un comprador para sus produc-

tos. Al decaer la economía de la Villa de Los Santos, gran parte de sus pobladores emigran nuevamente, como lo habían hecho de Natá en 1553, buscando nuevas tierras, nuevos retos y oportunidades. Estas excursiones de santeños plantan las semillas poblacionales de casi todos los pueblos que cubren la península de Azuero hoy en día. Así, La Villa es no solamente la primera y la más antigua de las ciudades azuerenses: es también el punto focal del cual parten los fundadores de casi todas las otras ciudades del área.

Más de dos siglos después, el 10 de noviembre de 1821, al declararse independiente del imperio español por cuenta propia, sin apoyo de nadie (cual David indefenso ante el Goliat imperial), Los Santos brindó el ejemplo de tenacidad sin límite que detonó la inminente pero estancada gesta libertaria de la patria entera. Esto le valió el título de «Heroica Ciudad» a nuestra humilde Villa. Se dice que al Libertador Simón Bolívar conmovió profundamente la valentía desproporcionada de los próceres santeños.

La historia no está exenta de ironías: la ciudad de Natá, que había sido el mayor enemigo de Los Santos en el momento de su fundación, se trocó en su mayor aliado cuando La Villa declaró la independencia de España dos siglos y medio después. Sin el decidido apoyo militar y político de Natá, el valiente salto de fe que dieron los santeños el 10 de noviembre hubiese sido un suicidio colectivo. La independencia de Natá fue declarada cinco días después por Francisco Gómez Miró, haciendo eco del gesto santeño y continuando la reacción en cadena que llegaría hasta la Capital para precipitar el fin de la opresión hispánica en la Ciudad de Panamá el día 28.

Las Tablas, por su parte, reconoce el Grito de la Villa y ofrece su unión a Don Segundo Villarreal el día 8, pero no

de noviembre, sino de febrero del año siguiente, en una carta donde notables reconocen que ese pueblo «jamás se atrevió a declarar su intención».

Habiendo concluido este repaso a la historia santeña, quiero aprovechar la relevancia que este podio le brinda a mis palabras para enviar un mensaje respetuoso al actual Presidente de la República. Señor Presidente: nuestra querida y heroica Villa de Los Santos es la excepción a muchas reglas. Fue excepcional en su fundación, de la cual brotó Azuero como ente cultural cuya influencia campea aún hoy. Fue excepcional nuevamente en su declaración de independencia de España, concebida individualmente, tan digna como riesgosa, gracias a la cual se contagió de libertad todo el Istmo, consolidándose como un país distinto. Resulta evidente, señor Presidente, que esa tradición de romper los esquemas establecidos cuando la realidad los hace obsoletos, en búsqueda de libertad, bienestar y progreso, se incrustó en el espíritu colectivo de la Villa desde el día de su fundación y le dio 252 años después el coraje para alzarse antes que nadie contra la opresión de la Corona ibérica. Esta valentía permanece intacta aún hoy.

Meditar sobre el significado de nuestra historia, sobre quiénes somos y hacia dónde vamos, comprender nuestro pasado para construir nuestro futuro, es más importante para la nación que aumentar el flujo de turistas hacia el interior de la República durante un fin de semana. Sacrificar la identidad nacional por consideraciones mercantilistas sería un error. No permita usted, señor Presidente, que durante su gestión se desacralice la fecha del 10 de noviembre. La fecha del Grito de Independencia no debe ser *día puente*: no se puede celebrar el día 15 lo que ocurrió el día 10. Le invito a que usted mantenga durante los cinco años de su gestión

la política de que el 10 de noviembre no será nunca día puente, que se le celebrará siempre en la misma fecha gloriosa que escogieron los valientes para alzarse contra la opresión.

Para terminar, quiero repetir la frase del ilustre profesor Milcíades Pinzón, complementándola de la siguiente forma: la Heroica Villa es la capital histórica de Azuero y la cuna de la libertad panameña.

Gracias por su atención.

2004

Bibliografía: Un análisis completísimo sobre el 1ro de noviembre de 1569 pueden hallarse en la colosal obra de Don Alfredo Castellero Calvo titulada *La Fundación de La Villa de Los Santos y Los Orígenes Históricos de Azuero*. La referencia obligada sobre el 10 de noviembre de 1821 es el libro *El Grito de La Villa* de Don Ernesto J. Nicolau.

Verso

SEMANA SANTA EN LA VILLA

2006-2008

VELORIO DE JESÚS

Velorio de Jesús en la placita,
junto a la estatua de Rufina Alfaro...
en tienda hecha de varas y de pencas
se encuentra el Nazareno meditando.

Dice la Biblia que la noche triste
pasó el santo cordero agonizando;
hablando con su Padre, pide fuerzas,
sabiéndose por nos crucificado.
Esa noche de angustias veló a solas,
negligencia que no nos perdonamos.
Purgamos esta culpa con velarlo,
arroparlo de púrpura y dorado,
rodearlo de adorantes y de velas,
con flores y con joyas coronarlo.

Velamos junto a ti, Señor, y hacemos
lo que no hicimos hace dos mil años:
esperar con los ojos bien abiertos
a que el Hijo del Hombre sea entregado
a la pasión rebelde de las masas
que quisieron del santo hacer soldado,
para romper cadenas por la fuerza,
grito judío contra el clarín romano,
por no entender que el Reino de los Cielos
trasciende las patrias de los humanos.

Miro tu efigie, con estampa seria,

y pienso si el yeso habrá capturado
el gesto de ansiedad que en esa huerta
en tu rostro se viera dibujado
al ver que todos duermen, y la luna
es la única que el ruego ha presenciado.
Miro luego a los niños de mi pueblo,
vestidos hoy de limpio en este rancho,
tomando té de yerba, pan con queso,
sentados en la alfombra, jugueteando.

¿Habrán estos niñitos comprendido
el mensaje de luz que ha regalado
el profeta de paz de Galilea,
con corazón de niño y voz de santo?
¿Sabrán las viejas grises, las beatas,
mientras llevan las cuentas del rosario,
que es noticia de amor y no de miedo
la que nos trajo el maestro solitario,
que la muerte no es el fin de la vida,
y que su mandamiento es sólo amarnos?

Escucho entre el murmullo de los rezos
el llanto del lejano campanario,
¡campanas libertarias, vida y muerte,
campanas del templo San Atanasio!
Con su voz de metal, llaman al pueblo
a velar con Jesús, fiel a su lado
en el rancho de varas y de pencas,
rebaño arrepentido, congregado.
¡Velorio de Jesús, Semana Santa!
Recuerdos de la infancia, del pasado...

DOMINGO DE RAMOS

A mi abuela Elvira

Andamos por los potreros, todos juntos caminando.
Mi padre lleva un machete; mi hermana, unos baldes anchos.
Yo, por ser el más pequeño, no llevo nada en las manos.
La mañana aún está fresca. Escucho un bimbín, cantando...
¿Qué pasa, por qué salimos? Ven, que hoy es domingo 'e ramos.

Mi madre — con un sombrero — marcha adelante buscando
racimos de caracuchas sobre el cielo de verano.
El contraste entre el azul y el pétalo immaculado
(corazón de azufre el centro, bordado encaje de talco)
me hace pensar en lo hermoso que es la vida en nuestro campo.

Flores silvestres del monte (¡cuántas!) vamos cosechando:
blancas, naranjas y rojas, de amarillo y de rosado.
Mojadas en agua fresca, el tambucho van llenando
jazmines y veraneras, acacias en grandes gajos;
las flores todas juntitas, las hojas verdes al lado.

A la sombra — ya en la casa — por color las separamos.
Las rociamos de la fuente, y las dejamos un rato.
En la tarde, donde abuela, vestidos todos de blanco,
regaremos, falsa lluvia, en la calle un buen pedazo,
y quedaremos tranquilos, silenciosos, esperando...

Cuando oigamos la campana de la procesión doblando
la esquina de la otra cuadra, esparciremos un manto
de hojas verdes y de flores para que las pise el Santo.
Las acacias, que son muchas, las ponemos por los lados;

en medio las caracuchas, que resaltan por lo claro.

Caballero sobre un burro, va Jesucristo montado.
Se bambolea en la montura, vestido de oro y morado.
Le hacen sombra los ilustres, cargando serios el palio.
Viejas, con palmas en mano, cantan un himno o un salmo.
Un gran corrincho de niños le va tendiendo unos trapos.

Cuando el tropel de devotos en procesión ha pasado,
sonrío por las estrellitas que lleva el burro al costado.
Escojo una caracucha, de las que nadie ha pisado,
para dársela a mi abuela: la guardará con cuidado
entre hojas de la Biblia, junto a un santo y un rosario.

EL ENCUENTRO

Sobre una silla ancha, de mimbre y de madera,
en la penumbra triste y solemne de la acera,
quieta y meditabunda, entre nietos la abuela
el Encuentro del Cristo con la Virgen espera.

El anda de Jesús, coronado de velas,
desde la calle larga aparece primera.
Catorce mozalbetes en los hombros la llevan;
chiquillos más pequeños la miran tras las verjas.

El anda de María, en encajes envuelta,
un minuto más tarde llega por la derecha.
Como una rosa blanca, con una luz interna,
la madre resplandece bajo la luna llena.

Los dos grupos sombríos poco a poco se acercan:
la Virgen dolorosa, con la lágrima eterna
sobre la porcelana de la mejilla tierna;
el hijo, acongojado, solemne, viene a verla.

En esta esquina nuestra los dos grupos se encuentran.
Quiso la tradición o el azar que así fuera.
Esquina simple y mustia, ¡esta noche eres bella!
Esquina de mi infancia, de juegos de rayuela.

Pasaron muchos años, y me fui de mi tierra.
La madre de mi padre, mi santa abuela, es muerta.
La esquina, nuestra esquina, tiene fachada nueva.

Pareciera que es otra, que de ayer no se acuerda.

Pero en Semana Santa, bajo la luna llena,
la noche del Encuentro, mi gente en ella espera
a que la triste Virgen, en encajes envuelta,
se tope con el Cristo, coronado de velas.

JUEVES SANTO

A mi padre

Camino con mi padre, por las calles estrechas de mi pueblo,
con el trote de niño, la procesión que llaman «del silencio».
Procesión de los hombres, tras el Cristo de púrpura y de yeso.
Migración de nostalgia, cual un peregrinaje hacia el destierro.
Nadie dice palabra: meditan – caminando – en el tormento.

Distingo tantas caras: del zapatero humilde, el noble Yeyo,
del maestro de escuela, del médico, del cura y del abuelo
que marcha vacilante, recordando las marchas de otros tiempos.
¡Semblante de mi padre, con expresión estoica de hondo duelo!
Las miradas sombrías oprimen algo incógnito en mi pecho.

Oigo el tambor romano, al frente de la fila: va advirtiendo
con pregón militar, el destino terrible de este reo.
«¿Por qué llevan así – le pregunto a mi padre – a Jesús preso?»
Él me manda a callar, con breve ademán firme, pero tierno.
Nadie sabe el porqué, pero los trajo aquí el desasosiego...

¿Será porque peque? ¿Será que he sido malo en el colegio?
¿Será que el Redentor ha de pagar en carne propia el precio?
¡Un gallo canta, lejos! Siento que soy traidor, como San Pedro,
que renegué de Él. Se llena el corazón de un mal recelo,
como si no supiera que resucitará después de muerto.

La procesión es larga, y a ratos – fatigado – me entretengo
escuchando los pasos, contando las estrellas en el cielo.
El Cristo va delante, con rasgos de agonía en duro gesto.
Como yo voy detrás, me olvido del dolor y me contento

con andar con papá, por las callejas tristes de este suelo.

Llega la procesión, al fin, hasta la fachada del templo.
El Santo sigue recto, por la nave central, andando lento.
Mi madre nos saluda; miraba, con mi hermana, desde lejos.
Mi padre vuelve a reír, me invita a degustar algún refresco.
Yo recuerdo a Jesús, atado y azotado, y me estremezco...

VIERNES SANTO

A mi madre

Es madrugada ya, y aún la procesión no ha concluido.
La luna llena da, en triste cielo, un resplandor cenizo.
Delante va el pastor. Detrás caminan los arrepentidos.
Unos no pueden más: se marchan a sus casas, ya rendidos.
Los más fieles se quedan, tras el cadáver pálido del Cristo.

Cargando el anda van, al menos, treinta hombres. Algún niño
camina con su padre, sin entender que es éste su destino;
que el día llegará, cuando – en un mozalbete convertido –
suplicará cargar los troncos del sepulcro, redimido
en virtud del dolor, del peso y de las piedras del camino.

La procesión, en cruz, avanza lentamente. Con los cirios,
y con una oración, repetida en los labios compungidos,
van las mismas beatas que en el sepulcro arreglaron los lirios,
y, en la caja de luz, pusieron con ternura al malherido.
Oigo el cantar de luto, subiendo en espiral al infinito.

En cristalina ánfora, el cuerpo del Mesías va tendido.
Lo miro con temor; contemplo sus heridas tras el vidrio.
Llagándole la piel, espinas le coronan el martirio.
Otras veces lo vi, y sin embargo sigo sorprendido:
¡aún no sé por qué, tan hondo, sobrecoge su suplicio!

El anda llega, al fin. En las puertas del templo se ha dormido.
En la flor de crespón, colgada aquella tarde, están cautivos
gajos de caracuchas, palomas y un resplandor blanquecino.
Se estremece en vaivén: abre al fin su capullo, ante el suspiro

del rebaño que admira la llovizna de flores, sorprendido.

¡Revoloteo fugaz de florecillas y plumajes níveos!
La tumba se despierta, y atraviesa el portón, con paso altivo.
Yo me vuelvo al hogar, de mano de mi madre, adormecido.

Mañana volveré, a ver cómo la brisa mece en vilo
a la flor de crespón, y a las palomas tristes en su nido.

DOMINGO DE PASCUA

Casi a la media noche hemos llegado,
parece que ya no quedan asientos.
En hombros de mi padre voy cargado,
como iba el buen Jesús sobre el jumento.
Cruzamos el pasillo abarrotado,
pero el gentío impide el movimiento.
Junto a la puerta vieja nos quedamos,
bajo el arco de cal y el firmamento.
Detrás de mí, tengo el cielo estrellado;
delante, cabelleras, velos negros.

¡La piedra de la gruta se ha apartado!
Con cuerpo lacerado y rostro ileso,
vestido en luz, el brazo levantado
con gesto redentor, el Nazareno
emerge de su tumba, vindicado;
¡suspiros hondos vuelan por el templo!
Gozosos, tras ver al resucitado,
temiendo menos de la muerte el beso,
se marchan los ancianos fatigados,
dejando atrás, marchito, el monumento.

Otros en casa esperan, afeitados,
para ir al baile, cuando sea el momento.
El minuterero agnóstico ha indicado,
apuntando a las doce, el gran portento,
el Sábado de Gloria ya no es sábado:
y en el jorón comienza los festejos.

Mozalbetes galantes, perfumados,
invitan a las damas a un bolero.
Se escuchan retumbando en los tejados
los voladores que arden a lo lejos.

Llegada la mañana, bien temprano,
el patio de mi casa invita al juego:
se esconden chocolates bajo el árbol,
y, seguidos de padres y de abuelos,
la correría de nietos va buscando
de la Pascua florida el dulce premio.
¡Los años no perdonan, y el pasado
se lleva estos momentos tan perfectos!
Sólo quedan recuerdos, preservados
en el ámbar nostálgico del tiempo.

¡Domingo! La semana ha terminado
con la resurrección del Galileo.
Otro año de mi vida se ha esfumado
en las profundas cámaras del tiempo.
Por amor y respeto he observado
los ritos de mis padres y mi pueblo.
Otra filosofía he cultivado
— en la tumba vacía va mi credo.
Pero la tradición he conservado,
y en el pecho protejo el sentimiento.

OTROS VERSOS

LA TUMBA VACÍA

En la caverna estaban los osarios,
perdidos en las colinas del tiempo,
Los santos nombres en roca tallados,
quietos los huesos nobles en encierro.

Con anillo y galón ornamentaron
la puerta de la tumba que escogieron,
discípulos que luego lo grabaron
en la cercana tumba de San Pedro,
los mismos que murieron recordando,
mientras los vivos la ruta perdieron.

La tumba de Talpiot ha confirmado
lo que Qumran y Hammadi sugirieron,
mas el rebaño ciego lo ha ignorado:
prefieren no mutar lo que creyeron.

El mito del Jesús resucitado
trocar por la verdad ya no pudieron
las criptas de un Yeshúa enamorado,
de Mariamene e Mara y su heredero
Yehuda, de María y tres hermanos,
Ya'akov, Matia y Yose, en el entierro.

San Judas Iscariote es insultado
por los que no comprenden su tormento:
el ver a su rabí crucificado
tras cumplir la misión dándole un beso.
Traición no es el hacer lo que es mandado;
perfidia es desvirtuar lo verdadero,

como hiciera el mitómano de Tarso,
y el pescador de hombres Simón Pedro,
negando a Magdalena y a Santiago
su primacía santa de maestros.

Lo que sobre esa piedra fue fundado
prisión de hombres es, que no algo eterno:
el llanto de los niños abusados,
la hoguera que quemó a miles por miedo,
el dogma de cerebros asfixiados,
la mitra del papado principesco
que parceló el planeta en su reinado,
espada más que cruz, de sangre y fuego,
jerarcas de poder intoxicados,
antípodas del noble Nazareno.

Sólo ve la verdad quien, liberado,
abre los ojos y la busca, atento,
en el mundo tangible, entre los astros,
los niños harapientos y el silencio;
quien sabe que ningún texto sagrado
ordena suprimir el pensamiento;
quien duda del rigor del Vaticano
y distingue el buen vino del veneno;
quien ve tras el Jesús resucitado,
la historia de Yeshúa bar Yusef muerto.

Dadme sólo las reglas que ha enseñado
a los pobres del mundo el Galileo,
las máximas que Kant ha predicado,
de Spinoza la ética sin tiempo,
lo que Sócrates busca y no ha encontrado,

y la moral sin dogmas de Ingenieros.
Dejadme así vivir como he soñado,
guiando la razón al sentimiento,
de vida el corazón enamorado,
en búsqueda ardiendo el entendimiento,

2007

ODA SENTIDA A ASCANIO AROSEMENA

*«Seres borrados por los siglos
están velando por nosotros desde lejos»*

Francisco Luis Bernárdez

Mira dónde estoy, Ascanio:
parado junto a la brecha
que abrieron colosos brazos
que ayer te hicieron afrenta
En tierra, tus huesos santos;
los míos, buscando tu fuerza
para seguir trabajando
y que Panamá florezca

La vida no es justa, hermano,
o serías tú el que estuviese
cargando en tus hombros barcos,
batiendo en sueños las hélices
Yo — ensombrerá'o con cutarras —
viviría en mi pueblo heroico,
no en esta Ciudad de marras,
donde Ascanios quedan pocos

Pero eso dictó el destino:
que tú entregaras tu sangre,
y, con el valor más fino,
murieras por mí, delante
del pelotón de patriotas
que tuvieron el coraje,
de marchar hasta la Zona,
a vencer al Arrogante,
con la patria como axioma...

¡y la bandera ondulante,
envuelta en una saloma!

La historia es absurda: quiso,
cuarenta años tardía,
que fuese yo el heredero
de gesta tan singular
y con mérito académico
—pero sin tu valentía—
viniera desde tan lejos
a servirte en el Canal

Del suelo donde reposas
el Gigante ha sido echado;
han vuelto a nacer las rosas:
el trabajo ha comenzado
Tu bandera se enarbola
soberana en dos océanos
Es de tu patria la Zona;
la Vía, de tus hermanos

Serías tú el intelectual,
ahora que el día ha llegado,
que dirigiera el Canal,
¡si no te hubieran matado!
Sólo pido a Dios, Ascanio,
el ser digno recipiente
del íntimo sacrificio
que tú hiciste por tu gente

Esta oda fue escrita cuando el autor ingresó a la fuerza laboral del Canal de Panamá. Ascanio Arosemena fue el primer mártir panameño de la gesta heroica del 9 de enero de 1964. Murió abatido por una bala norteamericana mientras ponía a salvo a heridos panameños desarmados.

VALHALA

A Mam

En una tarde de tormenta,
contó mi abuela a mis oídos asustados,
que el trueno inmenso que rodaba,
rasgando el velo de tul gris aldonado
en que la niebla envuelve al cielo,
desde occidente hasta el oriente trepidando,
era estampida de las almas
de los corceles que en batallas del pasado
han muerto heroicos, avanzando,
y en el Valhala – libres – han resucitado.

Mi pensamiento, desde entonces,
el retumbar de aquel rebaño va auscultando
y se me expande el corazón
siempre que en nubes de tormenta escucho hollando
el repicar de sus galopes,
fuertes y briosos, adornados por los rayos.
Potros de sol, sobre las aguas
crean un infierno de rugidos encontrados.
Van por su reino, estremeciendo
el universo con la ira de sus cascos.

Esto aprendí ayer de la ciencia:
que de electrones es descarga virulenta
la sierpe blanca, y son voltaicos
los potenciales que conectan cielo y tierra.
Por muy exacta explicación
que del misterio de la ciencia aquella sea,

sólo me dice cómo y qué:
el sentimiento no lo explica ni lo expresa.

Confieso hoy que el corazón
aún es de niño y cada trueno le recuerda
aquella historia que contó
la boca santa de esa dama que ya es muerta.

Sonrío febril, emocionado:
con dicha alzo al firmamento mi cabeza
cuando un destello lo desgarrar,
porque esas llamas entre lluvia me recuerdan
que en las sabanas del Valhala
un gran tropel de mil caballos corre y vuela:
cascos de luz, almas de fuego,
eternos símbolos de coraje y de fuerza.

2005

LOBO

A Mónica

Quisiera creer que mi alma es un lobo
y que, cuando muera este cuerpo mío,
 en él volvería, olvidando todo,
en un bosque helado, un reino del frío.
 Abrirá sus ojos, lentejas de plata,
 y su madre loba lamerá el pelaje.
En polvo de nácar se hundirán sus patas,
vapor en su hocico, anunciando el viaje.

Sus pequeñas huellas, sus encías suaves,
con duros inviernos se volverán grandes,
 filosos colmillos, y firme la carne,
 el abrigo airado, brioso, indomable.
¡Corre por la nieve, cual luz, sin cadenas!
Vive, que eres vida... hoy nadie es tu dueño.
 Libre en el olvido, bella luna llena,
 lobo, bestia hermosa, animal de sueño.

Bajo altos pinos, sobre el manto blanco
de la nieve fresca que cayó en la noche,
mi lobo se esconde: algo está asechando,
un venado altivo, que hondo miedo esconde.
 La presa se asusta, le doy cacería.
 La batalla es fiera, la gana el más fuerte.
Mi alma no se acuerda de cuando era mía:
 vestido en el lobo, no temo a la muerte.

ALUMBRAMIENTO

Que nazco yo, que aparezco en este mundo,
que vengo ya con el alma desgarrada,
y traigo en el tierno pecho algo profundo:
un dolor, un brillo que hiera en la mirada.

Contemplo a mi madre y siento que soy suyo,
mas comienzo a recorrer otro camino,
pues la fruta habrá nacido del capullo,
pero ahora se encuentra sola ante el destino.

Mi padre me muestra el mundo con sus actos,
me lleva con firme mano por la senda.
Transcurro en su sociedad, entre los pactos
del hombre que da la vida como ofrenda.

Crezco entre las soledades y el silencio,
descifro los signos mágicos del alma
que, escritos sobre los libros, son cual genios:
son mis compañeros ávidos de infancia.

Cuando entiendo las mentiras de mi entorno,
renuncio a mi religión y busco el vado
que me llevará hasta Dios en el retorno
de este exilio al otro mundo, aún recordado.

Mi alma, en honda luz; desamparado
el corazón, sobrecogido en blando nicho.
¿Por qué habría de callar lo que fue hablado?

¿Por qué no, en vez, gritar, lo que se ha dicho?

Encuentro, al fin, el amor en una rosa;
entiendo así que nací al ser amado...
Amor en el pecho, amor, ¡no hay otra cosa!
la angustia del corazón ha terminado.

2005

VEN, MUERTE

A Mam

Ven,
muerte,
hermana mía,

cubre con tu mano suave mis ojos mustios
para que la luz de este mundo
no perturbe más mi descanso,

calla con tu beso eterno
el inquieto ir y venir de mi aliento,

deja que mi corazón cansado
se duerma como un niño
a la sombra fría de tu abrazo.

No te temo,
muerte,
hermana mía,
¿por qué habría de temerte?

No me espanta tu figura:
reconozco en ti a la Vida
disfrazada de dolor.

Ven a mí pronto,
no me hagas esperar más.

Llévame,

con suavidad y ternura,
hasta donde me esperan
con los brazos abiertos
y una sonrisa en los labios.

Ábreme paso entre esta multitud clamorosa
y guíame hasta ese lugar hermoso
en donde podré conocer la verdad,
en donde seré libre y feliz
otra vez...

1998

ROBERTO PÉREZ-FRANCO

LA NOCHE

Obscena y lujuriosa está la noche
con su gajo de estrellas derramadas

1999

SONETO DEL HOMBRE CASADO

Si a mi lado, bella, tú no estuvieses
tendría esa libertad de mi pasado
de amar a otras mujeres, cuantas veces
amanecer con ellas a mi lado.

Mas esa libertad es un exilio,
y es falsa su premisa libertaria.
Amar así no es tal, es espejismo:
me trueca el goce a cambio de mi alma.

Contigo a mí me basta, bella mía,
pues no quiero otro cuerpo ni otros besos,
y me sobra placer entre tus labios.

¡Y no me importa más, por propia hombría!
Que como quieran vivan los solteros,
pues los hombres casados son más sabios.

2004

EL REGALITO

A tres por cinco
son las bombitas,
a tres por cinco

La prende el niño
con sus manitas,
la prende el niño

En un instante
la bomba explota,
deja un *tusito*

La madre llora,
loca, la mano...
¡A tres por cinco!

2008

CAJITA INFELIZ

I

Te diré la historia
de un pequeño niño
que vivía en las calles
de mi Panamá.

Una madre adicta
a la piedra en pipa,
con droga en las venas
al niño parió.

Llena de rencores
y de sufrimientos,
con amarga leche
a él lo amamantó.
Nunca vio a su padre
más que en una foto
de, cuando en la cárcel,
alguien lo mató.

Su cuna es la acera,
su abrigo la lluvia,
su arrullo los carros,
los gritos, las balas.
El niño tiene hambre,
y por eso llora.
La madre el reproche
no se lo perdona.

Y lo echa a la calle,

porque falta un hombre,
pa' que busque el *pebre*,
pa' que gane el real.
Plata que más tarde
comprará la piedra,
y de mala gana,
un trozo de pan.

El niño en harapos,
en plena avenida,
pide por su vida
que le des un *rial*.
Con aguja en brazo,
la madre escondida
lo espera transida
en algún zaguán.

Esta única historia
se ve repetida,
en mil vidas, tantas,
tan pronto perdidas.

Oye mi relato
del niño sin nombre,
porque estoy seguro
que sabes quién es.

Sabes que lo has visto
junto a tu ventana
mientras el semáforo
te cambia la luz.
Sabes que su cara
con sudor y lágrimas

y su mano sucia
a ti se acercó

Y pensaste: «Mira
a este niño pobre...
¿Dónde está la madre,
el padre, la ley?»
Y tal vez le diste
un centavo en lástima
o la nuca fría
de quien no lo ve.

Pero el niño existe,
aunque no lo mires,
y su madre adicta,
y su padre muerto,
y su vida triste
no desaparecen
al cerrar el vidrio
y virar la cara
o subir la radio,
pensando: «¡Qué vaina!...
pero no es mi hijo,
mi culpa o mi causa».
Y su historia existe,
aunque no la leas.

El nunca fue a la misa
ni tuvo bautizo
ni la catequesis
de una religión.
No es que le haga falta

el dogma y el mito,
pero sin un padre
que le dé el ejemplo,
y la madre rota,
le hace falta un dios.

Su dios es la calle
de miradas turbias,
drogas, juega vivo,
fuerza y violación.
Un dios punitivo
es el del semáforo,
que no te perdona
el haber nacido
negro, pobre, anónimo,
mas con corazón.

II

En la misma tierra,
en la misma patria,
en el mismo tiempo y
misma sociedad,
otro niño nace
en cuna de plata,
de apellido bueno,
en el hospital.

Su padre está vivo,
viste de corbata.
Desayunan juntos,
lo besa en la frente.

La madre lo abraza,
lo acuna en sus brazos.

El bebé se duerme
en blando calor.

La leche en sus tetas
nunca supo a droga,
o al ácido odio,
sólo a tibio amor.

Ahora, este otro niño,
digamos que es rubio
y blanco y católico,
se llama Agustín.

Tiene un nombre fijo,
porque tuvo agua
bendita en la frente
cuando era bebé.

Mientras que este otro
tiene muchos nombres:

pela'o, man, chombito,
laopé, buay, bribón,
carajo, negrito,
Memín y ladrón.

Viven los dos juntos
sin jamás saberlo,
con vidas cruzadas:
la misma ciudad,
mas mundos distintos,
arriba y abajo,
adentro y afuera
de la sociedad.

Te doy un ejemplo:
a los cinco años
saliendo del kínder,
paró en un semáforo
el *van* de Agustín.
Miró para afuera
de esa esfera mágica
de aire fresco y música,
un Mercedes Benz.

Y quién más tú crees
que estaba ahí afuera
detrás del frío vidrio,
chifiando los taxis,
descalzo en la calle,
lleno de lombrices,
flaqueando por hambre,
¡quién más que Memín!,
con su cara sucia
y la mano abierta,
pidiéndole un *cuara*
al niño Agustín.

La luz cambia a verde,
el carro acelera.
La mano vacía
se pierde detrás.
«¿Quién era ese niño,
mamá?» La pregunta
no tiene respuesta.
Nunca la tendrá.

La papita frita
cae y ensucia el cuero
negro del asiento,
y el juguete nuevo,
Cajita Feliz.

«¿Quién será ese niño?»,
también piensa el otro,
pisando el asfalto
en calle asoleá'.
«¿Qué estará comiendo,
qué estará jugando,
camino a su casa
junto a su mamá?»

Y, por un segundo,
siente envidia y odio
por los dados locos
del dios tricolor,
que le pone roja
eterna a este chombo,
mientras otro — en verde —
vive sin dolor.

III

Pasaron los años
y murió la madre
'trabada' en la piedra,
en un callejón.

Y el mismo hijueputa

que vendía la droga
que mató a la madre
que arruinó la vida,
— en pacto faustiano —
le ofrece un hogar
de colchón roído,
de pan mal habido,
si a cambio el niño
va y le hace un favor.

Pero el favorcito
no es lavarle el carro,
ni limpiar zapatos,
o podar el patio.
Es otro, es distinto,
del que no se dice,
del que no se habla,
y se hace calla'o.

Te paras afuera
de la discoteca
a golpe de nueve,
mirando de la'o,
Pones un puestito
de carne en palito.
Guarda los paquetes
en tu pantalón.
Espera a que vengan
a ti los clientes.
Si piden «pimienta»,
¡asunto arregla'o!

El niño no entiende
muy bien lo que pasa,
pero sigue el juego
que da pa' comer.
Vende la «pimienta»,
recoge la plata;
si viene el patrulla
él se echa a correr.

Así pasó el tiempo,
Memín se hizo hombre,
perdió la inocencia,
y envidió el poder.
Vio el juego completo:
en sucio tablero
se supo el peón negro
del gambito cruel.

Una noche roja
de cuchillos bravos,
le da jaque mate
al cobarde rey.
Se hace del negocio
y sigue supliendo
el mismo mercado
del maleante aquel.

Los peones son otros,
el juego es el mismo;
y el dios de la calle
se ríe con él.

IV

Agustín, ¿recuerdas?,
creció alto y fuerte.
Terminó en La Salle
con puesto de honor.
Se irá para el Norte,
a hacer la carrera,
tal vez medicina,
en el exterior.
Su padre, orgulloso,
le regala un carro,
moderno, de lujo,
en su graduación.

Su novia, tan bella,
con él esa noche
se acuesta y le entrega
la virginal piel.
Entre muslos blancos
tibios, sudorosos,
el joven degusta
la primera miel.

Ebrio de alegría,
mala hora, decide
con unos amigos
ir a celebrar.
En la discoteca,
tras un par de tragos,
se antoja de algo

más fuerte probar.

Así sale el combo
de jóvenes ricos;
se llegan al puesto
de carne en palito.
Y con la «pimienta»
que vende un chiquito,
se van a una esquina,
buscando emoción.

La coca le sube
a Agustín por dentro,
le enciende una euforia,
fuego de borracho.
Un tipo lo reta,
con motor rugiente:
«Echemos regata,
pa' ver quién es macho»

Agustín acepta,
se siente valiente,
y en su carro nuevo,
persigue al muchacho.
Por Calle Cincuenta
los vieron volando:
dos balas de plata
parecían los carros.

El dios de la calle,
que cambia de luces,
no gusta que ignoren,

su roja advertencia.
La mula, con verde,
tan tarde en la noche,
 veloz en su vía,
sigue sin prudencia.
Del joven y el carro,
 si acaso, en la calle,
quedaron las manchas
de sangre y violencia.

La novia, preñada,
 viuda sin casarse,
tras triste embarazo
le parió su imagen.
El bebé sin padre
le llora en las noches;
 la joven, marchita,
 no sabe cuidarle.
Los padres del novio,
 por amor al hijo,
con el alma herida,
 se dan a criarle.

V

Pasan cinco años,
 y el Agustincito,
creció rubio y rico
igual que su padre.
Se va cada tarde
con los abuelitos
a comer helado

en un restaurante.

Unos años antes,
Memín, traficante,
murió por el filo
de algún debutante
que, peón de gambito,
quiso desafiarle,
y una noche roja,
le dio jaque mate.
Dejó en este mundo,
herencia de sangre,
en el vientre de una
que le pagó en carne.

Y el hijo de Memo,
descalzo en las calles,
creció con la adicta
quitándole reales.
Nunca vio siquiera
en vida a su padre,
más que en una foto
grotesca y cobarde,
en la cruel portada
del Siglo, en la cárcel.

Acosa a los carros
en plena avenida,
sin libros, sin techo,
maestro, ni fe.
Toca a tu ventana,
con manitas sucias

y triste te dice:
«Deme pa' comé»...

·
¡Curioso el destino!
En una parada,
de Agustín el hijo,
y de Memo el crío,
a través del vidrio
se vieron de frente.
«¿Quién será ese niño?»,
pensó Agustincito,
«¿por qué anda solito
entre tanta gente?»
«¿Quién será ese niño?»,
se pregunta el otro
sin nombre, sin sombra,
futuro o presente.

«¿Quién será ese niño?»
Mas nadie contesta.
Tal vez nadie supo.
Tal vez nadie quiere.

Que fue de aquel niño
que creció sin padre,
partido en dos mundos,
nadie me lo dijo.
Lo que queda claro
es que en el camino,
lo que siembra el padre
lo cosecha el hijo.
Y el dios de la calle,

de pobres y ricos
se bebe la sangre
en el sacrificio...

2008

DÉCIMA

Padre es el mejor amigo,
siempre que he necesitado.
Cuando no estés a mi lado,
seguirás aquí conmigo.

I

Madre es el más grande amor
que un hijo tiene en la vida;
por eso, es reconocida
por su dulzura y calor.
Mas a mi padre el honor
hoy rendirle yo persigo.
Por propia experiencia digo:
muchos hablan de amistad,
pero, ante la adversidad,
padre es el mejor amigo.

II

Heredé tu inteligencia
desde la cuna natal.
Me enseñaste la moral,
el trabajo y la decencia.
Me impartiste tu experiencia,
construyendo así un legado.
Te mantuviste a mi lado
en salud y enfermedad,
siendo un hermano, en verdad,
siempre que he necesitado.

III

Como el abuelo, despacio,
decía en una ocasión:
yo soy tu prolongación
en el tiempo y el espacio.
Ningún apellido rancio
tanta honra me habría dado
como el ejemplo brindado
y el prestigio de tu nombre.
Seguiré siendo un buen hombre
cuando no estés a mi lado.

IV

Doy gracias que, en la vejez,
ha querido Dios que obtengas
la cosecha de tus siembras
para que feliz estés.
Ahora que, en mi madurez,
múltiples metas persigo,
si algún éxito consigo,
a ti lo dedicaré.
Mientras que yo vivo esté,
seguirás aquí conmigo.

2006

HAÏKU

En tu cabello
mi mano está cautiva.
No la dejes ir.



¿Por qué esta noche
bajo el cielo, pienso en ti
más que en mí mismo?



Salté al vacío
con los ojos cerrados
para besarte.



Son más lejanas
las lejanas estrellas,
lejos de ti.



Avergonzada
de su propia belleza
está la noche.



Sufro la herida
de mi amor que no calla
con tu silencio.



Corazón mío,
la llama está encendida:
eres incienso.



Bajo la noche
la fruta de tu boca
fue mi deleite.



Junto a ti, bella,
he desnudado el alma,
antes que el cuerpo.

2000

KATAUTA

Mi rosa blanca
ha abierto sus pétalos
para que se los bese.



Cual un abismo
es tu silencio hondo.
¡Viviré en el abismo!



Todavía siento
la caricia tímida
de tu mano en mi piel.



Quién lo diría...
¡dibujaste gladiolas
con tu mano de lirio!

2000

JUVENILIA ROMÁNTICA

1993-2002

EL AMOR REVELADO

Sonrisa en mis labios
fuego en mi cuerpo
abismo y vértigo

beso de Dios
brote de juventud
caricia nueva

serenidad en mis ojos
luz y paz en mi alma
el amor revelado
la respuesta a mi vida

el más bello recuerdo
presente glorioso
profecía de amor

tú,
mía
única
eterna

ERES TÚ

Entre todas las mujeres de la tierra
yo te escogí,
porque tú eres ella:
la bella que esperaba
y amé desde siempre.

Y así – sin fin –
porque eres mía,
volvería un millón de veces
a escogerte,
en un millón de vidas

FALTA ALGO

Sobre mi cabeza están las estrellas,
temblando de frío entre nubes tenues.

Bajo mis pies está el pasto verde,
salpicado en rocío generoso.

Están el piano y el silencio.

Están la paz y el deseo.

Está tu recuerdo en mi mente,
fragante como una rosa blanca,

remolino de nácar.

Pero siento que falta algo en mi pecho...

¿tienes tú mi corazón?

EN TU PECHO

Tengo los ojos pesados
de no verte,
y ya no miro al cielo
ni a sus estrellas
para que no sufran con su brillo
mis pupilas marchitas

Tengo los labios resecos
de no besarte,
y ya no bebo el agua
ni como la fruta
para no saciar mi sed
sin tu boca

Ven y déjame ser a tu lado,
¡acompaña mi soledad!,
que quiero ver las estrellas
y beber el agua fresca
mientras mis lágrimas se secan
en tu pecho...

ABRE TUS ALAS

Abre tu corazón, bella,
y salta al vacío:
el amor te dará alas.

Y si el miedo te sobrecoge,
impidiéndote abrirlas,
yo te abrazaré fuertemente
y volaremos con las mías.

Pero salta ahora, bella...
no me dejes caer en el vacío.

ALAS ROTAS

Tus ojos húmedos me miran:
aquí, en tierra
yaces a mi lado
Con las alas rotas
te levantas
y sacudes el polvo de tu cabellera
No hay reproche en tu mirada,
sólo tristeza
Yo también me levanto
El vértigo de la caída nos ha debilitado
Tomo tus manos
y las beso

Tú reclinas tu cabeza
sobre mi pecho
Yo alzo la vista
al cielo
El lienzo azul,
surcado por hileras de nubes blancas,
me llama a su lado nuevamente

Entre besos,
susurro palabras dulces en tu oído.
Las lágrimas se secan
Tus mejillas recuperan su color
Acaricio tus alas rotas:
el amor las hace sanar
Y alzamos el vuelo...

EL ÁGUILA

Contemplo desde lo alto
la silueta de tu pecho desnudo,
y me pareces un lago
que resplandece bajo la luna

Como un águila nocturna
te sobrevuelo
y en picada llego a ti:
capturo con mis garras los dos salmones rosa
que nadan agitados en tus senos
y los devoro mil veces
en un beso

PRUEBA DE AMOR

Sé muy bien,
bella mía,
cuánto me amas
pues tu amor me ha tocado

Tu amor ha llegado a mis oídos
fuerte y claro
envuelto en tus palabras,
como llegan a una nave que naufraga
las luces cercanas de la costa
y de la esperanza

Tu amor ha llegado a mis manos
tibio y tierno
en tus caricias,
como llegan a un lirio adormecido
la ternura de la brisa
y la tibieza del sol

Me has dado tu amor
en tu risa dulce,
en tus lágrimas amargas,
en tu silencio...

Sé muy bien,
amor mío,
cuánto me amas
y sé muy bien

cuánto te amo yo

Hoy mi corazón se desborda,
como una copa de oro
llena de tu vino exquisito

No necesito prueba alguna
de tu amor,
ni la pido de ti,
ni tú puedes darla

¿Cómo podríamos poner a prueba el amor,
si en verdad es el amor quien nos prueba
con su fuego y su verdad?

El amor es,
en sí mismo,
nuestra mejor prueba

HACERTE MUJER

Una estrella nace
estrella
en la bruma del horizonte
y no es hecha tal por el ojo que la admira

Una rosa nace
rosa
en el jardín, entre espinas,
y no es hecha tal por la mano que la acaricia

Así tú naciste
mujer
en tu propia naturaleza bella
y no eres hecha tal por este amante
que se complace en complacerte
y en despertarte a tu propia esencia
de rosa
y de estrella

HACER EL AMOR

Somos hijos del amor,
que se deshizo en ríos y fluyó
hacia mares distantes

Hoy nos vemos las caras
y nos tocamos los cuerpos
fluyendo de vuelta a nuestro encuentro

¿Cómo puede lo creado
hacer al creador?

¡Ven a mí, bella!
y entrégame tu cuerpo
mientras tomas el mío,
pues el amor nos hará a nosotros
como arcilla en el fuego
a semejanza de su primera imagen

MI PRESA

Eres cautiva
entre mis garras y mi cuerpo,
mi presa, mi prisionera, mi alimento

Lamo
la piel tibia de tu cuello desnudo
y siento
el palpitar de tu pecho asustado,
trémolo tras la cacería

Eres mía...

MIEL

Mientras dormía
llegaste a mis labios
con el panal de tu boca
pleno de miel y de ansias

Y me despertaste a esta nueva noche
con un dulce y callado deseo

No ha terminado aún nuestro beso,
cuando quiero otro

No te has marchado aún,
y ya te extraño

Mientras más te tengo,
más te necesito

¡Ven con tu panal y con tus ansias!

Yo siempre estaré aquí,
esperándote,
con mi espada,
con el fuego
de mi instinto

FUEGO

hay fuego en mis manos
siento cómo quema mi carne
fluye por mis venas
llega a mi corazón
y como un árbol de luz
se irradia a todo mi cuerpo
incendiándolo

con fuego
mis ojos te buscan en la oscuridad
y te encuentran
desnuda
incauta
cercana

voy a ti

el fuego de mi boca pasa a la tuya
en un abrazo te sujeto
y ardes conmigo
junto a mí
en ti
como una gran lengua de fuego al viento

ALMA CURIOSA

Que no sepas quién soy cuando me encuentres
eso es lo que deseo
Te pasearás orgullosa
con tu clavel en la mano
mirando con disimulo todas las caras presentes
buscando reconocer
al pobre diablo que te admira
Yo seré fuerte y callado
Puedes inquirirme
mirándome con esa luz de tu pupila
que refresca y quema a la vez
preguntándome quién soy
y no lo diré
Me negaré siete veces
Alma curiosa
Siete veces bastarán
para saber si tu también me quieres

ALMA Y CLAVEL

Alma

¡qué bella lucías junto al clavel!

Si hasta me pareció que
entre tú

– que eres flor de fuego –
y el clavel

no dejaban lugar
para más belleza en la estrecha estancia

Te miré con recato varias veces
fascinado por la visión reveladora
del clavel tembloroso entre tus manos frágiles

El tallo del clavel

esbelto como tu cintura

jugueteaba entre tus dedos
al tiempo que tu mirada

– rayo de luz y ráfaga de fuego –
buscaba entre los diablos al autor de este pecado.

Los pétalos del clavel

– roja sangre hecha poesía –

se agitaban con tus caricias
pero callaban fielmente su secreto:

mi secreto

Más de una vez tu rostro se acercó a esos pétalos

intentando percibir

en su pequeño remolino de seda carmín
la fragancia misteriosa de mi amor callado

¿Acaso no sentiste entre esos pétalos
el palpar agitado de mi corazón?

MI ROSA

Sostengo una rosa,
una bella rosa en mis manos.
Entre mis dedos cuidadosos la acaricio
y siento que es frágil su cuerpo
y que son como suave seda
sus pétalos de rojo encendido.
La acerco a mi rostro y cierro mis ojos.
Mi labio roza un pétalo fresco,
se moja en su rocío,
y aspiro su exquisita fragancia.

Amor mío,
se parece tanto a ti...

TUS SENOS

Tus senos, bella,
son como montes gemelos
que se alzan junto a la planicie
de tu vientre

Tus senos, bella,
son como panes tibios y fértiles
amasados por mis manos cuidadosas
de poeta

Son tus senos, mi bella,
frescas fuentes de agua pura
dispuestas a calmar mi sed,
dulces panales de abeja
desbordantes de miel para mi boca,
inmensas cumbres de fuego
donde mis ansias florecen

Dos capullos de rosa
que han brotado sobre nieve,
son tus senos

Y son
—al mismo tiempo—
maná inagotable y perdices asustadas
en el desierto de mi soledad,
y las uvas jugosas
de la tierra prometida

NO SERÁ SUFICIENTE

La noche fría me rozaba suavemente,
mi mano abrigaba tu rosa,
mis ojos buscaban la luna.

Acerqué tu rosa a mi rostro
y, mirando la luna,
inhalé su perfume.

Mi alma se hinchó de poesía y de vida,
inspirada por la luz plateada de la luna
y la esencia sutil de la rosa,
esa luna inconstante... esta rosa efímera...

Comprendí esa noche
que enamorarme de ti no será suficiente,
porque lo que anhelo es amor,
no enamoramiento.

El amor no es una rosa,
que hoy es bella y mañana ha muerto.
El amor no es efímero.

El amor no es una luna,
que hoy crece y mañana mengua.
El amor no es variable.

El amor es eterno,
el amor es constante,

y es amor lo que busco.

Amarte es lo que quiero,
amarte y que me ames, y que
en un mismo gesto inmenso
demos la vida por amor

Mientras tanto,
disfrutaré de la rosa, de la luna
y del enamoramiento fugaz
que enriquecen,
los tres al mismo tiempo,
mi alma solitaria...

TIEMBLAS SIN DARTE CUENTA

Te miro y sonrío.
Camino hacia ti y mis brazos te rodean.
Te acerco a mi cuerpo y te aprieto contra mí.
Siento tu pecho tibio esparcir su blandura
sobre mi pecho ansioso.
Siento mi boca respirar tu aliento.
Siento tu mirada hablarme sin palabras.

Siento mis manos que se amoldan,
lentamente,
a las curvas de tu cintura, de tus caderas.
Siento tu corazón revolotear junto al mío.
Y te estrecho aún más contra mi cuerpo.
Tiemblos sin darte cuenta.

No lo percibes, pero yo sí.
Es un temblor leve,
como el de una pequeña flor que mece la brisa.
Me inclino y rozo tus labios rosa,
dulce fruta de pasión.
Mi mano acaricia tus cabellos,
y tus ojos se cierran,
como estrellas que se ocultan.

Te beso tiernamente.
Mis labios en tu boca se mojan de néctar
y abren la puerta al alma,
que despunta como el sol

y que hace arder mi cuerpo enamorado.
Con el beso, subimos juntos
hasta ese mundo azul que es sólo nuestro.

Tu mano se posa sobre mi pecho y me acaricia;
la mía resbala como miel
cubriendo tus laderas,
tus contornos, tus encantos.
Yo te envuelvo entera,
como fuego a un árbol que arde.
Tiembles sin darte cuenta.

Te dejas llevar y caemos suavemente.
Sobre la hierba te amaré
hasta que el amor nos consuma.
Te cubro con mis besos.
Mis manos son olas, mi lengua es una flama.
No lo percibes,
pero yo también tiemblo.

Mi sangre corre en torrentes impetuosos.
Recorro con la mirada tu desnudez,
y delinear tus formas con mis dedos cuidadosos.
Tu respiración se agita y tu corazón se desboca.
Te estremeces de placer entre mis brazos.
Tiembles sin darte cuenta.

DÉJAME

Amor,
déjame entrar
con tu alma,
en tu mente,
a tu cuerpo

Amor,
déjame escuchar
el agitado aleteo
de esa paloma blanca
que revolotea en tu pecho

Amor,
déjame tocar
tus manos con mis manos,
tu lengua con mi lengua,
tu fuego con mi fuego

Amor,
déjame callar
este temor pequeño
de morirme mañana
sin habernos devorado

Amor,
déjame extrañar,
cuando hayas partido,
tu voz,

tu calor
y tus latidos

Amor,
déjame amarte,
y déjate amarme
porque somos uno en dos
y aún no hay olvido

MIRA

Mírame,
bella mía:
soy un hombre,
¿lo ves?

Aquí,
frente a tu mirada altiva,
¡mira cuán fuerte soy!

Mira cómo mis manos cavan
la cintura de este continente,
buscando unir dos océanos

Mira cómo mis ojos se hunden
en los hondos rincones del universo,
buscando la luz del pasado

Mira cómo mi lengua habla
un millón de idiomas y dialectos,
buscando paz o guerra

Mira cómo mis pies recorren
la tierra, el mundo entero,
mil veces en un sólo día,
buscando peligros

¡Mira cuán grande soy!
Como el rey de la creación,

Dios me hizo antes que a ti;
de una de mis costillas tomó tu carne
y con Sus manos de hombre
te hizo para mí

Ahora mírame nuevamente,
amor mío:
soy tu hombre,
¿lo sientes?

Aquí,
rendido a tus pies
junto a tu pecho palpitante y desnudo,
¡mira cuán débil soy!

Mira cómo mis manos gastan
tu cintura y tus caderas
con caricias largas,
buscando fundirme contigo

Mira cómo mis ojos se hunden
en lo hondo de tus pupilas,
buscando luz en su abismo,
y hallando paz en su penumbra

Mira cómo mi lengua acaricia
tus senos,
y cómo coronan mis labios
tu aureola rosa
con mi ansiedad

Mira cómo mis pies recorren

tu cuerpo entero,
que es mi mundo infinito,
mi reino
y mi laberinto

¡Mira cuán tuyo soy!
Como mi dueña absoluta,
Dios te hizo así soberbia,
y a mí un esclavo a tus pies;
y si de mi pecho tomó tu carne
fue para llevarme hasta esa carne mía
a amarme de vuelta cada vez:
hasta tu doble pecho erguido,
hasta tu rosa encendida,
hasta tu silencio

AMO TU SILENCIO

Yo amo tu sueño, pequeño y hermoso,
yo amo tu mirada, que me somete y me enamora,
yo amo tu sonrisa, que es un sol de alegría,

Amo tu cuerpo robusto y sutil,
esculpido a mi gusto, moldeado a mi forma,

Amo las frases que nacen en tu pecho y que besan mi oído,
embriagando mi corazón.

Pero sobre todo, amo tu silencio...
porque en él vivo yo.

ERES

Te amo
como nunca pensé que amaría

Te amo,
como la muerte ama a la vida,
como el sol ama al horizonte,
como Dios ama a los hombres,
así te amo

Eres ahora lo único que me importa en la vida
Eres mi vida

Quisiera que nuestros átomos se amaran libremente
así como libremente se aman nuestras almas

Porque mi alma es tuya aunque viva en mí,
porque yo soy tuyo,
porque así lo quiero yo

Porque te amo, ángel mío...
¡te amo!

MI ALMA

 Mi cuerpo es tuyo,
pues te ama y te desea con locura.

 Mi mente es tuya,
pues no se separa de ti ni un momento
y te acaricia en sus largos delirios.

 Pero mi alma no es tuya...
 ¡mi alma eres tú!

NO PIDO NADA

Hoy conozco la gloria.
Hoy soy absolutamente feliz.
No necesito nada.

Ella lo es todo para mí, y hoy es mía.

He visto su corazón desnudo,
la he besado
y he naufragado en sus ojos.

Puedo morir, Señor.
No pido nada.

EDÉN

juntos, amor,
juntos tú y yo

eres mi gloria,
mi paraíso,
eres el cielo que me espera
como recompensa
y eres los ángeles,
y las arpas,
y los coros celestiales

y eres también
la fruta prohibida

ANTES DE TI

Antes de ti,
amor mío,
no hubo nada

No hay huellas
en la playa de mi cuerpo
más que las tibias marcas de tus pasos

No hay sabor
de otras bocas en mi boca
de otros labios en mis labios
de otras lenguas en mi lengua
más que tu sabor a fruta
y miel

No hay olor
de piel en mis manos
ni de manos en mi piel
más que tu olor de mujer,
de niña y fiera

No hay más luz
en mis ojos
que la luz de tus ojos

No hay más fuego
en mi pecho
que el ardor de tu pecho

No hay más anhelo
en mi alma
que amarte sin final

Antes de ti,
amor mío,
no hubo nada

Has marcado el inicio
de una era de amor,
has parido un hombre nuevo
para que te ame

Después de ti,
amor mío,
no habrá nada

ANTES DE MÍ

Antes de mí,
amor mío,
no hubo nada

Nunca nadie
llegó a tu vida
tumbando tu puerta,
hasta ahora

Nunca nadie
robó tu alma
para fundirla con la suya,
hasta ahora

Nunca nadie
tocó tu cuerpo,
sólo yo
con mi espada

Ninguna mano
rozó tu piel,
sólo mi mano
de poeta

Ningún aliento
calmó tus miedos
sólo la brisa tibia
de mi boca

Ningún corazón
latió junto al tuyo,
sólo éste,
que era mío

Antes de mí,
amor mío,
no hubo nada

Hoy inicio
un eón de amor,
y seré para ti
tu alfa
y tu omega

Después de mí,
amor mío,
no habrá nada

CELOS

Hay una bestia dormida
dentro de mí

Bajo mi piel vive la bestia,
respirando mi aire,
y vigilándote con mis ojos,
en silencio...

¡Pobre de aquél
que se acerque a ti!

Pues la bestia se despierta,
se agita, se enfurece,
y se apodera de mí,
deseosa de destrozarte
con sus garras al osado

Una bestia duerme
en la tibieza de mi pecho

Esa bestia tiene mi corazón,
esa bestia tiene mi sangre,
esa bestia mataría por ti

Y tú, mi bella,
amazona incandescente,
tientas a la bestia,
midiendo su agudeza,

y agitando su furia,
cual juguete de tus caprichos

No desafíes a la bestia,
dulce amada mía,
no provoques su ira
ni despiertes su instinto...

¡nos puede matar a los dos,
en sus fauces de fuego!

VETE

Una vez más, bella,
me has herido muy adentro,
y me has quemado
con la escarcha helada
de tu desprecio

¿No fuiste tú
la que robó mi corazón?
¿Para qué? ¿Para herirlo?
¿No te cansas de romperlo en pedazos?
¿No te duele mi dolor?

Aparta de mí tus ojos bellos,
aleja de mí tu boca suave,
quita de mi vista tu cuerpo hermoso,
calla esas palabras dulces y falaces,
vete tú, toda entera,
¡vete para siempre!

Nunca más me herirás
con el fragor furioso
de mi propio amor rechazado,
pues decidí no sufrir más
en nombre de tu desdén;
así que vete y déjame solo

Tu recuerdo me basta
para vivir en silencio

AJENA

No me preguntes,
bella mía,
por qué me he enamorado de ti
si hay otro hombre a tu lado,
pues no lo sé.

¿Acaso tiene el amor una razón?
¿No es el amor como el fuego,
que sin aviso nace en el bosque
y lo consume sin su consentimiento?

¡Qué no diera por ser
inmune a tus encantos,
extraño a tus virtudes,
ajeno a tu mirada!

¡Qué no diera por que fueses
inmune a mi misterio,
extraña a mis anhelos,
ajena a mi amor!

No me culpes por amarte a destiempo,
ni te culpes por amarme más que a él.
¡Más bien ámame como yo te amo!

Ámame en silencio,
bella ajena, bella mía,
y esperemos...

EL AMOR QUE PUDO SER

¡Qué hermoso y pleno
pudo haber sido este amor de nosotros,
este amor tuyo y mío!

Este amor que nunca nació,
o que nació en una noche
marchitándose luego,
frustrado por la nada,
por la locura propia de nuestra propia tristeza,
o por el olvido

Dime, bella,
¿sabes acaso qué impidió a mi corazón
florecer en tu pecho,
o qué frenó tu entrega, tu apertura, tu pasión?

Me parece que este amor de nosotros,
hermoso, pleno, inexistente,
brilló un instante en nuestro cielo a oscuras...

¿No sentiste su fulgor deslumbrar tus ojos,
esos ojos vivaces que habías cerrado para mí?

Fue un relámpago furioso en mi noche tormentosa,
y su trueno tierno aún hace temblar mi pecho vacío

Todavía hoy su estruendo retumba en mí,
así como el eco sigue viviendo en una caverna hueca,

así como persiste el perfume de una rosa
seca y deshojada, o de un botón
que aún no ha abierto sus pétalos al sol

Así te siento,
como el amor perfecto, etéreo, irreal,
el amor que pudo ser y no fue, sin una razón,
el amor que aún puede ser,
y sin embargo no será nunca

Igual que retumba el diapasón
con la insinuación lejana de la nota precisa,
así sigue vibrando mi corazón
al ritmo de tu nombre
y del suave oscilar de tus caderas de diosa

¿He de confesarte mi agonía?
Todavía sueño con besar tus labios finos,
esos que sólo en mis delirios han sido míos

Siento nostalgia
por no tener tu compañía
que en verdad nunca tuve
por percibir tu contorno,
curva indefinible,
mi complemento exacto,
tan lejana y ajena
por acariciar tu pelo,
bandera libre,
briosa, soberana,
que ondula arrogante a mil millas de mí
por sufrir con tu soledad,

y tu tristeza leve, incierta,
doliéndote tan cerca de la mía
por sentir que ambos morimos de sed
estando tan cerca esta fuente de vida
que nos espera generosa

No nos amamos, bella, lo sé bien,
¡pero qué hermoso pudo ser
este amor entre nosotros!

EXTRAÑO

Te extraño
Extraño tu voz
tu manera de hablar
tu manera de hablarme

Extraño acariciar tu cabello
—hilos de oro—,
en secreto, tras tu espalda

Extraño esa fuerza invisible,
cuya naturaleza desconozco,
que me hace tan feliz cuando estoy a tu lado

Extraño mirarte
explorarte en silencio,
sin que te des cuenta

Extraño la ráfaga cálida de tu mirada,
el frío de tu mano de lirio
entre mis manos temblorosas

Te extraño
No me desprecies, pues yo no busco nada de ti
Piensa que un desprecio tuyo
puede romperme

Sé benévola
Sé consciente de tu propia fuerza

LA ESQUIVA

Eres muy bella,
como una estatua de mármol
que resplandece bajo la luz del sol,
como una ola fresca
que golpea arrasadora,
como una fantasía de verano.

Pero eres muy esquiva:
tus ojos de venada
nunca miran a los míos.

Como una pequeña ardilla
entre las ramas de un roble,
te mueves alrededor de mí
fingiendo que no me ves,
aún sabiendo como sabes
que ardo por dentro al verte.

¡Cuán bella eres!
¡Pero cuán esquiva!

ESPINAS

¿Fue tu culpa
o fue mi culpa?

No lo sé, bella mía,
pero no importa ya.

La rosa que nos unió en torno suyo,
esa que nació súbitamente en tu jardín
y el mío, para deleitarnos
con su perfume y herirnos
con sus espinas,
se ha marchitado antes del ocaso:
eso es lo que importa.

La estrella que nos hizo
levantar nuestras miradas
del polvo que hollan nuestros pies
hacia el cielo que corona nuestras cabezas
y que con su luz nos mostró
nuestro más alto destino,
se ha apagado antes del amanecer:
eso es lo que importa.

No te reprocho nada, bella mía,
ni pondré empeño en olvidarte.
Dulce será tu recuerdo en mi corazón.

No deseo lamentar lo que he perdido,

ni intentar revivir lo que ha muerto;
mas me duele en el pecho
todo el amor que no amé.

¡Qué efímero es el amor!
Como una rosa,
como una estrella,
llega hoy y mañana no está.

Y sin embargo,
hay algo que es eterno en el amor.

Porque aún me ilumina por dentro
esta estrella y todavía
siento el perfume de esta rosa
mezclado con el dolor de sus espinas...

VOLVISTE

Esperaste a que el sol se ocultara,
esperaste a que mi cuerpo relajado
descansara en un hondo sueño,
esperaste a que mi mente echara a volar libre
por mi estancia,
por mi pueblo,
por mi pasado,
esperaste con paciencia...

Anoche dejaste de esperar:
viniste con el viento de verano,
ese que trae perfumes de jazmín y de nostalgias,

Te metiste en mi mente,
reapareciste en mi sueño,
resucitaste mi pasión por ti,
y reviviste el amor de mi corazón

Apareciste tú,
mi bella,
luciendo igual que cuando nos amábamos,
caminando hacia mí sobre las arenas de la playa.
Y me abrazaste para fundirte
conmigo en un beso de fuego,
igual que ayer

Sabía aún entonces, mientras te besaba,
que aquello era sólo un sueño.

Deseé en ese momento
que ese sueño fuera mi vida
y que mi vida fuese un sueño del pasado,
para quedarme en ese mundo irreal
amándote sin celos,
sin dolor, sin límites

El amor de los sueños es eterno,
mas los sueños de amor no lo son

Así, desperté:
tú te escapaste fugaz
como una estrella que se apaga
cuando despunta el día,
dejándome los labios mojados de tu boca
y los cabellos revueltos por tus caricias

Al irte te llevaste mi pasión por ti
y el amor de mi corazón,
igual que ayer

Quedé solo nuevamente,
tendido sobre mi cama,
acariciando los dulces recuerdos del pasado...

TODO

¿Qué hemos hecho, bella,
con el amor que Dios nos dio?

Era precioso,
inmenso,
perfecto,
eterno

¿Recuerdas que era eterno?

Toda la magia se nos fue en un momento
todo el encanto se murió en un segundo
¿dónde se fue el amor
que nos unió en aquel beso de fuego?
¿dónde, mi bella, se fue
el sueño sin fin, el milagro eterno?

Lo tuvimos todo,
mi bella,
todo...
¡y dejamos morir el amor!

Ahora es demasiado tarde.

El sueño sin fin,
el milagro eterno,
ha terminado...

CALLA

Calla, bella,
eso que sientes en tu corazón,
no le digas a él que aún me amas
no le digas que aún te amo yo

Calla,
aunque callar esa confesión
te queme los labios,
el pecho y la voz,
no sea que escape, en un suspiro,
una palabra insensata en traición,
no sea que consuman tus besos
su boca, pensando en mi amor

Calla
la angustia que sientes
por estar junto a él encerrada
y no volando junto a mí

No le dejes saber que has llorado
a solas tu nostalgia y tu herida,
en tu cuarto – mi templo privado –,
y que sientes cual muerte la vida

Seca, con tu mano presurosa,
cada lágrima que cayó, como hiel,
en la almohada de seda, en las sábanas rosa,
que aún guardan olor a mi piel

¿Que no puedes callar?
Mientes... ¡mira!
Yo muero sin ti,
y me lo callo

HACE MIL LUNAS

Nos hemos visto una sola vez,
mi bella,
y esa mirada ha bastado
para entender que ya nos conocemos
desde hace mil lunas

Reconozco ese fuego de tus ojos,
deslumbrante en la oscuridad
Reconozco el roce suave de tu mano
liberal, abierta, tierna
Reconozco el palpitar de tu pecho agitado
sobre mi pecho altivo

¡Hace tanto te buscaba,
bella mía,
para compartirme contigo!

¿Acaso también tú me buscabas?
¿No reconoces el roce de mi mano
sobre tu mejilla sudorosa?
¿No recuerdas la caricia de mi respiración
sobre tu boca?
¿No recuerdas, bella mía,
nuestro amor?

Tantas cosas afines nos unen:
no simetría, sino armonía;
no copia, sino complemento

Nos conocemos hace mil años,
mi bella,
y mil veces antes de esta vida nos hemos amado;

Por eso mi corazón se abrió a ti tan presto,
cual flor ante la luz del sol

Por eso tu corazón se entregó a mí sin dudarlo,
como mariposa que se inmola en el fuego de la lumbre

Porque nuestro amor,
ese que ahora renace
de las cenizas del pasado,
nos ha unido muchas veces mucho antes,
más allá de este tiempo y lugar,
en este mismo abrazo...

LABERINTO

I

He crecido en este oscuro laberinto
como bestia destinada al cautiverio,
sin amar, viviendo sólo por instinto.
El mundo que me rodea es un misterio:
nunca he visto ni sentido algo distinto
a estas paredes de piedra y de destierro.
En mi vida triste nunca ha habido afecto:
ni amor, ni nobleza, ni dicha, ni verdad.
Ni más compañía que el azul perfecto
del cielo del día. Todo aquí es soledad.
Hoy escuché tu voz, traída por la brisa...
¡y yo pensé que nunca me enamoraría!
En tu jardín, soberbia, andando sin prisa,
hablabas de un héroe que me mataría.
Escaparé esta noche, amor, de tal guisa
que me halle en tu reino antes que nazca el día.

II

Oculto en el jardín, te miro en silencio,
y escucho tu dulce voz planear mi muerte.
Él está a tu lado... un beso presencio.
¡Qué triste es mi vida! ¡Qué negra mi suerte!
Tu voz me parece el murmullo del viento,
sus dulces matices, su timbre, sus risas...
Me envuelve, me llena y no sé lo que siento,

más creo que me hace nacer de cenizas.
Temerías a mi voz, terrible sonido
semejante al bramido furioso del mar.
¡Envidio al que pueda decir en tu oído
una frase muy bella que te mueva a amar!
Es tu voz un laberinto fresco y pleno
que me regocija a la vez que me inquieta.
Desde hoy sé que, si de tu voz no estoy lleno,
¡nunca será mi felicidad completa!

III

Esperé entre las rosas, con paciencia.
Ahora me muestro ante ti, con pasión.
¡Ay!, no te dejes llevar por mi apariencia:
mira dentro de mí, busca en mi corazón.
Mira a ese héroe: ¡valiente, puro y bello!
Mira a esta bestia: ¿habías visto un monstruo así?
Lo asalto, lo sujeto y, en un destello
de luz, el prodigio acontece frente a ti:
de dos cuerpos, sólo queda uno presente.
Fui la bestia que, con sangre, alimentaste.
Fui el héroe que liberaría a tu gente.
Soy el hombre que, para amarte, anhelaste.
Mi alma es un laberinto: que no te asombre
que sea uno mismo a quien temes y deseas,
y que al tiempo que bestia y héroe, ahora veas
amor y muerte cautivas en un hombre.

IV

De pie frente a ti, te miro con recelo.

Tus grandes ojos me observan con sorpresa.
¡Son negras y hondas tus pupilas, princesa,
como honda y negra es la bóveda del cielo!
No es más profundo el lecho del mar océano
que tus ojos y eso que — al mirarme — inspiras.
Soy un gigante y tiemblo cuando me miras,
vencido de amor, débil como un enano.
Percibo una luz sobre el abismo oscuro
de tu pupila: es el brillo que se escapa
del fuego encendido en tu corazón puro.
Tu mirada es un laberinto, ...¡y me atrapa!
Tus ojos tienen magia, y me confunden
cual si fuesen las paredes intrincadas
de la prisión en que nací. Ellos funden
el hielo eterno de mi alma enamorada.

V

Toco tus dedos frágiles con mis grandes
y toscos dedos. Beso tus uñas blancas,
capas de nácar sobre tu carne tersa...
¡son tus manos dos gaviotas en el viento!
Acaricio tu cabello con mis grandes
y toscas manos. Beso estas hebras largas,
red de oro que me atrapa y roba mi fuerza...
¡tu cabello es mi bandera y sentimiento!
Rozo tus labios trémulos con mis grandes
y toscos labios. Beso pétalos rosa,
juega mi lengua junto a tu lengua adversa...
¡es tu boca nido donde me caliento!
Tu belleza te permite que me mandes,
como al corcel la mano vigorosa.

En tu esplendor mi mente está inmersa...
¡qué puede compararse al amor que siento!

VI

Huyes de mis brazos y de mi mirada;
corres y retozas entre los rosales.
Te escondes cual niña; te ocultas y sales
a verme buscarte en la viña encantada.
Ahora parece que fueses mi esclava:
rendida a mis pies y dispuesta a servirme
te tengo. Te hace feliz el consolarme.
Me das todo lo que en mis noches soñaba.
Ahora parece que fueses mi diosa:
postrado a tus pies y dispuesto a servirte
me tienes. Me hace feliz el consentirte.
Te doy lo que soy, mujer maravillosa.
¿Qué es el amor, amor, sino un bello juego
que juega la vida con mi corazón?
¿Qué es el amor, amor, sino una prisión
perfecta como un laberinto de fuego?

VII

Qué enigmático laberinto, princesa,
es tu silencio! No puedo escapar de él...

VIII

Conozco en el laberinto una angostura,
abrupta y estrecha, que cierra el camino.
Mas no se compara ésta con tu cintura,

que es ánfora frágil de leche y de vino.
Conozco la curva que muestra la luna,
que crece y decrece marcando las eras.
Mas no se compara ésta, en manera alguna,
a la suave curva que hay en tus caderas.
Conozco columnas en mármol talladas,
que sostienen templos de diosas eternas.
Mas no se comparan éstas, para nada,
con la sutileza y beldad de tus piernas.
Quiero ir más allá de lo que es permitido,
palpar con mi mano el calor de tu piel,
sentir lo que nunca en mi vida he sentido,
beber en tu fuente, saborear tu miel.

IX

Mi brazo se enrosca en torno a tu cintura.
Mi boca y tu boca se unen en un beso.
Invade mi pecho una sensación pura,
deseo irreprimible, mágico embeleso...
De rodillas caigo frente a tu figura
y, en un suave abrazo, tus piernas apreso.
Entre estas columnas se encuentra un jardín.
Y en este jardín, una rosa de fuego
oculta sus pétalos color carmín,
guardándolos en un laberinto ciego.
Un pliego rosado junto a otro pliego,
como un caracol... como un juego sin fin...
Acarician mis dedos tu flor ardiente,
siento que el deseo me arrastra a un abismo,
tan hondo y tan bello que mi alma presiente
que de él no escapara ni el demonio mismo.

X

Éste es el momento. Te tiendo en mi lecho.
La bestia dormía, pero ha despertado:
el fuego instintivo se enciende en mi pecho
y el candor del héroe queda relegado.
Quito tu corona. Desgarro tu falda.
Tu tibio latir de virgen me emociona.
Mi brazo es espada que oprime tu espalda.
Mi pecho es un muro feroz que aprisiona.
Quiero conquistar tu sagrado recinto,
y al tiempo trocarle pasión por decoro.
Ven, ¡siénteme entrar así en tu laberinto!,
ardiente cual fuego, precioso cual oro.
Te estremeces de placer bajo mi peso.
Siento que te tengo, que al fin eres mía.
Diría que es la gloria, pero es más que eso...
Descansemos, bella, hasta que llegue el día.

XI

Tu aurora se enciende, y tu sol aparece,
enorme y sereno sobre el mar dormido.
Te busco a mi lado: no estás. Me parece
que con el rocío de la noche has huido.
¡Callada e inquieta debiste marcharte!
¿Será que me temes todavía, ¡oh, hermosa!
y por eso alzaste tan temprano el vuelo?
¿Será que navegas ahora, presurosa,
buscando otra suerte, otro amor, otro suelo?
¿Huiste hacia el mar? Ese mar malva y rosa

que ahora refleja el prodigio del cielo...
Vete en paz, amor, y entrégate al olvido.
Camina tranquila, vete a tierras nuevas.
Si encuentras en ellas eso que has perdido,
por la vida tuya, te ruego: no vuelvas.
Si no, vuelve presto, ¡prometo esperarte!

XII

Con pasos lentos abandono tu jardín.
Vuelvo al sáxco laberinto, con mi duelo.
Dejo el perfume de las rosas tras de mí.
Quedo solo, entre piedras, bajo el cielo.
Lloran tu muerte las tímidas estrellas,
esparcidas sobre el cielo negro y hondo.
Abismo eterno, palacio de mi bella,
¡déjame hundir mis ojos en tu fondo!
Pienso en ti, amada princesa, que aún ausente
estás más presente que cualquier persona.
Siento tu tibieza en mi pecho latente.
¡El amor, recién nacido, me abandona!
Me consume tu ausencia, y así mi muerte
llega en el puñal de tu recuerdo hermoso.
Seré siempre prisionero, al no tenerte...
laberinto eras de amor, ¡tan delicioso!